



cuadernos de COMUNISMO

Roy Medvedev y Zhores Medvedev: *La URSS y la carrera armamentista*. Edward Thompson: *Rectificación: Sobre las "Notas sobre el exterminismo, último estadio de la civilización"*. F. Cruells: *¿Qué será del Cambio?* M. Fernández Enguita: *Notas sobre la Construcción del partido revolucionario*. Adolfo Gilly: *La mano rebelde del trabajo*. Entrevista a Bixente Serrano Izco: *"Nueva Izquierda" y estrategia revolucionaria en Euskadi*. Lila Leibowitz: *Respuesta a Godelier*. Jacques Kergoat: *Las huelgas obreras en Francia desde el 10 de Mayo*. Antonio Moscató: *Papel de la Iglesia en Polonia*.

índice

La URSS y la carrera armamentista, por Roy Medvedev y Zhores Medvedev	p. 4
Rectificación: Sobre las "Notas sobre el exterminismo, último estadio de la civilización", de Edward Thompson.	p. 16
¿Qué será del Cambio?, por F. Cruells.	p. 18
Notas sobre la Construcción del partido revolucionario, por M. Fernández Enguita	p. 25
La mano rebelde del trabajo, por Adolfo Gilly	p. 31
"Nueva Izquierda" y estrategia revolucionaria en Euskadi, entrevista a Bixente Serrano Izco	p. 45
Respuesta a Godelier, por Lila Leibowitz	p. 49
Las huelgas obreras en Francia desde el 10 de Mayo, por Jacques Kergoat.	p. 52
Papel de la Iglesia en Polonia, por Antonio Moscató.	p. 58

Cuadernos de Comunismo

- Nº. 1** Pau Pons: Elecciones en Catalunya: punto final a una etapa. Henri Weber: De la influencia de las direcciones traidoras. Jean-Marie Vincent: Las vías del reformismo. Joaquín Nieto: CC.OO. y la nueva situación sindical. Mariano F. Enguita: De la Constitución al Estatuto de Centros Docentes y la LAU. Agustín Maraver: Las bases de la política exterior del Kremlin (I). Javier Maestro: En torno a la fundación del PCE. Libros.
- Nº. 2** Lucio González: No hay atajos para derribar al gobierno de la derecha. Ramón Zallo: Capitalismo tardío y cuestión nacional. Pedro Montes: Los expedientes, una solución capitalista a la crisis de las empresas. Diosdado Toledano: SEAT en la encrucijada. Luciano Rincón: Notas sobre cultura y cambio. Genoveva Rojo: Aportaciones del feminismo a la teoría de la sexualidad. A. Maraver: Las bases de la política exterior del Kremlin (II). M.F. Enguita: La tercera vía hacia ninguna parte.
- Nº. 3** Joan Font: A propósito del V Congreso del PSUC. Adolfo Gilly: Las primeras enseñanzas de la revolución salvadoreña. A. Figueras: ¿Solidaridad nacional o solidaridad de los trabajadores? Jesús Albarracín y Pedro Montes: El propósito de enmienda de UCD. J.R. Castaños: Opresión nacional, derecho a la independencia y unificación de la clase obrera. M.F. Enguita y M.E. Iriarte: Sobre el mal llamado "poder judicial" (I). Mª Jesús Miranda: Política penitenciaria y desarrollo constitucional. José Repullo: Salud, sanidad y reforma sanitaria. Petr Uhl: Un programa para la revolución antiburocrática. Javier Maestro: El Frente Popular: ¿un proyecto de democracia avanzada?
- Nº. 4** Mariano F. Enguita: Las coordenadas de una crisis. J. Vicente Idoyaga: Crisis del movimiento obrero y partido revolucionario. Daniel Bensaid: El eurocomunismo en la encrucijada. Ramón Zallo: En torno al congreso del EPK. Antonio de Marchi: Reglamiento de disciplina y derechos sindicales en los ejércitos europeos. M.F. Enguita y M.E. Iriarte: Sobre el mal llamado "poder judicial" (II). Celia Amorós: Jean-Paul Sartre y el estalinismo. Joseba Iriarte: Clase obrera, marxismo y cuestión nacional. Equipo S.I. de L.C.R.: La reestructuración de la siderurgia integral.
- Nº. 5** Jesús Albarracín: Entre el gran rechazazo y el golpe. Joseba Iriarte: Clase obrera, marxismo y cuestión nacional (II). John Ross: La política británica en la década de los 80. Joaquín Nieto: II Congreso de CC.OO. J. Aparicio Tovar: El derecho de huelga y el Tribunal Constitucional. Pedro Montes: X Congreso del PCE: la alternativa económica. E. Pellegrini: El PCI y su papel en la situación política italiana (entrevista). Juan Andrade: El pablismo y la burocracia ugetista. Javier Maestro: Andrade y la revolución española. Alain Brossat: Peth Uhl, Rudolf Bahro; el marxismo renace en el Este. Fernando M. Salcedo: Anti-Tibaldi. Eric J. Hobsbawm: Golpes de Estado.
- Nº. 6** Mike Davis: USA: el camino hacia el poder de la "nueva derecha". Jaime Pastor: La crisis estratégica del PCE. Ramón Zallo: Sobre el III Congreso de EIA. J. Vicente Idoyaga: Sobre la crisis del EPK-PCE y su integración en Euskadiko Ezkerra. Equipo de Estudios de LKI: Crisis industrial y desempleo en Euskadi. Pep Roca y Joan Font: Lengua e inmigración en la Catalunya de los años 80. J.R. Castaños: Autonomías: el fin de una ilusión.
- Nº. 7** Maurice Godelier: Los orígenes de la dominación masculina. Cyril Smuga: Polonia: autogestión, burocracia, Solidaridad. Documento: El programa de Solidaridad. J. Antonio Moral Santín: No hay salidas reformistas a la crisis. Jesús Albarracín y Pedro Montes: Génesis y repercusiones de dos millones de parados. Michel Thomas: Seis meses de gobierno socialista en Francia, o la ambición imposible del proyecto socialdemócrata. Klaus Meschkat: La socialdemocracia y la ofensiva socialista en América Latina. Ernest Mandel: Socialismo o barbarie hoy. Tesis sobre el marxismo, la ecología y los peligros de guerra nuclear.

Cuadernos de COMUNISMO

Consejo de Redacción: Mariano Fernández Enguita, Lucio González, Javier Maestro, Agustín Maraver, Joaquín Nieto, Jaime Pastor, Pau Pons, Ramón Zallo.

Coordinación general: Mariano Fernández Enguita. Diseño Gráfico: Ignacio Rubio.

Edita: Liga Comunista Revolucionaria/ Apdo. de Correos 50.370 (Cibeles) Madrid-España.

Imprime: Rattles, Mallorca, 206. Barcelona. DL B.14780.80

150 pts.

Presentación:

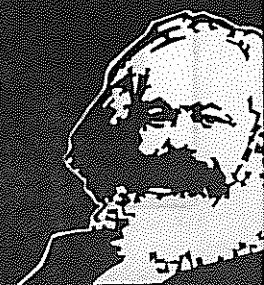
CONTINUANDO en la línea iniciada, en este número ofrecemos a los lectores la traducción de otra importante aportación para la comprensión de la lucha contra el armamentismo y el peligro de guerra: un artículo en el que los hermanos Roy y Zhores Medvedev, en polémica con E.G. Thompson, tratan de mostrar las diferencias que separan la participación de la URSS en la carrera armamentista, inducida, del impulso belicista inherente al capitalismo.

El artículo de F. Cruells analiza las dificultades políticas y económicas a las que habrá de enfrentarse el nuevo gobierno socialista y las limitaciones propias con que va a afrontarlas.

Unas notas de M.F. Enguita y una entrevista con Vicente Serrano Izco, dirigente de "Nueva Izquierda", aportan elementos al debate sobre la remodelación de la izquierda y la construcción de una alternativa revolucionaria.

Adolfo Gilly examina los efectos de las nuevas tecnologías sobre la organización del trabajo industrial. Lila Leibowitz responde a un artículo de Godelier sobre los orígenes de la dominación masculina publicado en el nº 7 de **Comunismo**. Jacques Kergoat analiza la trayectoria de las huelgas obreras en Francia desde la ascensión del gobierno de la izquierda.

Antonio Moscato, en fin, da cuenta de las razones históricas y políticas que han llevado a la Iglesia polaca a jugar ese papel en la vida política y en el movimiento obrero que tanto sorprende a los comunistas occidentales. □



La URSS y la carrera armamentista

Ante lo que Edward Thompson ha llamado la "crisis bélica actual", agradecemos la invitación de nuestros camaradas en los movimientos por la paz y las campañas anti-nucleares en Europa Occidental para unirnos a un proyecto de colaboración para el diálogo y la acción (1). Queremos que estén seguros de que, a pesar de las barreras levantadas por los medios de comunicación oficiales —occidentales y orientales— hay ciudadanos soviéticos que escuchan sus voces y comparten su profunda preocupación por la paz en Europa y en el mundo. Sin embargo, debido precisamente a lo acuciante de la situación, debemos tener paciencia al tratar de entender las premisas y experiencias a veces diferentes que existen bajo nuestras respectivas percepciones de la crisis actual. En particular, nos gustaría responder —críticamente, aunque en forma positivamente sólida— a los muy sugestivos argumentos avanzados recientemente por Edward Thompson en las páginas de esta revista (2). Es importante para las fuerzas de paz en Occidente comprender por qué mucho de lo que tan elocuentemente argumenta Thompson no suscita el mismo tipo de acuerdo o unanimidad entre las fuerzas de paz dentro de la Unión Soviética.

Roy Medvedev
Zhores Medvedev

AL hablar de "fuerzas de paz" no nos referimos a la burocracia oficial soviética ni al aparato del partido, sino al público soviético normal, cuya feroz aversión a la guerra ha estado condicionada por la tragedia histórica —todavía viva y obsesiva para todas las generaciones— de veinte millones de muertos y otros tantos de heridos e incapacitados en la lucha contra la invasión alemana. En particular, pensamos que la base de la sociedad soviética, incluidos muchos de los que protestan contra la autoridad burocrática dentro de ella, es poco probable que acepte la argumentación de Thompson —tan central para su análisis de la dinámica del "exterminismo"— según la cual la responsabilidad de la crisis actual debe ser repartida por igual entre los EE.UU. y la URSS. Más aún: como partidarios de la democracia socialista en la Unión Soviética (y, por tanto, como "disidentes soviéticos"), nosotros mismos tampoco podemos estar de acuerdo con lo que nos parece una afirmación demasiado fatalista de Thompson. Al dibujar una simetría entre los impulsos agresivos de la maquinaria de guerra norteamericana y el igualmente "peligroso empuje inercial" del complejo militar-industrial soviético, creemos que Thompson pasa por alto importantes diferencias entre la naturaleza de las sociedades norteamericana y soviética. En interés de una comprensión realista de la crisis actual y de las tareas que se presentan ante el movimiento por la paz, no podemos aceptar la idea de una equivalencia funcional entre las "estructuras de fondo de la guerra fría" dentro de ambos bloques.

En nuestra opinión, tales ideas oscurecen diferencias fundamentales dentro de la confrontación bipolar —tanto da que consideremos el papel institucional del gasto militar, las actitudes oficiales hacia el uso de armas nucleares, la historia de los intentos previos de limitación armamentista, la percepción popular de la política nuclear, el problema de la proliferación o la lógica de fondo de la

rivalidad estratégica. En las notas que siguen, tratamos de indicar algunas de las asimetrías que nos parecen más relevantes para comprender el origen de la actual carrera armamentista. Es cierto, por supuesto, que las sociedades occidentales están más abiertas al análisis que la URSS, donde las decisiones de Estado están envueltas en mucho mayor secreto y la información sobre la estrategia o la tecnología militares es ocultada a la ciudadanía de forma especialmente rigurosa. Los lectores deberán tener en la mente esta limitación a medida que tratemos de situar en su contexto las acciones y respuestas soviéticas a partir de 1945: en algunos casos, los movimientos de la URSS. Sólo pueden ser objeto de especulación. No obstante, a pesar del carácter más abierto de la sociedad norteamericana, argumentaremos que el papel de las sucesivas administraciones USA ha sido y continúa siendo más provocativo y menos predecible dentro de la interrelación global entre oriente y occidente.

¿Un complejo militar-industrial soviético

Los complejos militar-industriales existen en todas las sociedades industriales modernas, pero están bajo un control mucho menos responsable en los Estados Unidos que en la URSS. No hay duda de que los intereses científico-militar-industriales ejercen en la Unión Soviética una importante influencia en la

en la Unión Soviética una importante influencia en la selección de programas de armamento concretos y de la forma en que se producen, pero sería un error sugerir que hayan llegado jamás a adquirir control alguno sobre la política estratégica a largo plazo del gobierno soviético, sea bajo Stalin, Jruschev o Bresniev. No constituyen un "Estado dentro del Estado" como sucede en los Estados Unidos, sino que siguen siendo una parte subordinada del Estado. Creemos, por consiguiente, que Edward Thompson se equivoca al pensar que en la Unión Soviética pueda alcanzar jamás una situación el punto en que "la espeluznante tecnología militar aniquile el

momento mismo de la 'política'" (3). El sistema soviético es demasiado conservador y está demasiado densamente burocratizado para que esto ocurra. Cuando el gobierno y el aparato del partido no permiten ninguna libertad de acción ni siquiera a los editores de pequeñas y oscuras publicaciones provincianas; cuando se niegan a autorizar la presentación de cualesquiera películas u obras teatrales sin una sesión especial en el Ministerio de Cultura; cuando prohíben la formación de cualquier asociación profesional sin el permiso del Estado y el partido; cuando ni una sola persona puede salir al extranjero sin la aprobación de varias "comisiones de viajes" (por no hablar de las autoridades locales y regionales de la policía), ¿cómo puede entonces imaginarse que los expertos militares que manejan los ICBMS de la Unión Soviética vayan a poder dispararlos en una emergencia sin decisiones colectivas en los más altos niveles del partido y el Estado? Aunque no conocemos la estructura de mando exacta en las fuerzas nucleares soviéticas, podemos suponer con seguridad que existen salvaguardas estrictas y comprensivas contra cualquier posibili-

dad de iniciativa accidental o deliberada en cualquier nivel de la jerarquía militar por sí sola.

Hay más razones por las cuales la intersección de los intereses militares e industriales constituye un complejo mucho más débil y menos autónomo que en los Estados Unidos. Ni los trabajadores ni los directores de las fábricas de armamento temen perder el empleo en el caso de una reconversión a la producción civil; de hecho, la mayor parte de los que trabajan en la defensa probablemente lo agradecerían, pues dejarían de estar expuestos a algunos de los peligros inherentes a la fabricación de armas. Los científicos e investigadores en el entramado de la defensa agradecerían también ser transferidos a proyectos civiles, pues en la actualidad su trabajo está tan estrechamente clasificado que no reciben ningún honor ni reconocimiento público por sus logros —una fuente de intensa frustración para ellos. Un caso puntero es el de Sergei Korolev, arquitecto de la tecnología soviética en materia de cohetes, cuyos premios fueron archivados y permanecieron prácticamente desconocidos en la U.R.S.S. hasta después de su muerte, en 1966. Por su parte, el



cuerpo de oficiales soviético es un elemento secundario del sistema político; en términos generales, no está en una posición de fuerza para controlar el flujo de dotaciones. Es más: al contrario que en los Estados Unidos, donde la competencia entre el ejército, la marina y la fuerza aérea ha propulsado espontáneamente una tendencia persistente hacia la "sobreprducción" de sistemas de armamento, la rivalidad entre los ejércitos es insignificante dentro del sistema militar ruso, más unificado y subordinado. Finalmente, los miembros del Politburó son típicamente más generalistas en sus carreras que la mayoría de los políticos y burócratas gubernamentales en los EE.UU., están menos ligados a grupos de intereses de los que dependan para el mantenimiento de sus posiciones de carrera.

Las percepciones de la Guerra Fría

Volvamos ahora a la cuestión de cómo percibe cada una de las partes a la otra en la Guerra Fría. Hay al menos tres posibles escenarios en los que podría tener lugar un intercambio nuclear a escala generalizada: como acto de agresión deliberada, como golpe preventivo para anticiparse a una agresión del otro lado como represalia. Si confinamos a Europa la arena de una posible guerra nuclear, entonces la probabilidad de una repentina guerra relámpago por parte de la OTAN o el Pacto de Varsovia parece reducirse a cero. En nuestra opinión, no existen ya disputas fronterizas, "corredores del Danzig" ni tendencias revanchistas capaces de producir el tipo de crisis que abrieron camino a las dos guerras mundiales anteriores. Incluso si tratásemos de adoptar la mentalidad de la derecha americana durante la guerra fría e intentáramos imaginar (como lo ha hecho Frederick Forsyth en su éxito de ventas, *La alternativa del diablo*) que la Unión Soviética está forzada en última instancia a invadir Europa occidental por razones económicas, sería absurdo, por supuesto, pensar que primero fuera a destruirla con armas nucleares y a contaminarla para siglos con escombros radiactivos. De la misma manera, parece también altamente improbable una agresión occidental contra la U.R.S.S. o el bloque del Este que pudiera provocar una represalia nuclear soviética. Esto deja en pie como escenario la posibilidad de un primer golpe preventivo. Sin embargo, un golpe preventivo sólo es concebible si un lado cree sinceramente o sabe claramente que el otro está preparando una agresión deliberada.

El problema —y el fatal peligro en potencia— es que hay una enorme diferencia entre "creer sinceramente" y "saber claramente". La "creencia sincera" es un concepto enteramente subjetivo que implica una gama de distintos niveles de interpretación y de probabilidad imputada. En nuestra opinión, la evolución de la carrera de armamentos estratégicos desde Hiroshima ha estado en parte basada en este problema de las percepciones subjetivas de las intenciones y la visión del mundo de la otra parte. Si consideramos, por ejemplo, las explicaciones públicas avanzadas por los dirigentes occidentales sobre la "modernización" (en la práctica, una concentración de fuerzas y una escalada cualitativamente nuevas) del arsenal nuclear de la OTAN, pretenden estar basadas en la "sincera creencia" en que la Unión Soviética tiene realmente intenciones agresivas respecto a Europa occidental. Incluso cuando los medios de comunicación adoptan

una visión liberal de las actitudes soviéticas, casi siempre asumen que éstas pueden ser consideradas como esencialmente similares a las que existen en el lado norteamericano. Así, en el principal documental reciente de la C.B.S. sobre los peligros de la guerra nuclear (*La defensa de los Estados Unidos*), que irritó enormemente a Weinberger y al Pentágono, Walter Cronkite fue enviado a Moscú «para ver qué impresión general tiene el "enemigo" de nosotros. No hay que sorprenderse de que tiendan a pensar en América como el agresor y ofrezcan con rapidez una lauga lista de supuestos agravios...». El Sr. Cronkite llega a la siguiente conclusión: «¿Quiénes son estos rusos? Nadie puede decirlo con certeza. Pero si su percepción de América es tan defectuosa como nosotros creemos que es, entonces nuestras ideas sobre la Unión Soviética podrían ser también defectuosas. En ausencia de cualquier diálogo real, los mismos viejos temores y dudas continúan dominando nuestra relación».(4).

No obstante, la suposición de que existen perspectivas básicamente simétricas carece de fundamento. Esto es particularmente cierto en lo que concierne a las percepciones soviéticas sobre las intenciones de las potencias europeo-occidentales. Si llegase a Moscú un comentarista de Noruega, Suecia, Grecia, Francia, Italia, Holanda o España, ¿qué evidencia encontraría entre el público soviético del temor a una agresión por parte de Europa? Prácticamente ninguna. No habría ninguna "larga lista de supuestos agravios" contra ninguno de estos países. Podría argumentarse que Alemania Occidental es un caso especial y, de hecho, hasta 1.958-62 hubo todavía ansiedad sobre posibles tendencias revanchistas de la derecha alemana entre la gente normal y sectores de la oficialidad soviética. La memoria de la agresión nazi estaba todavía demasiado fresca como para que se aquietara toda sospecha respecto de las intenciones últimas de Bonn, dijero lo que dijera el sentido común. Pero la percepción de la "amenaza alemana" se ha replegada lentamente con el tiempo, especialmente desde el surgimiento de la *Ostpolitik*; y, aunque no completamente extinguidos, estos temores no juegan ya un papel importante en la formación de la visión general soviética de Europa occidental. Cualquier persona en Rusia sentiría como una tragedia personal el que alguna guerra o algún accidente llevara a la destrucción de París, Londres, Roma, Amsterdam o Madrid (¿Siente lo mismo la gente, en Gran Bretaña o en Italia, respecto de Moscú o Leningrado?). Si hoy apuntan hacia Europa los misiles y las divisiones acorazadas del Pacto de Varsovia no es porque nadie en la Unión Soviética piense realmente que, por sí misma, Europa Occidental sea una amenaza verdadera para la seguridad de la Unión Soviética. Es más bien porque Europa ha sido durante una generación el principal "teatro militar operacional" para los Estados Unidos. La diferencia es extremadamente importante.

Si no existe un antagonismo fundamental entre la U.R.S.S. y Europa occidental ni en términos de los objetivos de la política exterior de la U.R.S.S. ni en la percepción del mundo de sus ciudadanos, queda todavía por explicar por qué invade la U.R.S.S. ese temor a los EE.UU. Por consiguiente, trataremos de explicar la situación estratégica general que ha hecho de la *defensa* la obsesión permanente de la dirección soviética. Las tensiones Este-Oeste han pasado por sucesivos ciclos de confrontación y distensión, crisis y relajamiento. Hubo dos períodos esperanzadores

—ambos iniciados desde el lado soviético— en los que pareció que podía ponerse una base para la cooperación en la reducción mutua de armamentos. El primero fue la política de "coexistencia pacífica" de Jruschev (1.955-1.963), y el segundo la estrategia de "distensión" de Bresnev (1.971-1.979). Los acuerdos más importantes logrados durante estos interludios de comparativa cordura fueron la prohibición de las pruebas nucleares atmosféricas y, más tarde, las SALT I. Las SALT II —frecuentemente presentadas en la prensa occidental como la víctima de los acontecimientos en Afganistán— habían sido de hecho fatalmente minadas por la resistencia de las fuerzas derechistas en el Senado estadounidense y la administración Carter, mese antes de la intervención soviética en Afganistán.

Aquí debemos subrayar una diferencia crucial entre las actitudes de Europa occidental y Norteamérica hacia la Unión Soviética y, por consiguiente, en las percepciones de la actual crisis de las relaciones entre las superpotencias. Para los países de Europa occidental, la Unión Soviética es un Estado con el que Europa ha convivido durante siglos: Rusia —pre o postrevolucionaria— es ampliamente percibida en términos de la evolución del tradicional sistema europeo de estados. El orden político de la URSS es visto como el resultado a largo plazo de tendencias históricas en el desarrollo europeo, de las cuales la propia Rusia no siempre fue la principal responsable. Así, los europeos occidentales tienen conciencia de que la I Guerra Mundial hizo inevitable el colapso de la Rusia imperial, mientras que la II Guerra Mundial convirtió a la URSS en una superpotencia militar cuya tendencia a tomar todas las medidas posibles para garantizar su supervivencia y evitar cualquier repetición de la catástrofe del 22 de junio de 1.941 pueden entender. En 1.944-45 existía un sentimiento unánime en Rusia de que las fronteras estratégicas de la URSS podían ser echadas muy hacia atrás: Rumanía, Hungría, Bulgaria y la mitad oriental de Alemania estaban ocupadas como estados ex-enemigos, y la opinión occidental aceptaba inicialmente esto. Por otra parte, la creación de las democracias populares en esta zona fue vista ampliamente como la formación de una región "satélite", carente de apoyo popular —incluso si se reconocían los intereses estratégicos soviéticos en Europa oriental. Hay aquí una cierta distinción entre las actitudes europeo-occidentales hacia Europa oriental y hacia la misma Unión Soviética, aunque nunca una distinción absoluta. Al mismo tiempo, sin embargo, el carácter comunista de la URSS no asusta excesivamente como tal a las sociedades europeas, en las que la ideología marxista y los partidos comunistas han jugado desde hace tiempo un papel importante en la vida pública.

Las actitudes norteamericanas hacia la Unión Soviética han sido históricamente muy diferentes. Es importante recordar el relativo aislamiento de los Estados Unidos de la política europea en el siglo XIX y el hecho (relacionado) de que Rusia sólo surgió como una consideración importante en la política exterior norteamericana inmediatamente después de Octubre. Mientras los europeos occidentales tienden a aceptar a la URSS como un Estado legítimo, el último superviviente de los grandes imperios europeos tras el colapso de los sistemas imperiales británico y francés, los norteamericanos todavía ven a menudo a Rusia como fuente de la revolución mundial y la "subversión" de izquierda. Los diri-

gentes políticos europeos tienen siempre que lidiar con importantes movimientos socialistas locales —muchos de ellos bastante más viejos que el comunismo soviético. En contraste, los Estados Unidos no han pasado por la experiencia de ningún partido de izquierda con influencia nacional. De este modo, la ausencia de un socialismo norteamericano y el largo aislamiento de la política norteamericana respecto de los asuntos del sistema europeo de estados han contribuido al escaso desarrollo de una comprensión racional de la política internacional en los Estados Unidos. Esta unilateral percepción norteamericana de la Unión Soviética, junto con la fuerza de la izquierda en Francia e Italia a finales de la II Guerra Mundial, determinó en gran medida el curso norteamericano inicial que dio lugar a lo que más tarde sería etiquetado como "Guerra Fría" —un curso confirmado entonces por la consolidación del control soviético de Europa oriental.

El equilibrio estratégico de poder

¿En qué medida fué también la Guerra Fría una respuesta a una amenaza militar real del ejército soviético contra el capitalismo norteamericano? Indiscutiblemente, las fuerzas soviéticas que saludaron a las tropas norteamericanas y británicas en el Elba constituían el mayor ejército de tierra en la historia del mundo. A pesar de las inmensas pérdidas de guerra, la Unión Soviética poseía en 1945 un ejército de trescientas divisiones, bien equipado con armamento moderno y cuerpos acorazados altamente móviles. Los analistas soviéticos —corroborados por no pocos historiadores occidentales eminentes— han visto en general la decisión norteamericana de destruir Hiroshima y Nagasaki con bombas atómicas en 1.945, en un momento en que la rendición del Japón era ya inminente, como una demostración de fuerza pensada principalmente para intimidar a la URSS en esa coyuntura. La mayor parte de los debates sobre el formidable potencial militar del Estado soviético al final de la II Guerra Mundial dejan de lado, no obstante, un hecho extremadamente destacado: a pesar de la modernización extensiva de sus fuerzas armadas en el curso de la guerra, el tipo concreto de arma convencional que nunca recibió la prioridad fueron los bombarderos de largo alcance. La fuerza aérea soviética estaba ciertamente bien equipada con muchos tipos de nuevos aviones de combate y bombarderos especiales de corto alcance para apoyar el combate en tierra, pero le faltaban bombarderos estratégicos y, de hecho nunca intentó llevar a cabo raids masivos sobre las ciudades o los centros industriales alemanes. La capacidad de utilizar bombarderos estratégicos de largo alcance fue durante la guerra monopolio de los Estados Unidos y Gran Bretaña. Cuando esta ventaja se vió combinada con la posesión exclusiva de armas atómicas (y la voluntad demostrada de emplearlas) de que disfrutó la administración Truman desde 1.945 a 1.949, la posición militar desigual de la URSS al comienzo de la Guerra Fría debería resultar obvia. La superioridad de los EE.UU. se vió aún más reforzada cuando la URSS, enfrentada a la tarea económica de la reconstrucción, desmovilizó el grueso del Ejército Rojo y redujo significativamente su presencia militar en Europa durante el mismo periodo.

Fue durante esta fase de monopolio nuclear norteamericano cuando empezó a tomar forma la idea

soviética de las intenciones agresivas de los Estados Unidos. A pesar de las reducciones militares adoptadas —sin duda de mala gana— por Stalin, los Estados Unidos no hicieron ningún esfuerzo por construir una paz duradera. A pesar de la ausencia de cualquier otra potencia nuclear en el mundo, los Estados Unidos aceleraron el desarrollo de su arsenal atómico y la flota de bombarderos especiales que les permitían atacar cualquier punto de la URSS. Nadie intentaba ocultar la amenaza norteamericana los generales norteamericanos hablaban libremente de la supremacía nuclear de su país y de la llegada del "Siglo Americano". Mientras tanto, los países devastados por la guerra de Europa occidental y la cuenca mediterránea, desesperadamente necesitados de la ayuda económica norteamericana, abrían la puerta a la creación de bases aéreas estadounidenses rodeando a la Unión Soviética. Con el tiempo, este círculo de bases se extendió desde Islandia, Gran Bretaña, Francia, Italia, Grecia y Turquía hasta Japón y Alaska. Antes de que la URSS fuera capaz de producir un solo dispositivo termónuclear, por primitivo que fuese, los Estados Unidos poseían cientos. Y —lo que se olvida con tanta frecuencia— incluso después de la primera bomba soviética, los norteamericanos siguieron conservando su monopolio de los sistemas de lanzamiento. De hecho, a principios de los cincuenta no existía ninguna amenaza nuclear soviética contra los Estados Unidos, pues la URSS no tenía un solo bombardero que pudiera cruzar el océano. El dominio estratégico de los Estados Unidos era total, y durante este tiempo (y sólo durante el mismo) hubo un programa acelerado de construcción de refugios atómicos especiales cerca de los edificios oficiales y los grandes bloques de apartamentos en Moscú y otras ciudades —un indicio claro del recelo soviético. Incluso después de las pruebas de los primeros misiles intercontinentales soviéticos en 1.957 (los *semërka* de Korolev), la ecuación estratégica fundamental permaneció inalterada. A pesar de la impresión ofrecida por el lanzamiento del primer *Sputnik*, los primeros ICMs soviéticos eran muy poco fiables, no más de un puñado y en ningún caso una competencia seria para los B-52 norteamericanos.

El legado del caso U-2

Fue en el contexto de este continuado desequilibrio estratégico (en favor de los norteamericanos) cuando Jruschev lanzó su política de "coexistencia pacífica" y la pugna por la prohibición de las pruebas nucleares. El fracaso de esta política se atribuye a menudo a la crisis cubana de los misiles, pero, de hecho, la encomiable iniciativa de desarme de Jruschev fue minada mucho antes por la reticancia de los Estados Unidos a suspender la vigilancia periódica del territorio soviético por aviones-espía norteamericanos. Mucha gente en Occidente, y todavía más en la URSS, recuerda el dramático derribo del U-2 pilotado por Francis Gary Powers, así como la subsiguiente y hábil exposición de Eisenhower como un mentiroso por Jruschev. Pero ni Jruschev ni las fuentes estadounidenses describieron jamás el caso del U-2 como realmente fue. Para la dirección soviética habría sido embarazoso reconocer que había estado completamente indefensa durante años para impedir que aviones norteamericanos sobrevolaban a 70.000 pies sus mayores centros industriales; por su parte, el gobierno de los Estados Unidos quiso obvia-

mente minimizar el daño político producido por la revelación de sus falsedades anteriores, y su desgraciado final. En realidad, la decisión norteamericana de sobrevolar el territorio soviético había sido tomada en vida de Stalin, y no simplemente con propósitos de espionaje militar, sino de intimidación política. En aquel entonces, el gobierno soviético no denunció públicamente estos vuelos, pero presentó protestas confidenciales que fueron desestimadas por Washington. Como subrayó más tarde Jruschev en su autobiografía: «Los norteamericanos sabían perfectamente que estaban actuando mal. Sabían que nos producían terribles dolores de cabeza cada vez que uno de esos aviones despegaba para una misión... Nos sentíamos enfermos y cansados de vernos sometidos a tales indignidades. Llevaban a cabo estos vuelos para mostrar nuestra impotencia. Pues bien, ya no íbamos a ser importantes por más tiempo» (5). Por si fuera poco, para efectos especiales se seleccionaban a menudo las fechas de estos vuelos de reconocimiento de modo que coincidieran con los desfiles y las celebraciones nacionales soviéticos. El U-2 que fue finalmente derribado —con los primeros misiles antiaéreos autopropulsados soviéticos— estaba sobrevolando el desfile del 1 de Mayo en la Plaza Roja. Despegó en Peshawar, en Pakistán, cruzó Afganistán y voló sobre los Urales, en ruta hacia Leningrado y para aterrizar de nuevo en una base estadounidense en Noruega. Fue derribado cerca del centro industrial de Sverdlovsk.

Jruschev parece que esperaba algún tipo de disculpa por parte de Eisenhower por el vuelo de Powers. El mismo acababa de visitar los Estados Unidos y había ido muy lejos para demostrar su compromiso con la "coexistencia pacífica" —incluido el sacrificio de los antes estrechos lazos soviéticos con China (6). La dirección soviética esperaba alguna respuesta a cambio de reservar el momento álgido para la cumbre de París. Cuando Eisenhower, en lugar de eso, justificó estupidamente las misiones de espionaje, las conversaciones de París se vinieron abajo. En este sentido, la significación del episodio fue simbólico. Los vuelos de reconocimiento eran una expresión desdeñosa de la superioridad tecnológica de los Estados Unidos sobre la URSS que había existido desde 1.945. La negativa americana a renunciar a estas violaciones del derecho internacional durante el "deshielo" de 1960 (7) significaba el rechazo por Washington de cualquier igualdad en el proceso de negociación, una postura que convertía las conversaciones sobre desarme en una nueva situación infructuosa. Jruschev escribió más tarde en sus memorias: «Por lo que nosotros respectaba, este género de espionaje era la guerra —la guerra por otros medios... Los norteamericanos estaban empleando medios militares. Y no podían seguir escondiéndose siempre tras su tecnología militar».

El episodio del U-2 ocurrió hace casi una generación, pero enfoque norteamericano del problema sigue siendo esencialmente el mismo. Las sucesivas administraciones han hecho de la preservación de una clara delantera tecnológico-Militar de los EE.UU. sobre la URSS la precondición para cualquier negociación como un proceso de prevención del desarrollo de nuevos sistemas de aniquilación, los Estados Unidos han visto tradicionalmente las nuevas armas estratégicas como una contrapartida para forzar a la Unión Soviética a ratificar el mantenimiento del desequilibrio de postguerra en el poder militar y político. De hecho, hasta 1965-66 la Unión

La edición de la obra de la recepción de la política de la administración en Washington.

El artículo de la recepción de la política de la administración en Washington.



Soviética no tuvo ninguna capacidad real de alcanzar el territorio norteamericano, mientras los Estados Unidos podían alcanzar cualquier parte de la Unión Soviética. En este respecto, es incorrecto hablar de un "nuevo" peligro nuclear que amenaza a Europa; la lógica de la carrera de armamentos desde 1949 en adelante siempre ha supuesto que Europa sería el único rehén real en una guerra atómica. Los Estados Unidos estaban comparativamente seguros, y por esto es por lo que los hermanos Kennedy pudieron amenazar con tanta tranquilidad con acciones militares durante los oscuros días de la crisis cubana de los misiles.

A renglón seguido del fracaso de la cumbre, la URSS hizo varios intentos infructuosos de resucitar el proceso de desarme. Si estas iniciativas hubiesen tenido éxito, el mundo podría haberse ahorrado la gran carrera armamentista de las siguientes décadas y las superpotencias podrían haber logrado alguna estabilización razonable de sus mutuos sistemas de defensa. Pero como Jruschev se había visto obligado a aprender por dos veces de las amargas experiencias del U-2 y la crisis cubana, la única oportunidad de convertir las negociaciones en curso en algo serio era mostrar a los Estados Unidos que «no podían seguir escondiéndose siempre tras su tecnología militar». Así, pues, la nueva dirección soviética, bajo los efectos del ultimátum cubano y la quiebra de las aperturas diplomáticas, decidió poner en marcha el esfuerzo nacional masivo necesario para lograr una fuerza de disuasión creíble. Fue solamente a finales de los sesenta y principios de los setenta, cuando los Estados estaban enfangados en Vietnam, que la URSS adquirió por fin los medios para una represalia nuclear masiva contra el continente norteamericano. Este cambio en el equilibrio tecnológico-militar de fuerzas, combinado con los efectos de la derrota de los EE.UU. en Indochina y el escándalo del Watergate, indujo a una alteración sustancial en la actitud norteamericana hacia las conversaciones sobre desarme. Repentinamente se hizo posible un diálogo mutuo con comunistas sin dios, e incluso firmar y ratificar las SALT I.

Por último, es importante apreciar cómo el legado de la época del U-2 es probable que tenga un peso muy distinto para las direcciones soviética y norteamericana. En los veinte años transcurridos desde que Powers fue derribado, la administración estadounidense ha cambiado completamente varias veces. Con toda probabilidad, ni Ford ni Carter —y todavía menos Reagan hoy— guardan ningún recuerdo de la historia de los U-2 y la década de deliberada intimidación norteamericana contra el sistema soviético de defensa. La dirección soviética actual, por el contrario, recuerda estos acontecimientos incluso demasiado claramente. En 1960 Andrei Gromiko era ministro de asuntos exteriores, como lo es hoy; Leonid Bresnev era presidente del Presidium del Soviet Supremo; Dimitri Ustinov, hoy ministro de Defensa, era en aquel tiempo primer ministro suplente; Yuri Andropov, actual jefe del K.G.B., era secretario de la sección del Comité Central responsable de las relaciones exteriores; Mijail Suslov, ahora el principal ideólogo, era otro secretario del Comité Central; Alexei Yepishev, que encabeza el Departamento Político del Ejército Rojo, tenía ese mismo puesto hace veinte años. Si bien es posible que la idea de la política norteamericana que tienen estos hombres no sea enteramente correcta, indiscutiblemente se basa en una experiencia personal mucho más larga y

sólida que la percepción opuesta de la política soviética por la actual administración en Washington.

El desplazamiento de los ejes estratégicos

Los orígenes de la confrontación entre "Este" y "Oeste" datan del surgimiento de Rusia como gran potencia en el siglo dieciocho. Muchos de los conflictos decisivos de la moderna historia mundial se libraron, de hecho, en suelo ruso: la invasión napoleónica de Rusia en 1812, la guerra de Crimea de 1854-55, el Frente Oriental de la I Guerra Mundial en 1914-17, la intervención de la Entente en la Guerra Civil de 1918-21 y la agresión nazi de 1941-45. Al terminar la II Guerra Mundial, el principal propósito estratégico norteamericano se convirtió en la defensa de Europa occidental sobre la base de una aplastante superioridad nuclear y aérea de los EE.UU. Durante veinte años, las bases en Europa, Turquía y Japón dieron a los Estados Unidos la capacidad para atacar con relativa impunidad la patria soviética, mientras la URSS poseía únicamente la capacidad limitada de tomar represalias contra Europa occidental y el Japón. El continente americano permanecía seguro en tanto la Unión Soviética no contara ni con una aviación estratégica, ni con una flota de submarinos nucleares ni con misiles intercontinentales fiables; los océanos Atlántico y Pacífico seguían siendo la mejor protección de los Estados Unidos. Esta confianza en la superioridad nuclear y la inmunidad de **facto** contra las represalias nucleares permitió a las administraciones norteamericanas seguir una política muy activa de confrontación hasta finales de los sesenta. Al mismo tiempo, sin embargo, las relaciones entre la URSS y Europa occidental se desarrollaron más favorablemente —en parte porque ambos lados tenían todo que perder en una guerra generalizada. La confrontación "Este-Oeste" se desplazó de su eje histórico Europa occidental-contra-Rusia al de Estados Unidos-contra-la URSS. Con los grandes imperios europeos en declive, la importancia absoluta y relativa de Europa occidental fue decreciendo gradualmente mientras los países del "Tercer Mundo", que en otro tiempo habían sido colonias europeas, asumían papeles cada vez más significativos en el equilibrio de poder global.

Con la llegada de la crisis del petróleo de 1973-74, la dirección norteamericana había empezado a percibir un desplazamiento de magnitud en el equilibrio de poder geoeconómico y militar. El éxito de la Unión Soviética en modernizar su marina de guerra y desarrollar un sistema de ICBMs hizo de la tradicional disuasión de la distancia oceánica un factor en mengua para la defensa norteamericana. Además, con el aumento de la dependencia occidental de las importaciones de petróleo, la antigua ventaja geográfica de los Estados Unidos —su distancia del continente euroasiático— se fue transformando lentamente en una desventaja práctica, en la medida en que la mayor proximidad de la Unión Soviética a Oriente Medio y, lo que es más importante, su independencia de los recursos del Tercer Mundo, fortalecían su posición estratégica frente a él. Finalmente, según se desarrollaban conflictos potenciales en zonas del Tercer Mundo en las que la relativa superioridad en armas nucleares no era ya un factor decisivo, los activos de la Unión Soviética en la guerra convencional tendieron a adquirir un nuevo valor. El efecto global de este estrechamiento del

desequilibrio estratégico entre las superpotencias fue abrir el camino para un renacimiento de la vía de la "coexistencia pacífica" —ahora rebautizada como "distensión". Con el comienzo de las conversaciones SALT pareció que por fin había llegado una época de cordura relativa, con la promesa de una estabilización en fases graduales e incluso, tal vez, una reducción de la capacidad masivamente redundante de "sobredestrucción" de los arsenales nucleares soviéticos y norteamericano.

¿Por qué, pues, colapsó repentinamente la distensión en el último años de la administración Carter? La intervención soviética en Afganistán no fue el principal determinante —en todo caso, fue más un resultado que una causa del fallecimiento de la distensión. Las SALT II habían muerto mucho tiempo antes, de hecho a las pocas semanas de su firma por Bresniev y Carter, cuando quedó claro que el Senado de los EE.UU. se negaría a ratificarlas. Esta negativa fue el punto de partida para la degradación de la situación internacional, que más tarde se intensificó agudamente con la decisión de Bruselas de reequipar a la OTAN, en diciembre de 1.979 —de nuevo antes de que las tropas soviéticas entraran en Afganistán. ¿Cuáles fueron las razones reales para este cambio en la política estadounidense? Creemos que la causa fundamental de la vuelta a la confrontación fue el hecho de que las SALT II no hicieran nada por rectificar las desventajas de los Estados Unidos en el Tercer Mundo —donde Norteamérica acababa de sufrir otro retroceso con la revolución iraní, después de sus fracasos en Indochina y Angola, con el resultado de que las administraciones tanto de Reagan como de Carter tomaran la resolución de restaurar la importancia estratégica de Europa, y por tanto del arsenal nuclear de los EE.UU. en ella. Washington ha clamado repetidamente que Norteamérica está ahora en una posición de "inferioridad" estratégica, pero en realidad lo que motiva la política estadounidense en el período actual es el rechazo de la perspectiva de paridad con la URSS, como ha mostrado recientemente Stephen Cohen en el *New York Times*. (8).

Los Estados Unidos se niegan a aceptar que amplias áreas del Tercer Mundo estén escapando ahora a su control o que la URSS haya logrado una nueva capacidad para estar presente y una nueva libertad de maniobras en ellas. Cuando miran el Tercer Mundo, los dirigentes norteamericanos tienden a ver solamente puntos estratégicos en un mapa militar —como en el reciente caso de Namibia y Angola—, mientras sus oponentes soviéticos se inclinan más a comprender los procesos que tienen lugar en él en los términos de los procesos económicos y sociales subyacentes. Además, resulta por lo general más fácil para los países del Tercer Mundo adoptar elementos de la vía soviética a la industrialización que emular el modo de vida norteamericano, lo que crea mayores temores en Washington. Por lo que respecta a la URSS, las revoluciones en regiones alejadas como América Central o África del Sur —acontecimientos que ocurren con independencia de la política rusa— tienden a plantear costosos e inoportunos problemas de ayuda o apoyo; pero, en términos generales, la dirección soviética bajo Bresniev ha sentido que no podía negar ayuda cuando se le pedía: Nicaragua es un ejemplo reciente. La administración Reagan presenta esto ante el público norteamericano como la evidencia de la agresión y la responsabilidad soviéticas por el "terrorismo".

El nuevo peligro en Europa

Al mismo tiempo, parece que los Estados Unidos se han visto crecientemente preocupados con la posibilidad de que la distensión pudiera abrir las puertas a un posterior desarrollo de las relaciones entre Europa occidental y la Unión Soviética y, quizás, a una posible desvinculación de la defensa europeo-occidental de la postura militar global norteamericana. La tendencia a la paridad de los sistemas de ICBMs y submarinos con sus correspondientes estadounidenses podría potencialmente emancipar a Europa occidental de su papel de rehén en cualquier intercambio nuclear generalizado. A mitad de los años setenta se había vuelto concebible la posibilidad de que el estallido de una guerra nuclear entre los Estados Unidos y la Unión Soviética pudiera dejar a Europa más o menos intacta. Semejante contingencia podría tener lugar, particularmente, si el conflicto se originase en algún otro lugar del mundo en el que no estuvieran envueltos los intereses europeo-occidentales. Esta posible inversión del anterior escenario de la Guerra Fría —en el que Europa era la más vulnerable— abrió en la política europea un nuevo espacio para desengancharse de la carrera de armamentos. Esta posibilidad de renuencia europea a unirse a una guerra nuclear ha producido una gran ansiedad a los estrategas militares norteamericanos, y explica la urgencia de una nueva disposición de las fuerzas de los Estados Unidos en Europa. Así, pues, bajo la etiqueta eufemística de la "modernización", los Estados Unidos están tratando de inducir a los países de la OTAN a aceptar el despliegue de unos misiles nucleares que estarían libres del viejo "sistema de doble llave" (es decir, del control conjunto nominal) y, por primera vez, dar a Norteamérica la autoridad decisiva para lanzar la última generación de cohetes contra el Pacto de Varsovia. Como es natural, los Estados Unidos han tratado de disfrazar esto con promesas de consulta, pero de hecho sólo el ejército norteamericano tendrá autoridad para disparar las nuevas armas nucleares desde el territorio de la OTAN. Si en un período anterior los Estados Unidos trataron de proteger a Europa occidental con el paraguas nuclear norteamericano, ahora, con el nuevo plan, será Europa la que proteja a los Estados Unidos.

No nos sorprende, por tanto, que Moscú vea la llamada "modernización" de la OTAN con una alarma que recuerda a la de Washington hace veinte años, cuando Jrushev instaló misiles de alcance medio en Cuba. No tenemos medio de saber exactamente cuáles hayan sido los cálculos de la dirección soviética en el último período; éste es un campo, como hemos dicho, en el que los ciudadanos soviéticos son mantenidos en una ignorancia prácticamente total por su gobierno (9). Pero podemos conjeturar con seguridad que hay dos razones principales de la grave preocupación mostrada por la URSS ante el plan de instalar misiles **Cruise** y **Pershing II** en Europa occidental. La primera debe ser vista en el contexto global de las relaciones militares soviético-estadounidenses desde la II Guerra Mundial. Históricamente, la URSS nunca ha sido capaz de llevar la delantera en una sola tecnología armamentista nueva desde 1.945 (su breve ventaja con los satélites en 1.957-58 siguió siendo no militar y fue rápidamente recuperada por los Estados Unidos; hoy ni siquiera intenta ya la URSS competir

en la exploración planetaria). Norteamérica ha estado siempre, en cada etapa, por delante, tomando la dirección tecnológica y obligando a la URSS a tratar de alcanzarla desde una posición de inferioridad. Esta dinámica permanente ha marcado profundamente las respuestas rusas, creando un abrumador complejo de inferioridad que probablemente haya prevalecido sobre los cálculos racionales durante los setenta. Los SALT I fueron firmados en un momento en que los Estados Unidos tenían aproximadamente 6.500 cabezas nucleares y la URSS unas 2.200. Por consiguiente, las armas soviéticas eran más que suficientes para destruir los Estados Unidos a principio de los setenta. Puede preguntarse, entonces, por qué la Unión Soviética ha continuado la producción hasta contar hoy con unas 6.000 cabezas. Probablemente han actuado aquí una serie de factores. No hay duda de que uno ha sido la simple discrepancia en cifras absolutas: los Estados Unidos no tenían voluntad de reducir su arsenal a los niveles soviéticos de modo que había la tentación de aumentar hasta los niveles norteamericanos. Esto podía ser teorizado por la posibilidad de una guerra que se extendiera, más allá de los Estados Unidos, a otros continentes. Mucho más importante, no obstante, fue el constante temor ruso a la delantera norteamericana en la tecnología armamentista. Precisamente en este período, Washington estaba introduciendo las cabezas múltiples autodirigidas (MIRV) en sus sistemas estratégicos de lanzamiento, lo que le daba una nueva ventaja en la carrera armamentista. Los SS-20 que la URSS está desplegando ahora representan una parte de la respuesta diferida soviética a la "mirvación" por los Estados Unidos de sus cabezas nucleares en época de las SALT I. Los SS-20 son presentados al público ruso simplemente como nuevos modelos para los viejos cohetes, sin mayor significación estratégica que un caza o un tanque nuevos que sustituyeran a otros viejos. En realidad, la propensión soviética a series de producción muy grandes en las armas que dominan (tanques, los ICBM pasados de moda, los nuevos IRBMs), hasta el punto de la redundancia cuantitativa, es una especie de compensación por el fracaso en mantenerse a la par con nuevas armas, dentro de una economía de defensa que ha sido sistemáticamente incapaz de generar innovaciones reales. En contraste, el misil Cruise representa para la dirección soviética un salto cualitativo en la carrera de armamentos, porque encarna una tecnología totalmente nueva que se halla muy por delante de cualquier cosa que la URSS pueda confiar en emular a corto plazo. Denominado en ruso como el "cohetes alado", su precisión y su capacidad para eludir el radar son vistos como una iniciativa gravemente amenazadora de los Estados Unidos. El misil Cruise vuelve a despertar todos los temores y sentimientos de inferioridad tecnológica del pasado: de ahí el punto a que ha llegado la reacción soviética contra él.

Sin embargo, hay una segunda razón para la amenaza de crisis diplomática creada por la "modernización" de la OTAN. Se trata del hecho de que la nueva generación de misiles será parte integral de la maquinaria militar norteamericana y podría ser utilizada sin el consentimiento de los aliados europeos. Si Francia, Italia o Gran Bretaña hubieran desarrollado sus propios nuevos misiles y mantuviesen el pleno control sobre su empleo, la URSS no estaría en modo alguno tan nerviosa. Nadie en la Unión Soviética puede imaginar que Francia o Gran Bretaña



tendrían motivo para comenzar una guerra nuclear. Pero un ataque preventivo de los Estados Unidos es un escenario mucho más verosímil y temible para la dirección soviética; de ahí que vea la nueva estructura de mando "de una sola llave" implícita en el despliegue de los misiles **Pershing II** y **Cruise** como un descenso muy peligroso del umbral nuclear. Desde el punto de vista ruso, la instalación de la nueva generación de misiles de alcance medio soviéticos — los SS-20 que sirven de pretexto formal para la modernización proyectada por la OTAN — no puede compararse con la escalada en la carrera armamentista que representan los **Cruise** y **Pershing II**, dirigidos contra la URSS, pues los SS-20 no pueden alcanzar los Estados Unidos y, por consiguiente, no constituyen un vuelco en el equilibrio estratégico de fuerzas equivalente al nuevo sistema de la OTAN.

La amenaza de la guerra nuclear "limitada"

En los debates oficiales occidentales sobre la nueva generación de armas nucleares y sus sistemas de lanzamiento se puede discernir un cambio de actitud enormemente preocupante. Si en el pasado las armas nucleares eran consideradas casi enteramente como disuasorias, ahora se sugiere la factibilidad de las llamadas "armas nucleares de teatro" y de ciertas reglas de la guerra nuclear. Este debate sobre la guerra nuclear "limitada" o "flexible" solamente ha tenido lugar dentro de la OTAN. La actitud oficial soviética sigue siendo la vieja convicción de que la guerra nuclear es impensable, criminal e imposible de ganar. Al mismo tiempo, se puede notar que los debates norteamericanos sobre la guerra nuclear limitada han estado en su mayor parte centrados en

Europa. Aparentemente, los expertos militares norteamericanos creen que sería posible confinar un intercambio nuclear a la destrucción mutua de Europa occidental y oriental. Mientras cientos de nuevos misiles van a ser instalados cerca de los grandes centros metropolitanos europeos, en los que resultan imposibles de distinguir los blancos militares y civiles, los Estados Unidos han descentralizado sus propios sistemas domésticos de misiles por áreas desérticas escasamente habitadas. Mientras la inseguridad y la aprensión crecen en Europa occidental, la administración Reagan asegura al electorado norteamericano la perspectiva de una supremacía estadounidense renovada.

En la Unión Soviética, en cambio, no existen ilusiones en torno a la racionalidad de la guerra nuclear. A pesar de lo que periódicamente claman los portavoces de la OTAN, no existe en la URSS ninguna planificación para la supervivencia masiva en un conflicto nuclear: los refugios son inexistentes en los nuevos distritos residenciales de Moscú, mientras el entrenamiento en la defensa civil en las provincias se limita a excursiones en autobús hacia los bosques hechas a la ligera. De la misma manera, ninguna declaración oficial sería ha contemplado jamás a la URSS como vencedora de esa guerra. De hecho, a la población soviética se le dice que la guerra nuclear global sería una locura y que nadie sobreviviría a ella. En lo que concierne a la guerra de "teatro", no se discute y se niega oficialmente su posibilidad. En este sentido, la URSS no mantiene planes para el caso de una guerra nuclear limitada en Europa, como lo hacen los Estados Unidos. Por otra parte, si cualquier país lanzara o permitiera un golpe nuclear aislado contra la Unión Soviética, la URSS, con toda probabilidad, llevaría a cabo una represalia limitada comparable contra el territorio del agresor. Pero la dirección soviética ha hecho todo lo posible por advertir repetidamente a los norteamericanos que tales intercambios hipotéticamente contenidos no solamente serían imposibles de garantizar, sino que son precisamente el tipo de espejismo que podría acortar el camino a un holocausto general.

Los medios de comunicación occidentales se exhiben frecuentemente sobre las ventajas políticas y económicas del "mundo libre" y la necesidad de defender la democracia que representa. La democracia, sin embargo, apenas existe en lo que concierne a las modernas máquinas militares. Todas las decisiones importantes son secretas en ambos campos, y ni los parlamentos ni el público tienen ninguna influencia sobre la formación de la estrategia militar. Es cierto, e importante, que en las democracias de estilo occidental del mundo capitalista la población es más libre para expresarse y para organizar movimientos por la paz o campañas antinucleares. Las elecciones periódicas y los debates parlamentarios son una realidad en los Estados Unidos o Gran Bretaña. A pesar de ello, incluso con una "prensa libre" y "elecciones libres", el público no tuvo nada que decir en decisiones tales como la escalada en la guerra del Vietnam, la invasión de Camboya, la compra por los británicos del misil Trident o la fabricación de la bomba de neutrones. Las decisiones de vida o muerte para la humanidad, que implican billones e incluso trillones de dólares, escapan enteramente a la supervisión de los procesos democráticos generales. La nueva guerra fría y la carrera acelerada de armamentos no harán sino amplificar estas tendencias. Los sistemas militares existen prácticamente como

estados dentro de los estados occidentales; nadie puede realmente pensar que estén en algún sitio bajo control "responsable". Por consiguiente, el argumento de que la Unión Soviética es más probable que emplee las armas nucleares porque no es una potencia democrática es absolutamente falso. En ambos sistemas, capitalista y comunista, la población en general está excluida de los procesos en que se toman las decisiones relevantes.

Los fatales efectos colaterales

Además, si tomamos en consideración el espectro de la proliferación nuclear en los países del Tercer Mundo, la conducta de Occidente debe producir mucha mayor alarma que las políticas soviéticas o china. La peligrosa e irresponsable difusión de la tecnología nuclear de guerra en las "zonas calientes" del mundo es, de hecho, el proceso más alarmante de la última década. Esto ha tenido lugar enteramente a causa de la disponibilidad de la tecnología nuclear y las materias primas occidentales. Ni Israel ni Sudáfrica podrían haber desarrollado su actual capacidad nuclear sin ayuda exterior, principalmente la de los Estados Unidos y Francia. La prueba de un dispositivo nuclear por la India en 1974 sólo fue posible debido al suministro canadiense de uranio y técnicas de ingeniería nuclear. La controversia sobre un posible programa nuclear militar en Iraq tiene que ver con la tecnología vendida por franceses e italianos, mientras la llamada "bomba musulmana" que se sospecha se está construyendo en Pakistán estará también principalmente basada en tecnología francesa. Las instalaciones nucleares brasileñas, por su parte, han sido suministradas por Alemania Occidental. De este modo, los productores reales o potenciales de bombas atómicas en el Tercer Mundo incluyen "democracias" como Israel o la India, dictaduras como Pakistán, Iraq o Brasil y hasta estados racistas o incluso "ilegales" como Sudáfrica o Taiwan. La Unión Soviética, muy al contrario, siempre se ha negado a compartir sus secretos nucleares incluso con sus aliados más estrechos; es un hecho bien conocido que la negativa de Jruschev a suministrar tecnología para la construcción de la bomba a China fue uno de los principales catalizadores del conflicto chino-soviético.

El problema de la proliferación está obviamente relacionado con el papel de los beneficios privados y el comercio internacional de armas en los "complejos militar-industriales" occidentales. En Occidente, los temas de la seguridad nacional están altamente comercializados y vinculados a las contradicciones generales de la acumulación capitalista. En muchos aspectos, la producción de nuevos tipos de armas estratégicas —incluidos los misiles y las bombas nucleares— está basada en los mismos determinantes económicos que regulan la producción de nuevos automóviles, televisores o máquinas lavadoras. Los incentivos del mercado, combinados con la superioridad tecnológica heredada, dan al "mundo libre" una importante, si bien dudosa, ventaja sobre el bloque soviético: su permanente prioridad en general en el diseño y producción de nuevas formas de armas nucleares y sistemas armamentistas. Por otra parte, los efectos colaterales de la carrera de armamentos probablemente sean más perjudiciales a largo plazo para las economías capitalistas. Hubo un tiempo en que era típico de algunos disidentes so-

viéticos el pensar que el sistema económico occidental era mucho más racional y eficiente porque era regulado por la "competencia" en vez de por principios ideológicos. Si hubieran mirado el papel del gasto militar en Occidente, sin embargo, habrían visto cuán erróneo era este punto de vista. El trillón y medio de dólares que la administración Reagan se propone dedicar a fines militares durante la próxima década creará nuevas presiones inflacionistas sobre la economía estadounidense y, lejos de al prometido equilibrio presupuestario, conducirá a enormes déficits. La diversión de cantidades astronómicas de recursos sociales para construir los MX y otros nuevos sistemas nucleares hará disminuir la inversión en otros sectores y debilitará todavía más a los Estados Unidos frente a la presión competitiva de los japoneses en las industrias de bienes de consumo de alta tecnología. Como no solamente el dinero sino también los talentos de sus mejores ingenieros y científicos están concentrados en el esfuerzo por crear medios más sofisticados para el asesinato masivo, será más difícil para los Estados Unidos mantener su liderazgo económico en Occidente o su celebrado nivel de vida. No hace falta decir que estas consecuencias negativas del gasto militar (la potencia económica actual de Japón y Alemania Occidental está claramente relacionada con sus bajos niveles de gastos en armamento). A largo plazo, los efectos colaterales de la carrera de armamentos pueden llegar a destruir el sistema capitalista sin guerra, a medida que el desempleo masivo, la inflación, la reducción de la ayuda exterior a los países pobres den a la ideología socialista una influencia mayor en el exterior a los países pobres den a la ideología socialista una influencia mayor en el exterior que lo puedan hacer miles de nuevos misiles nucleares bombas de neutrones.

¿Cuál es, a este respecto, la situación en la URSS? El gasto soviético en defensa, en contra de una creencia muy extendida, no es en general visto por el pueblo soviético como causa mayor de sus dificultades económicas. El ciudadano soviético ordinario culpa de las escaseces, la ineficacia y la baja calidad de los productos a la burocracia omnipotente, no al ejército. Esto se debe en parte a la escasa visibilidad del sistema militar, gran parte del cual está camuflado tras ministerios y programas presupuestarios aparentemente "civiles". Y en parte se debe a que las masas rusas son conscientes de las mejoras sustanciales habidas en el nivel de vida a lo largo de las últimas décadas, incluso sin ninguna reducción del gasto en armamento. El 85% del PNB soviético que se gasta para propósitos no militares es mucho más visible para los ojos del público que el 15% dedicado a armamento, y el exceso del 7.5% sobre el gasto militar estadounidense ni siquiera es registrado como tal. Sobre todo, la producción soviética de armamento se mantiene a un ritmo planificado y regular a lo largo de períodos prolongados, mientras los gastos militares estadounidenses son cíclicos, con bruscos intervalos de descenso y desempleo masivo. En consecuencia, el sector militar de la economía soviética no es asociado con el desempleo o la inversión; no crea escaseces regionales de puestos de trabajo al disminuir ni presiones inflacionistas al aumentar. En este sentido, los gastos de defensa —aunque sean de hecho una carga más pesada para una economía más pobre— son también más compatibles con la estabilidad de los precios y la planificación. El resultado es que el gobierno so-

viético puede mantener y legitimar un nivel de inversión militar superior al de Occidente sin la misma gama de efectos destructivos colaterales.

La responsabilidad del movimiento por la paz

Los orígenes de la nueva atmósfera de guerra fría en los asuntos internacionales son complejos, y no hemos tratado de discutirlos todos aquí. Está claro, por ejemplo, que todos los nuevos sistemas de armamento nuclear que actualmente se preparan para la modernización del arsenal occidental —la bomba de neutrones, los misiles **Cruise** y **Pershing II**, el programa **Trident**, el bombardero "sigiloso" **ATB**— comenzaron a ser diseñados hace unos 10 o 12 años, mucho antes de la llegada de la nueva guerra fría. Cualquiera que fuera la coyuntura diplomática, la implementación de estos programas estaba llamada a crear una grave confrontación política. De manera similar, la profunda recesión económica del mundo capitalista era probable que generase tensiones en la posición global de los Estados Unidos, con independencia de otras circunstancias. Llegada el caso, de todos modos, ha coincidido con una serie de revoluciones populares en el Tercer Mundo hostiles a los intereses occidentales —en Etiopía, Angola, Nicaragua, Zimbabue, Irán y otros lugares. Los viejos conflictos regionales en Oriente Medio y el Sur de África han empeorado, y las potencias occidentales se han mostrado impotentes para resolverlos. Mientras tanto, la injerencia soviética en Afganistán y su crecimiento influencia en Vietnam, Laos y Camboya han exacerbado las tensiones en Asia. La sorprendente ineptitud de las administraciones Carter y Reagan, en Washington, y del gobierno Thatcher, en Londres, al intentar incrementar la presión sobre la URSS jugando la "carta china" ha acelerado todavía más el deterioro de la situación internacional. Todos estos factores han contribuido a la condensación del nuevo clima de guerra fría.

Por fortuna, sin embargo, Norteamérica no tiene en la nueva Guerra Fría el mismo séquito que poseyó en la anterior. Parece improbable que los Estados Unidos sean capaces de crear el mismo tipo de consenso anti-comunista de que disfrutaron en el bloque de la OTAN durante el período de la guerra de Corea. Europa occidental y el Japón han llegado a compartir visiones de los problemas del Tercer Mundo muy diferentes de las de los Estados Unidos. El punto de vista europeo occidental ha llegado a ser en general más objetivo, haciendo menos caso de la idea de la "conspiración soviética" que todavía puebla Norteamérica de visiones paranoides. De hecho, la existencia de amplias diferencias entre Europa occidental y los Estados Unidos será de crucial importancia para la política mundial en el próximo futuro. Muchos países de Europa occidental como Holanda, Bélgica, Noruega, Grecia y Alemania Federal ya están tratando de evitar participar en una confrontación Este-Oeste y luchando por preservar los rudimentos de la distensión jugando el papel de moderadores. La opinión popular de los países escandinavos se está inclinando hacia la creación de una zona regional desnuclearizada, mientras las coaliciones de centro-izquierda en Bélgica y los Países Bajos probablemente se negarán a aceptar el regalo norteamericano de los nuevos misiles nucleares.

La nueva guerra fría y la futura espiral en la carrera

de armamentos no pueden sobrevivir por mucho tiempo sin una participación europeo occidental activa, y nos sentimos optimistas al ver que esta participación europeo occidental activa, y nos sentimos optimistas al ver que esta participación europeo occidental activa, y nos sentimos optimistas al ver que esta participación no está próxima. Viene al caso comparar la actual lógica de los acontecimientos con los movimientos anteriores a la guerra mundial. Ambas guerras mundiales se desarrollaron a partir de las contradicciones internas y las rivalidades agresivas de la sociedad europea, y ambas supusieron errores de bulto en los cálculos militares (en 1.914, la expectativa alemana de un éxito relámpago del Plan Schlieffen; en 1.941, su subestimación de la potencia industrial y la tenacidad soviéticas). La nueva guerra fría se basa en errores de cálculo militares e ilusiones geo-políticas igualmente peligrosos, pero esta vez Europa occidental no tiene ningún interés fundamental en la lógica de la confrontación. Por consiguiente, si Estados Unidos prosigue su desplazamiento hacia

la derecha reaccionaria y la supermilitarización, parece probable que Europa se mueva correspondientemente hacia la izquierda y la desvinculación de la confrontación. Si los EE.UU. rechazan tomar parte en negociaciones constructivas sobre armamento con la URSS este invierno, seguramente crecerá en Europa el movimiento por el desarme nuclear unilateral. No existe ya ni un solo problema genuinamente europeo que no pueda ser resuelto por medios no militares, y el llamamiento a la movilización para la guerra fría nunca ha conado más irracional y atávico. Millones de ciudadanos de Europa occidental están comenzando a darse cuenta de que tienen poco que ganar confiando su destino al sistema militar de una superpotencia que no tiene ni un gobierno competente ni una política internacional consistente y equilibrada. Los movimientos por la paz en Europa son ya una poderosa presión para la moderación: son ellos quienes pueden hacer frente a la perspectiva de una peligrosa nueva ronda en la carrera de armamentos que amenaza a toda la humanidad. □

Notas

- (1) Este artículo apareció originalmente en el n° 130 de *New Left Review* (noviembre-diciembre de 1.981).
- (2) Véase *Cuadernos de Comunismo* n° 8, Edward P. Thompson: *Notas sobre el exterminismo, último estadio de la civilización*.
- (3) *Ibid.*, p. 7.
- (4) *New York Times*, 14 de Junio de 1.981.
- (5) *Khrushchev Remembers-The Last Testament*, Nueva York, 1.974, pp. 443-453.
- (6) En septiembre de 1.959 comenzó el bombardeo de Quemoy y Matsu y Eisenhower prometió al Kuomintang pleno apoyo para repeler un ataque chino — incluido el uso de armas nucleares. Jruschev, a pesar de las reclamaciones de la dirección china, se negó no obstante a cancelar el su viaje a los Estados Unidos. Cuando más tarde visitó Pekín para el décimo aniversario de la Revolución China, se le ofreció una mala recepción y acortó su visita.
- (7) Tras el vuelo de Powers, los Estados Unidos interrumpieron las misiones de los U-2 sobre la Unión Soviética, pues estaba claro que los misiles soviéticos podían ahora destruirlos. Pero no repudió la práctica de la vigilancia descarada, y de hecho continuaron los vuelos de los U-2 sobre Cuba, Corea, Vietnam y China. En el día de hoy, los Estados Unidos son el único país del mundo que, a pesar de poseer satélites espaciales, mantiene todavía un programa de tales vuelos sobre el territorio de otros países.
- (8) «Para los Estados Unidos, el principio de paridad implica una cuestión esencial: ¿pueden los americanos reconocerse a sí mismos que la Unión Soviética, no importa si les gusta el sistema político soviético o no, se ha converti-

do en una legítima gran potencia con intereses comparables?, ¿que la Unión Soviética ha alcanzado la paridad política con los Estados Unidos en la política mundial? Los Estados Unidos, sencillamente, al contrario que la mayoría de las naciones, no han aprendido todavía a convivir con ese hecho geopolítico e histórico. Bajo el encantamiento de 64 años de antisoviétismo y de una larga historia de ser la única superpotencia, muchos dirigentes y segmentos sustanciales de la opinión pública de los EE.UU. se empeñan en ver a la Unión Soviética principalmente como una fuerza "sin Dios", "terrorista" y "diabólica", sin ningún estatuto o título político legítimo en el mundo. Los americanos ni siquiera discuten abiertamente el principio de paridad. Como el sexo en la época victoriana, sigue siendo una materia prohibida y repugnante. Pero es esta falta de voluntad para conceder la paridad política lo que repetidamente hace que la diplomacia estadounidense sucumba ante la política militarista, así como la aceptación de la necesidad de la paridad militar sucumbe ante la quimera de la superioridad y los episodios de distensión sucumben ante la guerra fría.» (Stephen F. Cohen, *International Herald Tribune*, 4-5 de julio de 1.981).

(9) Es sintomático que las provisiones técnicas de los tratados SALT no hayan sido nunca publicadas en la prensa general de la Unión Soviética. Hay algunos signos, no obstante, de que esta política podría estar cambiando a medida que aumenta la ansiedad oficial en torno a la actual crisis. En agosto, un oficial de Estado Mayor, el mayor-general Starobudov, explicó la tecnología militar soviética y la disposición en Europa con un detalle mayor del habitual en los programas de la televisión rusa.

rectificación:

... sobre las "notas sobre el exterminismo, último estadio de la civilización", de Edward Thompson.

Por un lamentable error, tal como lo advertirían los lectores de "Cuadernos de Comunismo" nº 8, se publicó el artículo de E. Thompson sin las notas a pie de página a las que sucesivamente llamaban los

números entre paréntesis incluidos en el texto. Ante la imposibilidad de otra solución mejor, hemos decidido ofrecerlas en este número 9, aun a sabiendas de que es hacerlo tarde y con daño.

NOTAS

(*) Gracias a Ken Coates, Mary Kaldor, Dan Smith, Dorothy Thompson y los editores de esta revista por sus comentarios y críticas: ninguno de ellos es responsable de mis conclusiones (E.T.) Este artículo fue publicado originalmente en *New Left Review*, nº 121, gracias a cuya gentileza lo reproducimos en *Cuadernos de Comunismo*. (1) Empleo el término "racionalidad", en estas notas, para designar la búsqueda racional del interés propio que se atribuye a una nación, una clase, una élite política, etc. Desde una perspectiva distinta ninguna de estas búsquedas puede aparecer como racional.

(2) Considero que la aventura británica en Suez (1956), la intervención soviética en Checoslovaquia (1968) y la operación con helicópteros de los Estados Unidos en Irán (1980) son ejemplos de tales apasionamientos. La intervención soviética en Afganistán es un acto político militar de orden mucho más premeditado — quizá un despasionamiento.

(3) Peter Sedgwick, *La OTAN, la Bomba y el Socialismo*, *Universities & Left Review*, 7, otoño de 1959. (Los subrayados son míos).

(4) La literatura es ahora extensa. Para una bibliografía evaluativa preliminar, véase Ulrich Albrecht, Asbjorn Eide, Mary Kaldor et al., *A Short Research Guide on Arms and Armed Forces*, Londres, 1978. También la bibliografía selecta en el apéndice a Asbjorn Eide y Marek Thee, editores, *Problems of Contemporary Militarism*, Londres, 1980. La bibliografía es actualizada regularmente en el Informe ADIU (Science Policy Research Unit, Universidad de Sussex).

(5) Y serán olvidadas en la mayor parte de estas notas, me temo. La diplomacia china es inescrutable.

(6) Véase Régis Debray, *A Modest Contribution to the Rites and Ceremonies of the Tenth Anniversary*, *New Left Review*, 115, mayo-junio de 1979.

(7) Antes de los sesenta, las exacciones de la OPEP o la truculencia de los estudiantes iraníes habrían provocado, sin lugar a dudas, represalias militares occidentales.

(8) Herbert Scoville, Jr., *America's Greatest Construction*, *New York Review of Books*, 20 de marzo de 1980.

(9) Mary Kaldor, *The Significance of Military Technology*, en *Problems of Contemporary Militarism*, pp. 226-9.

(10) Véase Mary Kaldor y A. Eide, editores, *The World Military Order. The Impact of Military Technology on the Third World*, 1979.

(11) Tengo en cuenta aquí las estimaciones conservadoras de Deborah Shapley. Según otros cálculos, si se incluyeran todas las armas nucleares el total mundial habría superado ya las 50.000.

(12) Deborah Shapley, *Arms Control as a Regulator of Military Technology*, *Daedalus*, 109, INVIERNO DE 1980.

(13) Alva Myrdal, *The Game of Disarmament*, Nueva York, 1976, pp. 11-12; Lord Zuckerman, *The Deterrent Illusion*, *The Times*, 21 de enero de 1980, reeditado ahora en *Apocalypse Now*, Spokesman Books.

(14) Para una evaluación fiable del aumento en ambos blo-

ques, véase Dan Smith, *The Defence of the Realm in the 1980s*, Londres, 1980, en especial los capítulos 3 y 4.

(15) Alva Myrdal, *op. cit.*, p. 8.

(16) Lawrence Freedman, Director de Estudios Políticos del Royal Institute of International Affairs, en *The Times*, 26 de marzo de 1980.

(17) "La amenaza de un ataque nuclear soviético contra Europa occidental podría no dejar otra opción a la OTAN que el rápido recurso al arsenal americano, poniendo en peligro las ciudades americanas... Los misiles en Europa occidental darían al presidente americano una opción intermedia" (Gregory Treverton, director ayudante del Institute for Strategic Studies, en *The Observer*, 19 de noviembre de 1979).

(18) Entrevista en el *New York Sunday Times*, 30 de marzo de 1980.

(19) Herbert F. York, *The Nuclear "Balance of Terror" in Europe*, *Ambio*, 4, nn. 5-6, 1975.

(20) Alva Myrdal, *op. cit.*, ofrece en el capítulo 2 una amplia presentación de toda la estrategia de "teatro" (publicado en 1976).

(21) Un relato locuaz de esta delincuencia burocrática lo ofrece Stephen R. Hammer, Jr., en la *NATO Review*, febrero de 1980.

(22) Las estimaciones del Instituto Internacional para la Investigación sobre la Paz de Estocolmo son resumidas por Frank Barnaby, *Global Militarization, Proceedings of the Medical Association for the Prevention of War*, marzo de 1980.

(23) Myrdal, *op. cit.*, p. 4. Pero el Tercer Mundo se acerca, habiendo gastado en 1978 el 24% del total mundial (Barnaby, *passim*).

(24) Un informe clarificador sobre el estado actual de preparación para la guerra química se encuentra en *Scientific American*, abril de 1980.

(25) Barnaby, *op. cit.*

(26) La notable investigación sobre el "archipiélago Gulag americano" de Noam Chomsky y Edward Herman, en *The Washington Connection and Third World Fascism y after the Cataclysm* (ambos en Spokesman Books, 1979) ha sido menos discutida de lo que merece en Gran Bretaña, quizás por las interpretaciones divergentes de los acontecimientos en Indochina. Algunos de los episodios más terribles (que merecen, como los acontecimientos de Camboya, ser descritos como exterministas), han sido llevados a cabo indirectamente y por poderes: véase A. Kohen y J. Taylor, *An Act of Genocide: Indonesia's Invasion of East Timor*, TAPOL, 8ª Treport Street, SW1.

(27) Emma Rothschild, *Boom and Bust*, *New York Review of Books*, 3 de abril de 1980.

(28) Después de escribir este artículo he leído el importante informe, el papel de la tecnología militar en el desarrollo industrial, presentado por Mary Kaldor al Grupo de expertos gubernamentales de la ONU sobre la Relación entre Desarme y Desarrollo, de mayo de 1980. Kaldor discute un caso relacionado pero más complejo, con mayor énfasis sobre la tecnología militar "barroca", cada vez más cara, sofisticada, ineficaz y que conduce a distorsiones

tecnológicas o a puntos muertos. Kaldor ve las industrias del sistema armamentista británico menos como un "sector punta" que como un sector que constriñe y distorsiona el cambio industrial y conduce a un "estancamiento tecnológico, el síntoma de un círculo vicioso en el cual el declive industrial estimula el gasto militar y con ello, paradójicamente, acentúa el proceso de declive". Encuentra que la exportación de esa tecnología al Tercer Mundo es totalmente negativa, implantando la decadencia en el interior del mismo esfuerzo por el crecimiento.

(29) Véase James Petras y Robert Rhodes, **The Reconsolidation of U.S. Hegemony**, *New Left Review* n° 97 y el subsiguiente debate en los números 101 y 102.

(30) **Wall Street Journal**, 4 de abril de 1980.

(31) Herbert Scoville, op. cit.: **New York Times** (suplemento científico), 15 de abril de 1980; **Guardian**, 13 de marzo de 1980.

(32) **Time Magazine**, 7 de abril de 1980; **Guardian**, 27 de marzo de 1980; y, sobre las actividades de los grupos de presión armamentistas, **New York Times**, 30 de marzo de 1980.

(33) Oskar Lange, **Papers on Economics and Sociology**, Oxford, 1970, P. 102.

(34) Rothschild, op. cit.

(35) Zhores Medvedev, **Russia under Brezhnev**, *New Left Review*, 117, septiembre-octubre de 1979, p. 18.

(36) David Holloway, **War, Militarism and the Soviet State**, *Alternatives*, junio de 1980. Véase también, del mismo autor, **Soviet Military R 5 D**, en J. Thomas y U. Kruse-Vancienne, editores, **Soviet Science and Technology**, Washington D.C., 1977. Me baso fuertemente en el trabajo de David Holloway en esta sección, y le agradezco el permiso para hacerlo, pero no debe ser considerado responsable de mis conclusiones.

(38) Véase Zhores Medvedev, op. cit., pp. 11-12.

(39) Véase mi **Detente and Dissent**, en Ken Coates, editor, **Detente and Socialist Democracy: a discussion with Roy Medvedev**, Spokesman Books, 1975.

(40) C. Wright Mills, **The Causes of World War III**, Nueva York, 1958, P. 47.

(41) Véase Jan Oberg, **The New International Military Order**, en **Problems of Contemporary Militarism**, especialmente pp. 54-64.

(42) Emma Rothschild, op. cit.

(43) La elevada visibilidad ideológica de Yugoslavia y Cuba tal vez las haya protegido de operaciones militares más que cualquier consideración de sensibilidad estratégica. Compárese la lastimosa expedición vaquera casi oficial contra Cuba (Playa Girón) con la violencia militar sin precedentes lanzada sobre Vietnam.

(44) Véase al inefable William Rodgers, portavoz laborista para la defensa, en el **Labour Weekly**, 23 de mayo de 1980: "Unos tres cuartos de millón de hombres y mujeres sirven hoy en las fuerzas armadas o están envueltos como civiles en actividades de apoyo y en las industrias de defensa... Si el Partido Laborista dejara de preocuparse por la defensa, perderíamos su apoyo y nunca volveríamos a ganar unas elecciones".

(46) Si China llega a incorporarse a alguno de los bloques, arrojando su masa en las proporciones, es difícil ver cómo va a dejar de ocurrir la colisión.

(47) Véase Emma Rothschild, op. cit., y Mary Kaldor, **The Role of Military Technology in Industrial Development**, op. cit.

(48) Disiento gravemente del análisis ofrecido por Anderson y otros que tienden a degradar la Campaña por el Desarme Nuclear (pacifista, neutralista, de clase media, "fallida") y canonizar al VSC.

Pero, por el momento, podemos dejar de lado esta discusión.

(49) **Two Notes on the End of the World**, *New Left Review*, 110, julio-agosto de 1978.

(50) Al decir "centro" no pretendo que Europa sea el punto de inflamación más probable para la detonación. Eso podrían serlo Pakistán o los estados del Golfo Pérsico.

viene de la pág. 48

mo medio de impulsar esa dinámica y ese nuevo proceso de convergencia.

Personalmente, creo que no, que el surgimiento de nuevos partidos en contextos democráticos es más lento cuando más estables sean esos contextos y que requieren procesos previos más largos. Procesos que pasan por la creación de nuevos estados de opinión y por una evolución y decantación más profundas de las opciones políticas imperantes y más o menos asentadas.

Esse es el debate en el que debe centrarse por ahora Nueva Izquierda y todos aquellos otros que piensen en la necesidad de generar una nueva opción. En este sentido, la tarea inmediata, tras la aún fresca

ruptura con EE, va a ser organizarnos para no desperdigarnos — riesgo común en toda ruptura como ésta — y para abordar tanto ese debate como la dotación de los medios e instrumentos orgánicos y políticos que nos permitan influir e intervenir para aportar todo lo que podamos al proceso político vasco y a la necesaria remodelación de la izquierda en Euskadi.

De la próxima asamblea convocada para mediados de febrero, Nueva Izquierda deberá salir con su proyecto político definido por un lado, con su modelo organizativo diseñado por otro y, finalmente, con la programación de sus formas de intervención en la sociedad, en sus diferentes movimientos asociativos de tipo reivindicativo, sociopolítico o cultural, y en el proceso político en general. □

BOLETIN DE SUSCRIPCION

cuadernos de
CONSERVISMO

Precio de la suscripción por un año (6 números): Estado español: 900 ptas. Europa: 10 \$. América: 11 \$

Suscripción de apoyo: 1.500 ptas.

Pago de suscripciones y contribuciones de apoyo:

Giro o talón bancario a nombre de: LCR, cta. n° 01-504000-2, del Banco de Vizcaya, agencia urgana Glorieta Bilbao, Madrid.

Apellidos: _____

Nombre: _____

Domicilio: _____

Ciudad: _____

Distrito Postal: _____

Provincia/Estado: _____

N° del giro postal, transferencia, cheque (subráyese lo que corresponda): _____

¿Qué será del cambio?

Los trabajadores europeos, más familiarizados con los gobiernos socialistas, saben por experiencia que las primeras medidas y los primeros gestos de éstos les están destinados. Es algo así como el reconocimiento de que han llegado al gobierno gracias a sus votos. Sólo después de las primeras semanas o meses empieza la cantinela sobre la austeridad, la seguridad del Estado, los intereses de la patria, etc., y la evidencia de una política de conciliación con la burguesía y el imperialismo. El flamante gobierno del PSOE no ha querido sumarse a esta tradición: sus primeros gestos y sus primeras medidas han tenido como destinatarios a la derecha y a los poderes fácticos. Aunque éstos han hecho lo que han podido para que los socialistas no ganaran las elecciones.

F. Cruells

EL triunfo electoral del PSOE ha sido el resultado de la voluntad de cambio de amplísimos sectores de la población, que han considerado que votar a este partido era la mejor manera de echar a la derecha del gobierno. Sólo esta voluntad permite explicar el tremendo efecto del voto útil entre la izquierda y la gran cantidad de votos ganados a la abstención que han ido a parar al PSOE. Para una parte de los votantes ha pesado el "miedo a Fraga", que aparecía como la única alternativa con posibilidades frente al PSOE, dada la descomposición de UCD; pero este voto a la contra, es incapaz de explicar por sí solo el impresionante triunfo del PSOE.

La gran mayoría de los diez millones de votantes del PSOE han apoyado el cambio que prometía este partido, que se expresaba en un programa extraordinariamente moderado. No han creído que fuera posible más de lo que prometía Felipe González en la campaña electoral, al menos para empezar. Este posibilismo es el resultado de cinco años de retroceso, división y derrotas del movimiento obrero. Pero no se trata de un cheque en blanco al gobierno socialista. Y es, desde luego, un estado de ánimo que puede ser modificado sobre la base de ir adquiriendo confianza en las propias fuerzas, en el curso de los próximos combates.

La legitimidad democrática de estos diez millones de votos y la holgada mayoría absoluta en el Parlamento y el Senado, van a constituir la fuerza del gobierno del PSOE. Su talón de Aquiles lo constituirá la política de consenso con las instituciones no parlamentarias del Estado: las FAS, la policía, el aparato administrativo y judicial. En ellas la derecha, la reacción y el golpismo cuentan con apoyos fundamentales.

La reacción de la derecha

La burguesía ha salido de estas elecciones con una importante derrota política. Sus partidos están fuera del gobierno central por primera vez en más de cuarenta años. No controlan la mayoría de los grandes ayuntamientos, sólo los gobiernos nacionales de Catalunya y Euskadi, en manos respectivamente de CiU y PNV, y el gobierno de Galicia controlado por

AP, contradicen esta barrida de la derecha de los órganos de gobierno.

Esta mala situación de la burguesía no debe confundirse con una falta de capacidad de reacción y de contraofensiva, ni llevar a una subestimación de sus posibilidades. Su poder económico permanece intacto. Se ha producido una concentración política de la burguesía centralista alrededor de AP, que cuenta con un grupo parlamentario muy fuerte. Existen poderosas organizaciones patronales, como la CEOE, rodadas en la lucha social y política, que cuentan con algunos destacamentos de choque, capaces de movilizar a sectores de masas, como la CECE. Esta movilización se puede ampliar con colectivos como el Consejo General de Médicos y, lo que es más importante, en algunos aspectos como la enseñanza privada, la "protección a la familia" y el aborto, va a contar con la participación activa de la Iglesia.

Como consecuencia de la legitimidad popular con que el PSOE inicia su mandato, es probable que la contraofensiva de la derecha presente dos fases relativamente diferenciadas. En una primera fase, la táctica dominante consistirá en aprovechar las propuestas de concertación del gobierno PSOE para plantear sus propias exigencias, tratando de establecer una serie de concesiones que establezcan un cerco a las posibles medidas del PSOE (el documento económico que la CEOE presentó al gobierno es un ejemplo típico de esta táctica). Sin embargo, en una segunda fase, asistiremos a la transformación, desigual pero progresiva, del cerco en hostigamiento y posterior movilización contra el gobierno socialista. Aunque no se tratará de dos fases nítidamente separadas (ahí está la propuesta de acciones patronales "antiterroristas" de Olarra), ni vamos a conocer una actitud homogénea del conjunto de la derecha. Van a existir diferencias entre las organizaciones sociales y políticas (Fraga habló de sangre en la sesión de investidura, mientras Ferrer Salat combina la extrema dureza en la negociación con los sindicatos y las buenas formas con el gobierno, entre las distintas organizaciones políticas (por ejemplo, las intervenciones de Roca y Fraga en

el Parlamento) y entre todas éstas y las alternativas extraparlamentarias que seguirán operando en el interior de las FAS.

El objetivo final de esta contraofensiva de la derecha va a ser recuperar el gobierno en sus manos. Porque está convencida de que el PSOE, aunque realizará importantes concesiones, es un instrumento inadecuado para estabilizar el régimen (cuyo precario equilibrio, trabajosamente recompuesto tras el 23-f, exigía ya antes de las elecciones una política cada vez más reaccionaria por parte de UCD) y para desarrollar los ataques en profundidad contra el movimiento de masas que la burguesía cree necesarios.

Dificultades para la maniobra

El freno a la contraofensiva de la burguesía, la derecha y la reacción sólo podría ser la organización y la movilización de masas. Pero este es el camino que el PSOE no quiere tomar. El fondo de su política consiste en adecuar las reformas posibles a la concertación con el capitalismo, el aparato de Estado y el imperialismo. Sin embargo, la gravedad de los problemas económicos, sociales, militares e internacionales, limitan extraordinariamente el margen de maniobra entre las exigencias de la derecha y las esperanzas de cambio de amplísimos sectores de la población. Ceder al cerco de la derecha compromete incluso la realización del moderado programa del PSOE, con el riesgo de debilitar rápidamente el apoyo popular que le ha llevado al gobierno.

La política inmediata del PSOE va a consistir en buscar las medidas que permitan retrasar el estallido de esta contradicción. Y un primer objetivo consiste en llegar a las elecciones municipales y autonómicas sin un desgaste importante, a fin de consolidar su victoria electoral. Por eso es previsible que intente aplazar para después de las mismas, tanto las medidas más impopulares cara a los trabajadores (en particular, en el terreno de la austeridad), como aquellas en que la derecha ha anunciado ya su dureza en la confrontación (Estatuto de centros, aborto, etc.). Pero aplazar las contradicciones durante unos meses, no significa eliminarlas. Y las que esperan al gobierno del PSOE no son precisamente pequeñas. Para comprobarlo basta con repasar algunos problemas claves.

Eso que se llama el excedente

El programa electoral del PSOE en el terreno económico se proponía una racionalización del sistema capitalista a través de una doble concertación. La banca y la patronal debían colaborar en la inversión productiva a cambio de que se les garantizara "eso que se llama el excedente", o sea, la explotación de los trabajadores por los capitalistas. Los sindicatos debían lograr que los trabajadores accedieran a "compartir el mendrugo", para evitar que siguiera la marcha atrás y pudiera emprenderse una recuperación. Esta consistiría en disminuir el paro (creando 800.000 nuevos puestos de trabajo, en cuatro años) y obtener una serie de mejoras en sanidad, seguridad social, enseñanza, medio

ambiente, derechos sindicales, etc; la contrapartida debía ser que los salarios no crecieran más que la inflación que programara (y controlara) el gobierno.

Sin embargo, las primeras medidas del gobierno socialista han supuesto ya un jarro de agua fría sobre tan moderadas promesas. En el debate de investidura Felipe González anunció que reduciría el déficit del Estado. Lo cual, en ausencia de nuevos ingresos, significa una reducción de gastos, que no parece probable que afecte a los gastos militares o a las subvenciones a la enseñanza privada, sino a las remuneraciones de los funcionarios, a las prestaciones sociales y a la inversión pública. Es decir, la reducción del déficit llevará a un aplazamiento de las moderadas contrapartidas del PSOE.

Felipe González anunció también que el gobierno pensaba programar una inflación del 12%. Esta cifra es la que va a determinar los aumentos de las pensiones, los salarios de los funcionarios y la que los sindicatos van a manejar en la negociación colectiva. Pero el gobierno del PSOE no parece que vaya a ser más consecuente que el de UCD a la hora de respetar la inflación programada: la subida del 20% en la gasolina y los demás derivados del petróleo, además de afectar directamente la economía de los trabajadores, actúa como desencadenante de un aumento general de precios (transporte, teléfono, electricidad...), que hace poco creíble el tope del 12% y conducirá a una nueva disminución del poder adquisitivo de los salarios (devaluados ya en un 15% por la inflación de 1982).

A pesar de las dos medidas anteriores, el gobierno socialista pretende que la economía puede crecer un 2,5% en 1983. Descartado el aumento del gasto público y del consumo de los trabajadores, este crecimiento sólo puede producirse por una expansión de las exportaciones o por un incremento de la inversión productiva privada, extraordinariamente improbables a causa de la crisis.

Pero lo significativo es que, en el propio discurso de investidura, Felipe González redujo los objetivos de creación de empleo para el primer año de su mandato, al anunciar que el paro disminuirá sólo en 0,5 puntos (65.000 parados), en lugar de los 200.000 de promedio). Más grave todavía: según las cifras del gobierno es más que probable que el paro aumente en lugar de disminuir. En efecto, el crecimiento del empleo es la diferencia entre el crecimiento económico y el de la productividad (expresados en %). En los últimos años esta última ha crecido por encima del 3% y es probable que en el próximo supere el 2,5%, a pesar de la disminución de la jornada a 40 horas semanales. Si esto es así, el crecimiento del empleo será negativo, o sea, el paro continuará aumentando.

Si las medidas lesivas para los trabajadores no se han hecho esperar, las favorables, incluso las elementales, son aplazadas de un Consejo de Ministros a otro. Los proyectos de ley sobre la jornada de 40 horas y el mínimo de 30 días de vacaciones, solo se han mandado a las Cortes en vísperas de Navidad. La jubilación anticipada, el aumento del salario mínimo y la devolución del patrimonio sindical



siguen esperando después de un mes de gobierno socialista. La reforma de la Ley Básica de Empleo no se abordará hasta entrado el año 83.

La moderación socialista y los recortes a su propio programa no son, sin embargo, suficientes para contentar a la patronal. Las posiciones de ésta en la negociación colectiva van a ser duras y continuarán las presiones al gobierno para que realice un auténtico plan de estabilización, que es la medida que los capitalistas consideran más adecuada para hacer frente a la situación actual. Miguel Boyer ha declarado ya que será una medida inevitable si fracasa la lucha contra la inflación. Pero las posibles nuevas concesiones del PSOE, serán consideradas por el capital sólo como un episodio más de su lucha contra el gobierno socialista, porque el tipo de soluciones que necesita exige recuperar el gobierno para la derecha y proceder a ataques en profundidad contra los trabajadores, del tipo de los que se contemplaban en el programa electoral de AP.

"Queremos que nos conozca"

Esta es la frase que el general Pedrosa, jefe de la

DAC Brunete dirigió a Felipe González. La prensa habló de éxito personal del Presidente y ha especulado con que Felipe podía conseguir de los militares lo que no consiguieron los gobiernos de la derecha. Pero esto es sólo una cortina de humo sobre lo que todo el mundo sabe de la situación de las FAS. Los pocos militares demócratas se sienten acorralados y van tirando la toalla. La inmensa mayoría de los jefes y oficiales están convencidos de la necesidad de intervenir directamente en política para "salvar a la patria", más tarde o más temprano. Todos sus componentes están sometidos, desde dentro y desde fuera, a una intensa agitación golpista que ha demostrado su efectividad. La sentencia blanda del 23-F ha operado como un salvoconducto para la conspiración. La trama operativa de los coroneles sigue sin desmontar y se ha ido perfeccionando desde el 23-F. La mayoría de la jerarquía militar no ha renunciado a imponer una salida política basada en un gobierno cívico-militar. La conclusión evidente, es que las FAS constituyen uno de los peligros más importantes para el gobierno

socialista, lo cual no significa que no se haya producido una remodelación de su táctica frente al mismo.

La jerarquía militar es consciente de que debe tener en cuenta los resultados de las elecciones. Por eso sus objetivos inmediatos son el mantenimiento de unos jefes militares representativos del sentir general y una autonomía en los asuntos internos de las FAS: destinos, formación, castigos, etc. Será esta autonomía la que les permitirá presionar eficazmente para que se adopten determinadas medidas políticas en temas como terrorismo, autonomías, política atlantista, etc, al tiempo que les garantizará controlar los resortes de otra presión no menos efectiva: la del chantaje golpista.

La frase del general Pedrosa también puede interpretarse de otra manera: queremos que conozca nuestras condiciones. Esta interpretación menos literal, permitiría explicar mejor el talante de alféreces provisionales que adoptan Felipe y Serra en los actos militares, su fervor de conversos recientes cuando se refieren a los "valores tradicionales de nuestros ejércitos" y la sorprendente lentitud en la toma de decisiones militares, distintas del precontrato FACA. A estas alturas parece totalmente fantástico atribuir al PSOE, tal como hacía una revista en vísperas de las elecciones, un "plan de impermeabilización" de las FAS, consistente en remover toda la estructura jerárquica y colocar a 500 jefes constitucionalistas en los puestos de máxima responsabilidad. La opción del PSOE parece consistir en un pacto con la jerarquía militar, por el que ésta acepte una serie de reformas menores, a cambio de garantizarle jefes representativos (aunque pactados) y autonomía interna. Si esta es la solución finalmente adoptada, significará la renuncia a desactivar la conspiración golpista —en especial el golpe de los coroneles— y limitarse a tratar de "convencer" a una jerarquía que ya conspiraba para imponer sus propias soluciones cuando la derecha estaba en el poder. Los nombramientos de nuevos jefes militares y la revisión del proceso del 23-F, serán algunos de los primeros gestos importantes sobre la política militar del PSOE.

Seguiremos contando con Ballesteros

Esto ha declarado el flamante ministro Barrionuevo en el acto de presentación de los nuevos cargos policiales, en los que ha buscado un "equilibrio entre la eficacia y la continuidad". La idea que tiene el nuevo ministro de la eficacia se puede deducir de su calificación del torturador Ballesteros como un "profesional competente y trabajador", al que ha buscado ya un puesto en el Gabinete de Información y Operaciones Especiales. En lugar de limpiar la policía de torturadores, fascistas y golpistas, el nuevo ministro se limita a cambiar de despacho a los más imprementables. Una simple operación de cirugía estética. Como la del MULC, del que se ha eliminado solamente la dirección específica, para hacerlo depender de la Dirección General del Estado. O con la Ley Antiterrorista, que será refundida en el nuevo Código Penal, a finales de 1983. O con la Audiencia Nacional, que continuará aunque cambien algunas de sus atribuciones.

Esta política va a ser enormemente perjudicial para el propio gobierno socialista. La Administración del

Estado, de la justicia y, muy en particular, los cuerpos policiales son nidos de corrupción, feudos de franquistas y golpistas. No sólo entorpecerán cualquier medida progresista que tome el gobierno, sino que pueden llegar a movilizarse contra él con huelgas o plantas, como la de funcionarios de policía (posteriormente desmentida), en vísperas del 23-F, cuando dimitieron Ballesteros y Dopico. Además, toda una serie de reformas positivas prometidas por el PSOE, pueden ser neutralizadas por la subsistencia de la antigua alta burocracia y de la legislación represiva de la contrarreforma. Por ejemplo, mientras persistan la Ley Antiterrorista, el MULC y no se depure a la policía y a la administración de justicia: ¿qué eficacia pueden tener el habeas corpus o la prohibición de torturas?

Por otra parte, la disposición al compromiso con los burócratas de los altos cuerpos de la administración, se convierte en estúpida afirmación de autoridad cuando se trata de los funcionarios de a pie, simples trabajadores de la administración, que han votado PSOE en buena parte. Por ejemplo, la reducción de las vacaciones de Navidad se ha hecho sin consultar para nada a los sindicatos representativos de los trabajadores. A este paso la prometida reforma de la administración va a ser un fracaso, cuyas consecuencias van a sufrir especialmente estos cientos de miles de asalariados.

La LOAPA y sus interpretaciones

La LOAPA fue un fruto del 23-F y de la contrarreforma. La contradicción del PSOE es que está demasiado comprometido con ella para derogarla, aunque con ella es imposible gobernar en Catalunya y Euskadi. Se impone, pues, la necesidad de un pacto con el PNV y CiU, que controlan los respectivos gobiernos autónomos. Una parte del posible pacto está ya clara: se trata de transferir con rapidez competencias y dinero a los gobiernos autónomos, y consensuar con los partidos nacionalistas una serie de leyes autonómicas pendientes. Pero sigue quedando el problema de la LOAPA. Los socialistas prometen que "su interpretación" de la misma no desnaturalizará los Estatutos. Sin embargo, los nacionalistas desean lógicamente que las competencias de sus gobiernos no dependan de la interpretación de turno. Ante eso Tomás de la Quadra ha declarado, que si la sentencia del Tribunal Constitucional ofrece una percha suficiente para colgar en ella la LOAPA, podría reconducirse su aplicación mediante el desarrollo consensuado de las distintas leyes autonómicas pendientes.

De todas maneras el pacto con los partidos nacionalistas burgueses será inevitablemente conflictivo. Cualquier concesión del PSOE será objeto de duros ataques por parte de la derecha centralista y la jerarquía militar, a los cuales el PSOE será especialmente sensible. Por otra parte, lo que puede esperar el PSOE del PNV y CiU es una cierta colaboración en el Parlamento central y en el aislamiento del nacionalismo radical vasco. Pero no puede esperar que estos partidos renuncien ni a mantener (o recuperar) la hegemonía en su nacionalidad (a expensas del PSOE), ni a utilizar sus posiciones en los gobiernos autónomos para defender su propio "modelo de sociedad".

En cambio el PSOE parece tener cada día menos voluntad en encontrar una salida para la pacificación de Euskadi. Las declaraciones de Barrionuevo, diciendo que "no vemos en ETA mas que pura barbarie,

una organización de malhechores", son dignas de Rosón y parecen indicar una voluntad de primar las medidas policiales por encima de las políticas, tal como han hecho los distintos gobiernos de UCD. No se ha dado ningún paso para adoptar una serie de medidas políticas parciales, reclamadas por sectores muy importantes del pueblo vasco, que posibilitarían una negociación con ETA sobre la pacificación de Euskadi y abrir alguna vía para abordar las cuestiones de fondo, que son las que explican la existencia de ETA, del nacionalismo radical y de su apoyo por parte de importantísimos sectores.

¿Hasta cuando los juicios por aborto?

La Audiencia Provincial de Barcelona condenó a Manuel Góngora a doce años de cárcel por dos abortos provocados en 1968 y aprovechó la sentencia para criticar la actual legislación. Pero Felipe González, en su entrevista a "El País" del 12 de diciembre, se negó a dar ningún calendario sobre la prometedida ley sobre el aborto terapéutico. No es difícil comprender las razones de este silencio. Las primeras manifestaciones de masas de advertencia al gobierno socialista fueron las que organizó la Iglesia con motivo de la visita del Papa, aunque Felipe González no había sido investido todavía. Desde entonces es notorio que la Iglesia, que en otros terrenos puede optar por un discreto segundo término, va a volcar toda su influencia en la defensa de "la familia y el derecho a la vida", así como de la enseñanza privada y de las clases de religión en la escuela pública. El PSOE trata de retrasar y de atenuar estas confrontaciones con el frente único de la derecha y la reacción, al que se ha sumado ya el propio Rey en su discurso de Navidad, en el que unía el bienestar de España al de la familia patriarcal.

El amigo americano

Después de la visita de Shultz, que congregó 5.000 manifestantes anti-OTAN en Madrid, el gobierno anunció que antes del 21 de mayo, fecha en que se agota el anterior convenio con los USA, se habría firmado un protocolo anexo al Convenio negociado por UCD. Sabemos, pues, que seguirán las bases americanas. En cuanto a la OTAN, se ha detenido la integración en la estructura militar y se mantiene la promesa de convocar un referendun, aunque Morán ha dicho que "no consideremos que sea un tema en el que debemos precipitarnos, creando tensiones internas o internacionales". Pero es posible que las tensiones y las presiones a precipitarse lleguen por parte del Ejército, de la derecha y del imperialismo. Fraga ha recordado ya que para modernizar el Ejército hay que estar en la OTAN y ha considerado la decisión de congelar la integración en la estructura militar como el primer triunfo de Andropov. Hassan de Marruecos ha anunciado que en enero reclamará las plazas coloniales de Ceuta y Melilla, lo cual puede poner en aprietos al gobierno del PSOE, que tiene una posición colonialista respecto a las mismas y ha dado a entender que las podría considerar una contrapartida (junto a Gibraltar) de la permanencia en la OTAN. Por otra parte, el imperialismo americano ha iniciado ya fuertes presiones políticas para evitar la salida de la OTAN de su aliado y no dudará en recurrir también a las presiones económicas, que pueden resultar especialmente efectivas, incluso a corto plazo, dada la situación de la balanza de pagos y la cuantiosa deuda externa del Estado español.

Aplazar la fecha del referendun es, de nuevo, una forma de retrasar el estallido de la contradicción. En ningún caso se trata de una solución al problema.

¿Después de las municipales, qué?

Esta política del gobierno socialista de intentar aplazar las principales contradicciones, puede prolongarse hasta las elecciones municipales, pero no puede durar indefinidamente. Un mes después de la constitución del gobierno, puede ya decirse que algunas de las más importantes promesas electorales están en entredicho. Esto no significa que este gobierno pueda permitirse olvidar todas sus promesas de cambio y desarrollar una política similar a la de UCD. Porque, si bien es verdad que intenta evitar cualquier enfrentamiento importante con el capitalismo, el régimen de la reforma o el imperialismo, también lo es que su posibilidad de permanencia en el gobierno depende de que siga suscitando el apoyo electoral de una gran mayoría de trabajadores.

Para mantener este apoyo, el PSOE parece confiar en la coincidencia de varias circunstancias favorables. En el terreno económico, su esperanza confesada es que la economía capitalista mundial se reactive en 1984 y permita unos mayores índices de crecimiento en el Estado español. Pero es sumamente problemático que esta reactivación sea cualitativamente distinta de las últimas (o sea, que signifique la salida de la onda larga depresiva) y que el crecimiento económico capitalista permita reducir el número de parados conforme a las promesas, en lugar de seguir aumentándolos. En el terreno nacional, la apuesta socialista se basa en que un pacto con los nacionalistas burgueses, el desarrollo de los Estatutos y la creación de frentes antiterroristas, permitan reducir la base de masas del nacionalismo radical y aislar a ETA, hasta convertirla en un simple problema policial. En este caso el error de previsión es doble: que se pueda reducir la base social del nacionalismo radical, sin satisfacer algunas de sus reivindicaciones básicas y que el desarrollo estatutario amortigüe las reivindicaciones nacionales en lugar de abrirlas nuevos campos. Si realmente consiguiera éxitos en el terreno del paro, del poder adquisitivo y del terrorismo, el gobierno del PSOE seguramente cree que podría desarrollar una serie de reformas políticas que no provocaran la movilización activa de la derecha, ni la rebelión de los aparatos de Estado y que le permitirían consolidar su influencia electoral entre los trabajadores. Sobre la base de todo ello, el PSOE debe confiar en que podría convencer al imperialismo de la utilidad de un aliado más independiente. Y a los jefes militares, de que no tienen base social para sus aventuras golpistas. Si todo eso fuera posible, el PSOE habría conseguido una "normalización democrática" tan efectiva como la de Gran Bretaña, que dice admirar Fraga, o la de Austria, con la que sueña Felipe.

Desgraciadamente para el PSOE, este cúmulo de circunstancias favorables para su política, tienen una posibilidad de producirse cercana a cero. La crisis económica hace planear el fantasma de la estabilización. El problema nacional va a seguir siendo virulento y con persistencia de las acciones armadas. Los aparatos policial, judicial y administrativo, junto a la legislación represiva ya existente, van a desnaturalizar los tímidos intentos que puedan emprenderse para ampliar las libertades. El imperialismo americano esta en plena carrera armamentista y decidido a disci-



plinar a sus aliados. La derecha está preparando una fuerte contraofensiva y las FAS siguen incubando proyectos de golpe. El espacio para una política reformista es enormemente reducido. Sometido a los ataques de la derecha y la patronal, el movimiento de masas necesitará imperiosamente contar con instrumentos de defensa eficaces y, si el gobierno del PSOE no se demuestra útil para una función de este tipo (como sucederá con toda seguridad), verá como se desvanece el formidable apoyo electoral que le han dado diez millones de ciudadanos.

Esta es la perspectiva para la que, con distintas tácticas, se prepara la derecha.

Las alternativas parlamentarias de la derecha

El objetivo común de la derecha es acelerar el desgaste del PSOE y recuperar el gobierno en sus manos. Pero la crisis de UCD y el espectacular crecimiento de AP no han resuelto la crisis de dirección política de la burguesía.

La opción ampliamente mayoritaria entre la burguesía centralista, ha sido la coalición AP-PDP liderada por Fraga, cuya estrategia va a consistir en un hostigamiento y una movilización bastante frontal contra el gobierno del PSOE, como anunció claramente la intervención de Fraga en la sesión de investidura, su apoyo a las propuestas de acción directa antiterrorista hechas por Olarra, sus anuncios de movilización contra el aborto, etc, etc.

Sin embargo, existen fuertes dudas entre la burguesía y los políticos de derecha, de que una alternativa tan reaccionaria como la representada por AP, sea capaz de derrotar electoralmente al PSOE. La propia CEOE, que tan explícitamente apoyó a Fraga en la pasada campaña electoral, le advirtió que su techo estaba entre los cinco y los seis millones de

votos. Políticos como Miquel Roca, consideran que unos dos millones de votos "centristas" han ido a parar al PSOE. Se constata que la voladura controlada de UCD para construir una opción de derecha reaccionaria, en la que se sintiera cómoda una mayoría de la burguesía centralista y sectores importante de fuerzas reaccionarias como las FAS, la Iglesia, etc, no sólo no ha permitido a la derecha ganar las pasadas elecciones, sino que existen serias dudas de que esta táctica permita ganar las siguientes. Es probable que, incluso con un gobierno socialista desgastado, si no existe una derrota profunda del movimiento obrero y los movimientos nacionales, el "voto útil contra Fraga" tenga la suficiente envergadura para impedir una victoria electoral de una coalición hegemonizada por éste. Esta constatación es la que alienta la lucha del PDP para adquirir mayor protagonismo en la coalición con AP y el surgimiento de proyectos de un "nuevo centrismo".

Después de la definición democristiana de UCD, parece abierta la posibilidad de una fusión con el PDP, que permitiría una coalición más equilibrada con AP y una imagen más productiva electoralmente. Sin embargo, existen importantes dificultades derivadas de la persistencia de otras corrientes dentro de UCD y de los deseos de AP de seguir manteniendo una hegemonía absoluta en la coalición, que se expresa en las condiciones draconianas que exige a UCD para una alianza municipal.

Otras opciones de derecha, creen que sólo es posible capitalizar electoralmente el probable desgaste de los socialistas, con una alternativa que se presente claramente diferenciada de Fraga. Construiría exige una combinación de acuerdos conflictivos y hostigamiento selectivo al gobierno del PSOE. Variantes de estas opciones son las que presentan grupúsculos como el CDS y los partidos nacionalistas burgueses

PNV y CiU. Estos últimos, hasta el momento, se han preocupado sólo de asegurar su hegemonía en la nacionalidad. Pero después de la desaparición del "centrismo estatal", Miquel Roca ha avanzado la idea de impulsar una federación de partidos de centro, cuyos puntales deberían ser el PNV y CiU, pero que deberían atraerse o crear otros partidos regionales.

En definitiva, el ascenso de AP no ha conducido a una reorganización política de la burguesía suficientemente satisfactoria. No resulta tarea fácil compaginar la construcción de una alternativa burguesa reaccionaria, que realice importantes concesiones a la jerarquía militar y otros poderes fácticos, con la necesidad de recuperar el gobierno por métodos parlamentarios, ganando unas elecciones, que es la opción que defiende la mayoría de la burguesía y sus organizaciones políticas (incluida AP).

Y las alternativas militares

Esta última constatación no debe considerarse inmutable. El fracaso de las alternativas parlamentarias en el futuro, podría lanzar fácilmente a la mayoría de AP y de su base social a preconizar una solución militar, a la que han sido tradicionalmente proclives los dirigentes de AP y para las que ideológicamente su base está bien preparada. Por otro lado, las alternativas extraparlamentarias no son el fruto mecánico de la voluntad burguesa mayoritaria o de los planes de los principales partidos de derecha. Es perfectamente posible, por ejemplo, que en un momento más avanzado del proceso, la jerarquía militar decidiera forzar un gobierno cívico-militar, pensando que no existirían excesivas dificultades para transformar la base social de AP en base propia. Esta posibilidad existe, porque las alternativas extraparlamentarias siguen operando dentro de las FAS y con una relativa autonomía.

Por el especial activismo de sus promotores, cuya última intención práctica se remonta sólo a Octubre de 1982, es necesario considerar el llamado "golpe de los coroneles", en absoluto desarticulado y cuyo proyecto es una dictadura militar fascista. Su fuerza deriva de la impunidad con que conspira en las FAS, pero cuenta con una exigua base social (de la cual es un índice el fracaso electoral de Solidaridad Española y Fuerza Nueva, constatado incluso en zonas de viviendas militares) y la dificultad de poder contar con la cobertura del Rey. Sin embargo, la importancia de los efectivos militares que ha demostrado movilizar, sería suicida descartar la posibilidad de éxito en sus propósitos, o bien que su acción fuera el pretexto para una reconducción hacia soluciones pseudoconstitucionales, por parte de la jerarquía militar.

Pese a su discreción después del triunfo del PSOE, ningún dato permite suponer que ésta última haya abandonado su arraigada desconfianza en las vías parlamentarias, ni su viejo proyecto de gobierno cívico-militar con formas pseudoconstitucionales. Sin embargo, el triunfo socialista crea, en lo inmediato, peores condiciones desde el punto de vista de la base social e incluso de la justificación "constitucional", dada la aplastante mayoría del PSOE. Por otra parte, la hegemonía de AP entre las fuerzas de derecha permite una mayor identificación con su proyecto político y presiona a dar un nuevo margen a la estrategia parlamentaria de la derecha.

Los proyectos de la derecha centralista agrupada en torno a AP y los de la jerarquía militar, si bien no

son coincidentes, tienen importantes elementos de convergencia e influencia mutua. Por un lado, no existen contradicciones flagrantes en los objetivos programáticos, aunque las distintas formas de acceso al poder (parlamentariamente o por un golpe "blando") conducirían a resultados finales bastante distintos; en efecto, existiría la tendencia de todo gobierno cívico-militar a transformarse en dictadura, para hacer frente a la resistencia que suscitaría y por el mayor protagonismo que podría tener el importante sector "duro" de las FAS. Por otro lado, la derecha centralista y la jerarquía militar están obligadas a hacerse concesiones mutuas. La primera, a fin de compensar su debilidad en las instituciones parlamentarias con sólidos apoyos en los aparatos de Estado y para asegurar un equilibrio del régimen si accediera al gobierno. La jerarquía militar, porque mantiene estrechos lazos con el gran capital y la derecha centralista, estando obligada a tomar en cuenta sus intereses políticos y a valorar si podría contar con una base social suficiente para una solución militar.

Un vacío a la izquierda

El repaso a las distintas alternativas de la derecha permite pensar que si ésta accediera al gobierno como resultado de la combinación de un desgaste del PSOE y una desmoralización del movimiento de masas, los ataques a que debería hacer frente este último, incluso en la variante más favorable, serían mucho más importantes que en la última época de UCD. Pero desgraciadamente el triunfo del PSOE no permite descartar el peligro de alternativas golpistas, cuyas consecuencias serían mucho más dramáticas para el movimiento de masas.

Estas malas perspectivas no son inevitables. La victoria electoral del PSOE ha creado mejores condiciones para el desarrollo del movimiento de masas. Ya que, si por un lado existe una indudable confianza en el gobierno e incluso, en una primera fase, una espera de las medidas que pueda tomar, también ha aparecido la voluntad de obtener una serie de conquistas parciales frente a la derecha y la patronal. Si el gobierno del PSOE no es capaz de dar satisfacción a estas reivindicaciones, como ocurrirá con toda probabilidad, la necesidad de la movilización contra la derecha y el capital se puede abrir camino progresivamente y, paralelamente, puede cobrar cuerpo la desconfianza hacia la política reformista del PSOE y la necesidad de una alternativa revolucionaria. Esta recomposición del movimiento de masas, el aumento de la movilización, la organización y la consciencia, puede ser el único dique efectivo contra los planes de la derecha y de la reacción.

Sin embargo, existe el peso del reflujo anterior. Las organizaciones populares están debilitadas y divididas. Los partidos y sindicatos mayoritarios no van a empujar en esa dirección. Remontar la situación va a exigir la construcción de una vía y de una dirección alternativas al reformismo, no sólo del PSOE, sino también del PCE. La necesidad de cubrir este vacío a la izquierda se va a abrir camino progresivamente entre los mejores luchadores. Este cambio en las consciencias no será el menor de las consecuencias del triunfo socialista. De su profundidad va a depender que no se frustren las esperanzas de cambio que permitieron derrotar a la derecha en las pasadas elecciones.

7 de enero de 1983

Notas sobre la construcción del partido revolucionario

Estas notas fueron escritas en junio de 1982. Desde entonces acá han pasado cosas suficientes como para hacer necesaria una reflexión más pegada al actual mapa político del estado español y su evolución, aunque su carácter cambiante hace difícil cualquier evaluación duradera y la nueva situación creada por la victoria socialista en las elecciones generales —y el descalabro del PCE y la izquierda revolucionaria— no resulta fácil de aprehender. Por ello, he decidido publicarlas tal cual, con plena consciencia de su insuficiencia.

M. Fernández Enguita

1. A la altura de 1982, debería ser ya posible mirar hacia atrás con la cabeza fría y evaluar críticamente los resultados de doce o más años de intentar construir un partido revolucionario. Desde 1968 hasta hoy no han faltado fenómenos prometedores en el área europea como, desde distintos puntos de vista y en diferente medida, el PDUP, AO y DP en Italia, el SWP (antes IS) en Gran Bretaña, LCR y LO en Francia, el PRP y el MES en Portugal o el PTE, la ORT, el MC y la LCR en España. Para la IVª Internacional lo han sido en particular la LCR francesa y la española. Sin embargo, a lo largo de toda una década ninguno de estos grupos ha conseguido salir realmente del ghetto de la marginalidad. Ni los que veníamos llamando "centristas", que básicamente ha desaparecido del mapa (MES, PSU, PDUP) tras unos principios esperanzadores; ni los "espontaneístas", cuya vida ha sido siempre efímera (G.P., AO, DP, MRPP); ni los maoístas, que han desaparecido del sur de Europa (GP y MRPP de nuevo, pero también PT y ORT) y sólo se conservan como sectas en Alemania y los países escandinavos; ni tampoco el trotskismo, del que hoy apenas quedan en Europa dos secciones de la IVª (la frances y la española) y dos fuera de ella (LO en Francia y el SWP en Gran Bretaña).

La crisis del estalinismo, lejos de traducirse en un crecimiento sustancial de la izquierda revolucionaria, lo ha hecho sobre todo (en Portugal, Francia y España, y en parte también en Italia) en un crecimiento arrollador de la socialdemocracia, que ha sido capaz de aumentar a la vez su influencia a derecha e izquierda. No cabe duda de que para ello ha contado sobre todo la crisis de los partidos burgueses y, en parte, cierto efecto mimético (el llamado "efecto Mitterrand", pero también antes). Pero sería un error contentarse con esa explicación cuando solamente un PC, el PC Griego del Exterior —prosoviético—, ha sido capaz de remontar, por el momento, el arrollador crecimiento de la socialdemocracia. Cuando los PCs conservaban su fuerza, podíamos argumentar en base a sus lazos históricos con las masas, la URSS y la revolución de Octubre el que actuaban como un obstáculo en la evolución de la conciencia de las masas desde el reformismo neto —la socialdemocracia— a la revolución —la izquierda revolucionaria. Ahora la evolución de la conciencia de las masas parece traducirse en un simple peloteo entre la socialdemocracia y el estalinismo en el que la izquier-

da revolucionaria se revela incapaz de participar.

Por lo demás, conviene recordar que esta incapacidad de la izquierda revolucionaria para convertirse en un verdadero polo alternativo —incapacidad no desmentida por notables logros que están en la mente de todos pero que igualmente, por lo general, han sido reabsorbidos— se ha mostrado constante, tanto en los periodos de ascenso como en los de retroceso del movimiento obrero y popular. La izquierda revolucionaria (IR en adelante) conoció un notable crecimiento —nadie lo duda— en la mayor parte de Europa tras 1968 y en Portugal y España hacia la mitad de la década de los 70. No obstante, sería una vana ilusión la de pensar que si situaciones revolucionarias o prerrevolucionarias como el Mayo francés, el "mayo rampante" italiano, la "revolución de los claveles" o la "transición" española se hubiesen prolongado, la IR habría conseguido sus objetivos, construir partidos de masas y dirigir la revolución. En primer lugar, tales situaciones no se prolongaron precisamente por que la IR no supo o no pudo crecer al ritmo necesario para convertirse en un factor determinante. En segundo lugar, tales situaciones no pueden prolongarse ni profundizarse indefinidamente sin conflictos decisivos, esperando a que aparezca el partido revolucionario; quizás el aborto prematuro de las revoluciones portuguesa y española es lo único que impidió que fueran sofocadas en un baño de sangre.

2. Llegados a este punto, conviene preguntarse qué razones han impedido a la IR convertirse en un PR, más allá de la casuística no demasiado significativa de los "errores izquierdistas", el "mal trabajo de masas", etc. Deben existir razones estructurales para que la IR no haya logrado dar el salto cualitativo en ninguna parte, y estas razones sólo pueden ser de dos tipos: o bien no es posible —o no lo es en este periodo— construir un PR desde grupos de extrema izquierda, o sea fuera de las organizaciones obreras tradicionales; o bien hay algo en toda la IR que, con independencia de que el objetivo fuera posible en general, lo ha vuelto inviable en este periodo.

Para mirar con la distancia necesaria el fenómeno de la IR en los años 70 puede ser útil comparar las condiciones en que se intentó construir el PR en esta época con las condiciones en que se hizo en épocas pasadas. Para ello podemos recurrir a la experiencia de las sucesivas Internacionales. La Primera Internacional podemos dejarla de lado. No pretendía ser una

organización revolucionaria, sino simplemente una Internacional obrera, capaz de agrupar a todas las fuerzas obreras. Para ello se dotó conscientemente de un programa, no revolucionario, sino relativamente ecléctico, con el fin de que en su seno pudieran convivir los marxistas con los proudhonianos, el reformismo tradeunionista con el bakunismo. Sin duda los marxistas alentaban entonces la ilusión de que la AIT evolucionaría por sí sola, basándose en la idea de que el capitalismo se dirigía por un camino rectilíneo hacia la catástrofe y que el proletariado era, en consecuencia, espontáneamente revolucionario (esto es una simplificación, pero en lo esencial es cierto). Los propósitos inmediatos de la Primera Internacional se limitaban, pues, a **organizar a la clase obrera como tal**. Fue una organización con vocación unitaria en la que los comunistas eran simplemente la fracción más avanzada.

La II Internacional surgió un cuarto de siglo más tarde del acuerdo de organizaciones que ya eran grandes partidos de masas. Aunque estos partidos ya acumulaban en algunos casos una buena dosis de prácticas e incluso de teorías reformistas, la nueva Internacional tenía ya como objetivo explícito la subversión del orden social y la conquista del poder. Pero lo que queremos enfatizar es que solamente quedó excluido de ella una parte del anarquismo, cuya base estaba ya reducida a Rusia, Italia y España; otra parte, fundamentalmente sindicalistas revolucionarios, se integró ya entonces en sus filas. Algunas de sus secciones eran ya aplastantemente mayoritarias en sus respectivos países. Se puede afirmar, por tanto, que la II Internacional fue también en gran medida una organización unitaria, aunque no en el mismo grado que la primera. La mejor prueba de ello está en que coexistieron en su seno Lenin y Struve, Vollmar y Rosa Luxemburg, Bordiga y Turaki, K. Liebknecht y Hervé.

La III Internacional no fue, desde luego, una empresa unitaria, sino una escisión. Pero una escisión —sin que entremos aquí a considerar las razones políticas que la hicieron imprescindible ni, por otra parte, la adecuación de las tácticas concretas mediante las cuales se llevó a efecto— que pretendía **dividir en dos partes** a una organización internacional cuyas secciones agrupaban ya, salvo contadas excepciones como España, a la práctica totalidad del movimiento obrero. En muchos puntos fue una escisión mayoritaria definitiva o transitoriamente desde el principio —Francia, Italia, Hungría, etc.—; en otros estuvo a punto de serlo y el por qué no lo fue merecería un análisis más individualizado —España, Polonia, etc.—; en otros, en fin, fue siempre minoritaria, pero una fuerza en todo caso impresionante —Alemania—. Pero hubo ya países donde la IC nunca llegó a conquistar un lugar bajo el sol digno de consideración, como los escandinavos —salvo Finlandia—, los del Benelux, Austria o Gran Bretaña.

La IV Internacional, por último, no logró sus objetivos en ninguna parte del mundo, pero, en todo caso, la idea que dió lugar a su creación era similar a la que había estado en el origen de la IC. Interpretáramos las cosas falsamente desde nuestro muy particular punto de vista si pensáramos que la idea de la corriente trotskista entonces era la de que podía construirse lenta o rápidamente un PR a partir de un pequeño grupo, como se ha planteado después del 68. Lo que la IVª pretendía, básicamente, era dividir a la IIIª, incluso a la IIª, en un período de fuertes convulsiones revolucionarias. La IC pasaba entonces por

ser la fuerza revolucionaria ante los trabajadores, o la organización obrera que agrupaba a la inmensa mayoría de los revolucionarios. La IS conocía una recuperación en numerosos países, pero también veía surgir en su seno fuertes corrientes de vocación revolucionaria. La IVª, repetimos, no consiguió ningún logro espectacular en ninguna parte de Europa —salvo episódicamente en Holanda. La mayor parte de las corrientes revolucionarias cristalizaron al margen de la nueva Internacional (el POUM, el SAP en Alemania, el PSOP en Francia, el ILP en Gran Bretaña) o pasaron efímeramente por ella (el RSAP holandés), aunque no puede negarse que la IVª ejerció durante un tiempo una fuerza de atracción relativamente importante.

En todo caso, las cuatro Internacionales han tenido algo en común: o han sido intentos unitarios (I y II) o han tratado de escindir a organizaciones aplastantemente mayoritarias o con millones de seguidores (III y IV).

3. Debemos detenernos ahora en otro aspecto de la fundación de la III y la IV Internacionales. Una y otra elaboraron programas y documentos políticos muy sofisticados, pero esto no quiere decir que la adhesión a ellas se hiciera sobre el acuerdo con todos y cada uno de sus puntos programáticos. En la IC coexistieron Serrati y Gramsci, Brandler y Korsch, Lorient y Monatte, mal o bien, y faltó muy poco para que lo hicieran Fernando de los Ríos y Andrade, parejas todas ellas que representaban orientaciones políticas e ideológicas muy distintas. Para la inmensa mayoría de los militantes que dieron el paso desde las filas de la socialdemocracia a las del comunismo, la diferencia podía reducirse a tres cosas: defensa de la URSS, dictadura del proletariado frente a la democracia burguesa y lucha de masas vía insurreccional frente al parlamentarismo. Si observamos las **21 condiciones** de adhesión a la IC aprobadas por su II Congreso, cinco con propiamente políticas, de manera directa o indirecta: denunciar al socialpacificismo y al socialpatriotismo (6) y la política colonial (8), revisar sus programas y someterlos a la IC (15), combatir a la Internacional Sindical de Amsterdam (10) y apoyar a las repúblicas soviéticas (14); otras exigen demostraciones prácticas de que se ha roto con la II Internacional en el terreno organizativo: desplazar a reformistas y centristas de los puestos de responsabilidad en el movimiento obrero (2), reconocer la necesidad de la ruptura completa y definitiva con el reformismo (7), cambiar el viejo nombre por el de P.C. (17) y que 2/3 del Comité Central sean ocupados por viejos terceristas; dos de refieren al proceso de ingreso: que se haga un congreso extraordinario para discutir las condiciones (19) y que se expulse a quienes no los acepten (21); todos los demás son un desarrollo del centralismo democrático: sometimiento de propaganda, agitación y prensa al partido (1), supeditación de la fracción parlamentaria (11), disciplina (12), depuraciones (13), obligatoriedad de las decisiones de los congresos internacionales y del CEIC (16) y publicación de los documentos oficiales de la IC (18), o un desarrollo de la táctica conspirativa: mantenimiento de una organización ilegal paralela (3), agitación y propaganda en el ejército (4) y entre los asalariados agrícolas y los campesinos pobres (5), núcleos comunistas y propaganda en los sindicatos y cooperativas, etc. (9).

No necesitamos detenernos en cada una de estas condiciones para ver que todas o la inmensa mayoría

de ellas, en la medida en que están vigentes (no lo está, por ejemplo, la 10, que auspiciaba la creación de la Internacional Sindical Roja), son compartidas por la práctica totalidad de los grupos de la izquierda revolucionaria, al menos en el estado español. A la misma conclusión llegaríamos si analizáramos los manifiestos de los dos primeros congresos o sus resoluciones políticas fundamentales sobre la democracia burguesa y la dictadura proletaria, la cuestión nacional o colonial, el problema agrario, etc. La cosa estaría más difícil —aunque no demasiado— con las tesis sobre el frente único del III Congreso, pero aquí hay que hacer una distinción importante: las **21 condiciones** lo eran para la adhesión, eran condiciones previas, mientras que todo lo demás se debía discutir en el marco de la Internacional y sus secciones (aunque es conocida la preponderancia de la sección rusa). Y esas 21 condiciones eran especialmente duras, aparte de la acuidad de la situación política en aquel entonces, porque, como decía su preámbulo, "todos" querían adherirse a la nueva Internacional.

Hay todavía algunos factores más que debemos destacar en el proceso de formación de la III Internacional. Primero, en numerosos lugares existía ya un núcleo de izquierda revolucionaria con una larga tradición dentro de la socialdemocracia (el mismo partido bolchevique había sido mayoritario en el momento de la escisión y, por supuesto, en el de la toma del poder). Segundo, el movimiento obrero europeo estaba largamente educado en la existencia de la II Internacional, por lo que la forma elemental de romper con ella parecía la de construir una nueva organización supranacional. Tercero, el papel reaccionario de la socialdemocracia era evidente, no ya en términos teóricos ni como resultado del análisis pormenorizado de la experiencia, sino en cuanto que protagonizaba una reacción armada y sangrienta en la URSS y en Alemania y se había alineado plenamente del lado del imperialismo en la Primera Guerra Mundial. A esto hay que añadir el derrumbe del

orden social provocado por la guerra y la existencia de una crisis revolucionaria **generalizada y prolongada**.

No necesitamos entrar en detalles para afirmar que estos factores volvían a repetirse, en todo o en parte, bajo el impacto del fascismo y la inminencia de una nueva guerra, cuando la IVª Internacional surgió frente a la IIIª y la IIª.

4. Vale la pena recapitular también la experiencia bolchevique. Se trata de una experiencia única, pues, por un lado, se sitúa a caballo en el tiempo entre la II y la III Internacionales y se desarrolla aislada en un sólo país, y, por otro, es el caso paradigmático no sólo de construcción de un partido revolucionario, sino también de conquista de la mayoría de los trabajadores y de la población y de dirección de una revolución triunfante, cualquiera que fuera su evolución posterior. Pero, a nuestro juicio, se trata también de una experiencia generalmente mal comprendida, lo que ha supuesto un pesado fardo sobre los intentos posteriores de construir un PR.

En primer lugar, el partido bolchevique se gestó en el seno de una organización mucho más amplia, unitaria si consideramos únicamente el campo marxista. El proceso de escisión duró hasta 1917, lo que quiere decir que los lazos no se rompieron hasta entonces. Es sabido que todavía en 1910-12 hubo un intento fallido de unificación de la socialdemocracia y que fracciones como la de Trotsky se mantuvieron al margen de bolcheviques y mencheviques, considerándose parte de un solo partido que incluía a todos, hasta las vísperas de la revolución de Octubre. No lo es tanto, en cambio, que todavía en vísperas de febrero, en muchos lugares, funcionaban todavía en una organización conjunta mencheviques y bolcheviques. Por lo demás, los bolcheviques (como su propio nombre indica: mayoritarios) eran la mayoría no sólo en el congreso anterior a la escisión de 1903, sino a lo largo y ancho de toda la organización socialdemócrata rusa: en el partido, en los sindica-



tos, en las cooperativas, en las organizaciones culturales, etc., como hubo de reconocerlo el informe de Vandervelde, un socialdemócrata belga nada inclinado hacia ellos. Posiblemente sólo perdieron la mayoría, temporalmente, en el comienzo de la revolución. ¿Qué tiene que ver esto con nuestros intentos de construir partidos a partir de organizaciones de unas decenas o unos cientos de militantes? El período que va de febrero a octubre de 1917 no es el de la construcción del partido, sino el de la conquista de la mayoría de las masas por un partido ya construido, consolidado y con una fuerte implantación cuantitativa y cualitativa.

La socialdemocracia se había construido en Rusia defendiendo una interpretación ortodoxa del marxismo frente a las corrientes populistas, afirmando el papel del proletariado como clase y defendiendo una estrategia centrada en las luchas políticas frente al mero sindicalismo. El bolchevismo se construyó contra el menchevismo sobre la idea de un partido centralizado y de vanguardia frente a una asociación difusa de militantes y simpatizantes socialdemócratas. Todos sabemos, al menos desde Lukács, que no era ésta una idea organizativa sin mayores consecuencias, sino la forma de organización correspondiente al período de actualidad de la revolución proletaria, es decir, de la necesidad de la toma del poder por los trabajadores. Lo sabemos nosotros y lo supo después Lukács, pero no lo sabía Lenin. Lenin y la vieja guardia construyeron durante más de un decenio un partido revolucionario con una política que hoy tacharíamos de reformista: la revolución debía ser burguesa en sus objetivos, aunque el proletariado debía ser su motor. Esta posición sólo fue rectificada en 1917.

Naturalmente, el desarrollo del bolchevismo estuvo jalonado por otras muchas polémicas y diatribas, pero éstas tuvieron ya lugar dentro del partido. Así ocurrió con las polémicas sobre la cuestión agraria, sobre la combinación de la lucha parlamentaria y la ilegal, sobre los "buscadores de Dios", etc. La idea de la huelga insurreccional fue una adquisición del partido bolchevique solamente a partir del balance de la revolución de 1905. Los soviets se crearon en 1905 con su oposición, y todavía en la aurora de Octubre dudaba Lenin entre soviets y comités de fábrica.

Las adquisiciones imperecederas del marxismo en aquel período, logradas por intermedio de la práctica y la teoría bolcheviques, son hoy y han sido en los últimos años, sin embargo, un lugar común en la mayor parte de la izquierda revolucionaria e incluso "centrista", o, en el peor de los casos, una alternativa en discusión, no rechazada.

La intransigencia política de Lenin no debe ser confundida en modo alguno con una intransigencia organizativa. La única corriente con la que fue intransigente en el terreno organizativo fueron los mencheviques, que desde 1905 eran ya una corriente netamente reformista. Por otra parte, el partido bolchevique fue bastante menos intransigente de lo que su máximo dirigente hubiera querido. Se puede incluso dudar si los bolcheviques habrían conseguido tan rápidamente la mayoría, de febrero a octubre de 1917, si no hubieran mantenido hasta poco antes sus lazos con los mencheviques.

5. Generación tras generación, sin embargo, los revolucionarios han —hemos— sido educados en una falsa idea de la intransigencia leninista, que no dudábamos necesaria para la construcción del

PR. Estábamos convencidos de que, como Lenin, no debíamos "dejar pasar una", sin comprender que Lenin había practicado esta intransigencia dentro del partido socialdemócrata ruso unitario y, después, dentro de la mayoría de ese partido, los bolcheviques. Nosotros, en cambio, la practicábamos desde grupos de unas decenas o centenas de militantes, generalmente muy jóvenes y con pocos lazos con las masas. Confundíamos la intransigencia política con la intransigencia organizativa. Estábamos convencidos de que nuestras críticas teóricas y algunas demostraciones prácticas —de la bondad de nuestra línea y de la maldad de la de los reformistas— bastarían a largo plazo para construir un PR, aunque fuera un PR todavía minoritario, pero ya en condiciones de competir como un igual frente al reformismo.

Nunca nos tomamos el trabajo de definir cuáles eran las bases que debían servir de delimitación para la primera organización de los revolucionarios. Todo se redujo a dar por buenas las delimitaciones ya existentes, heredadas de un largo período de degeneración y descomposición del movimiento obrero. Unos éramos trotskistas (divididos entre la IVª y sus rastros o sobre una base nacional), otros maoístas (divididos entre los de la guerra popular y los de la dictadura del proletariado, después pro-Pekín y pro-Tirana, etc.), otros "titistas" ("autogestionarios") y así sucesivamente. No solamente se daban por buenas las viejas divisiones, sino que se profundizaban aplicando la consabida intransigencia "leninista". Como resultado, partimos de una base fragmentada y desembocamos en una fragmentación aún mayor.

La incapacidad de la IR para construir un PR puede interpretarse así como imposibilidad, en general, de construir un PR desde una base fragmentaria. Sería un error atribuir la crisis de la IR a un "retroceso generalizado" que, "naturalmente", deberían pagar en primer lugar las organizaciones revolucionarias. Esta incapacidad se ha mostrado en períodos de ascenso y de retroceso. Es difícil imaginar que puedan darse períodos de inestabilidad y movilidad políticas más prolongados que los que hemos conocido en Italia, Portugal y España, y, si bien es cierto que la extrema izquierda creció notablemente durante ellos, no lo es menos que, permaneciendo el resto de las cosas igual, habría necesitado otro lustro entero para ponerse a la altura de las circunstancias, es decir, para poder empezar realmente a competir con los reformistas por la conquista de las masas. Durante mucho tiempo mantuvimos que lo que faltaba era un cierto período con los reformistas en el gobierno, para que las masas "hicieran la experiencia": pues bien, ya hace tiempo que hay gobiernos socialistas en Francia y Grecia —el primero incluso con participación comunista— y los ha habido en Portugal y, claro está, en Inglaterra y en Europa central y septentrional, pero parece que las masas todavía no "han hecho la experiencia". Cualquiera es libre de pensar que debemos dejar que pase el tiempo en Francia y Grecia, que Portugal fue un caso especial o que ya veremos en España. Pero más útil que esto sería cuestionarnos si vamos a llegar en las mejores condiciones, siquiera en las condiciones mínimas, cuando esto ocurra. Yo me inclino a pensar que ni lo uno ni lo otro.

A esto podríamos añadir un balance específico de la IVª dentro de la izquierda revolucionaria. No se trata de hacer un análisis, sino un simple retrato de la

realidad — retrato que, por cierto, no es mejor ahora que hace diez años, vale decir que no tiene nada que enviar a una película. En el norte y centro de Europa la IVª apenas existe. En Italia y en Portugal cualquiera de las organizaciones "centristas" que han existido o existen han estado y están a años luz de nuestras secciones. En España nos han aventajado durante mucho tiempo dos grupos "centristas", y si hoy no lo hacen es porque desaparecieron gracias a su propio esfuerzo; por lo demás, sólo con matices puede decirse que hayamos logrado separarnos verdaderamente de la "fauna". En Gran Bretaña, el SWP tiene tantos miles de militantes como cientos la sección, el IMG. En Francia, incluso, LO tiene más peso en las fábricas y recoge más votos que la LCR.

6. ¿Quiere esto decir que nos hemos equivocado durante un decenio? ¿Que no ha servido de nada tanto esfuerzo? Ni lo uno ni lo otro.

Afirmamos que no era posible construir un PR desde la fragmentación de la extrema izquierda, o que sólo lo habría sido en condiciones muy excepcionales que ni se han dado ni sabemos cuáles puedan ser, pero no que fuera posible hacerlo desde alguna otra base. Sabemos que hemos cometido muchos errores a lo largo de nuestra historia (ante el sindicato vertical, ante CCOO, sobre las formas de organización estudiantil, sobre el papel de las consignas democráticas en general y sobre el de unas cuantas en particular, en la cuestión nacional, etc.); tal vez si no los hubiéramos cometido, o si los hubiésemos corregido antes, habríamos ganado más fuerza o habríamos perdido menos después. Tal vez en el ranking de la IR habríamos ocupado el segundo lugar o incluso el primero. Tal vez: todo esto puede discutirse, pero es muy dudoso que hubiéramos llegado más allá de lo dicho; si hace falta un modelo de trabajo de masas, adaptación a condiciones nuevas y buen funcionamiento centralizado ése puede ser el PTE, que sin embargo se desinfló como un globo junto con la ORT.

De lo que sí podemos estar seguros es de que cualquier propuesta distinta de la de partir de la fragmentación existente — por ejemplo, la actual propuesta del P. de los R. formulada hace diez años —, habría sido considerada como visionaria o simplemente como oportunista. Con una propuesta distinta de todas las que espontáneamente tenían que surgir y surgieron de aquella fragmentación, no habríamos construido nada, ni siquiera la LCR. Aceptar esa fragmentación y partir de ella no era un error sin más, sino un error inevitable, un error necesario. Si se nos apura, y si la teoría no se mide meramente en sí misma, sino en su capacidad de orientar una práctica, diremos que ni siquiera fue un error. Desde el trotskismo y desde la IVª, al menos, construimos una organización que llegó a tener cierto peso, educamos a cientos, tal vez miles de cuadros de la futura revolución y tal vez incidimos más y mejor en la crisis del reformismo de lo que lo habríamos hecho estando en sus filas, porque entonces la mayor parte de quienes son o han sido nuestros, sin la militancia sistemática en la LCR, no habrían pasado de ser militantes reformistas con mala conciencia. Elaboramos las bases generales de una estrategia revolucionaria para este país, difundimos prácticamente en solitario la crítica ponderada de el estalinismo en todas sus formas y hasta fuimos pioneros en una idea que hoy se va abriendo paso rápidamente: la de un partido comunista democrático.



7. Pero toda época histórica tiene su fin, y con ella deben tenerlo algunas de las ideas que la acompañaron. Una de ellas es la de que, en nuestros días, sea posible construir un partido desde un grupúsculo. En los años 70 numerosos grupos pasaron de contar con unas decenas de militantes a contar con cientos, o de ahí a agrupar a varios millares. Esto produjo un verdadero empacho: bastaba con dar otro paso en esa progresión geométrica para llegar a ser unas decenas de miles, y entonces ya se estaría en condiciones de dar la batalla política al reformismo. En ese tiempo resultaba imposible convencer a alguien de lo contrario. Ahora, en cambio, la experiencia que todos tienen en mente es la contraria: la de la impotencia de la IR fragmentada. Nuestra tarea es lograr que no se transforme en la convicción de la inviabilidad de cualquier alternativa al reformismo.

El maoísmo, el castrismo o la novedad "autogestionaria" han desaparecido prácticamente de Europa meridional. Están bien muertos y nadie piensa en resucitarlos. El trotskismo ha resistido por sus lazos internacionales y por su mayor consistencia ideológica y política, sobre todo por su capacidad de explicar los procesos, más que de orientarlos. Pero no debemos suponer que la desaparición de los demás es nuestra señal de despegue — la experiencia ya ha demostrado que no es así: ¿dónde están todos aquellos militantes del PTE y la ORT? en casa o agazapados en las organizaciones de masas, la inmensa mayoría, cuando no en las filas del reformismo. La experiencia española presenta además la peculiaridad de haber conocido tal vez la corriente de extrema izquierda más fuerte de Europa, de haberla tenido siempre dividida en cuatro y más y de haberla visto desaparecer en el espacio de un par de años. En esas condiciones, cualquier propuesta que se limite a ofrecer una "correcta línea política" sin ir acompañada de un instrumento que le otorgue viabilidad está condenada al fracaso.

Y, sin embargo, hay dos factores que hacen necesario el surgimiento de tal propuesta. El primero es todo lo ocurrido desde el 23-F, que, si para muchos se ha traducido en simple desmoralización o en movimientos desde el centro ucedista hacia la "derecha segura" o hacia el centro socialista, para un sector considerable ha sido la indicación de que no se puede ni se debe dejar pasar simplemente el tiempo, porque no es así como llegaremos a ver pasar por delante nuestro el cadáver de nuestro enemigo. El segundo es la crisis del PCE, fundamentalmente una crisis por la izquierda, de la que han surgido corrientes que, abandonadas a su suerte, recorrerían casi

sin duda el mismo camino que la vieja IR. Desde este punto de vista carece de sentido preguntarse si es posible construir un P. de los R. en una situación no revolucionaria, de retroceso. Sabiendo que los ascensos no duran siglos, la pregunta debiera en realidad ser otra muy distinta: ¿cómo partir de las mejores condiciones posibles en el próximo ascenso? La respuesta es obvia: construyendo antes el partido más fuerte posible, es decir, construyéndolo en estas condiciones.

8. Pero ¿es posible, en estas condiciones, construir algo? De alguna manera acabamos de contestarlo implícitamente, pero intentaremos hacerlo un poco más en detalle. Para hacerlo se precisan la necesidad, la posibilidad y la voluntad. La necesidad viene dada por la crisis de la IR y por la grave situación política, y reflejo de ella son la contestación dentro del PCE o el acercamiento entre MC y LCR. La posibilidad surge de la crisis de los esquemas anteriores, sobre todo del sectarismo pasado y de la idea de que se podía construir un partido maoísta, trotskista o albaño puro y duro. La voluntad debemos ponerla nosotros, fortalecerla mediante la discusión sistemática y con una actitud abierta entre grupos que ya la tienen y hacerla surgir por todas partes en base a unos primeros éxitos.

Nos atreveríamos, incluso, a afirmar algo más. La única propuesta viable hoy desde la izquierda revolucionaria es la de una izquierda revolucionaria unificada. Y es así porque es la única que puede ofrecer credibilidad o, al menos, un objetivo por el que valga la pena esforzarse. La suma de las partes tiene aquí un valor muy inferior al todo. Después de la experiencia de la última década y media, ninguna propuesta que acepte la fragmentación de la IR podrá ganar hoy por hoy credibilidad. En este sentido, la falta de una alternativa unitaria pesa como una losa también sobre cada organización de la IR por separado. Así, si "reforzar la LCR" quiere decir algo más que reforzarla internamente y ganar unos cuantos militantes aislados, si significa ganar un espacio político que ahora no se tiene, debemos decir que este espacio no podrá ganarse si no es en base a una propuesta de unificación de la IR, y que, inversamente, convertir a la LCR en la más firme defensora de esta propuesta unificadora es la mejor vía para reforzarla.

Porque no se trata solamente de decir que queremos la unidad, como la "hemos querido siempre", sino de analizar y explicar correctamente por qué no fue posible antes y por qué la creemos posible y necesaria ahora, de fijarnos objetivos finales y parciales en ese camino y de dar pasos prácticos en él. Hay que desterrar del léxico político de la IR el viejo giro de que "ya nos encontraremos" en el mismo lado de las barricadas o en el camino. Se trata precisamente de argumentar y mostrar —y la experiencia de esta década nos apoya— que el encuentro no debe tener lugar al final, sino al comienzo del camino, porque si no no habrá recorrido alguno.

9. Por último, al asumir que tratamos de construir un partido revolucionario en una situación no revolucionaria, debemos asumir también las consecuencias que de ello se derivan. La primera consiste en relativizar el papel de una práctica conjunta, no hacerlo depender todo de ella. En una situación que se caracteriza por su dispersión y confusión, por la ausencia de unos objetivos centrales ampliamente compartidos, resulta necesariamente más difícil que en otras el lograr sistemáticamente acuerdos en la

acción. Por otra parte, en la medida en que se logran suelen ser acuerdos sobre tareas mínimas —digamos, para entendernos, "reformistas"—, por desgracia muy alejadas de los objetivos finales que deben definir a un partido. Pero ningún acuerdo de mínimos es suficiente para construir un partido o unificar unas fuerzas ya existentes. Es necesario un acuerdo sobre objetivos a medio y largo plazo, incluso sobre los objetivos finales. Ahora bien, el grado de definición de este acuerdo programático y estratégico debe ser considerado en función no sólo de su carácter "fundamental", "final", etc., sino también de su lejanía. Dicho de otro modo, no es lo mismo tener discrepancias sobre la forma política que debe sustituir al Estado burgués —por poner un ejemplo— hoy que tenerlas en vísperas de su derrocamiento. Hoy no necesitamos alcanzar un nivel de definición muy preciso: basta con alcanzarlo para entonces, conformándonos hoy con una delimitación general.

El problema no reside en saber a dónde debe llegar el P. de los R. en su definición política, sino de dónde debe partir. La problemática sobre los "acuerdos mínimos" para cualquier unificación es una problemática falsa que solamente puede desembocar en el sectarismo o en el oportunismo. No es posible ni deseable definir ahora sobre qué acuerdos pueda darse una unificación. Planteando el problema en esos términos se corre el riesgo de hacer descender indefinidamente tales "mínimos" para que algún acuerdo sea posible —oportunismo— o de mantenerlos a un nivel tal que cualquier acuerdo sea imposible —sectarismo—. Por lo demás, es un enfoque que puede conducir al partido a una discusión innecesariamente crispada, porque nada tiene que ver con lo que presumiblemente será la realidad. De momento, nosotros debemos hacer una oferta, pero no presentar unas condiciones. Estas condiciones deberán ser valoradas cuando existan y globalmente (no como una suma de definiciones previas: sobre el Estado llegamos hasta aquí, sobre los sindicatos hasta allá, sobre el régimen de partido no nos apeamos de... etc.). Así como los mayores acuerdos políticos y programáticos del mundo no nos deben llevar a repetir aventuras con sectas como el PST, la existencia de una voluntad manifiesta y leal de confluir con nosotros por parte de otra organización nos puede llevar a menores exigencias programáticas siempre que se establezca un marco que permita el debate y asegure una eficacia operativa en la intervención. Porque, insistamos en ello, hay que distinguir lo que queremos que asuma el P. de los R. en general de lo que queremos que asuma previamente cualquier socio en esta empresa en particular. Algunos acuerdos se lograrán previamente, otros tal vez en un congreso de unificación, otros, en fin, en la organización ya unificada. Debe quedar a salvo de malas interpretaciones que aquí no defendemos borrar de un plumazo el problema de las bases políticas necesarias para la unidad, sino que estas bases, en lugar de definirse previamente como una receta a prueba de viento y marea, se discutan en su momento y tomando en consideración la combinación concreta de los factores en presencia. Hasta entonces, podemos y debemos decir cuáles creemos —y expresarlo así— que podríamos ser esas bases (porque no se puede tener conversaciones sobre nada) y poner en discusión el conjunto de nuestro programa y, naturalmente, el de los demás. □

La mano rebelde del trabajo

«Cuando el capital enrola la ciencia a su servicio, la mano rebelde del trabajo aprende siempre a ser dócil». (A. Ure, citado por Karl Marx) (1)

«Ya Lasalle dijo una vez: sólo cuando ciencia y obreros, estos polos contradictorios de la sociedad, se unan, sofocarán entre sus brazos inflexibles cualquier dificultad. Todo el poder del moderno movimiento de los trabajadores se basa en el conocimiento teórico». (Rosa Luxemburg, *Reforma o revolución*).

Adolfo Gilly

1. Premisa.

Como recuerda Elmar Altvater, «la crisis no es sino la agudización dramática de la normalidad burguesa»². Ella comporta una exacerbación de todas las contradicciones de ésta: socialización del trabajo-apropiación privada; producción de valores de uso/realización de valores de cambio; proceso de trabajo/proceso de valorización; acumulación/valorización, etcétera.

Pero viviendo el capitalismo, como la realidad misma, en la contradicción, cada crisis es también la ocasión y la forma de resolución de esas contradicciones: abriendo paso a una nueva fase del proceso de valorización, si resulta por las tendencias espontáneas de la economía capitalista y por sus expresiones políticas; cediendo el lugar a nuevas relaciones sociales, si resulta por las fuerzas conscientes de la política obrera.

La primera salida es la normal y, si se quiere, la propia del automatismo del sistema. La segunda es la excepcional, porque requiere la ruptura de ese automatismo por fuerzas generadas dentro del sistema capitalista (la clase obrera), ruptura imposible si previamente no ha sido realizada en la conciencia de esas fuerzas, si no existe en ella como proyecto o como programa. Y si esto no es así, la clase obrera no se encuentra, con respecto a la sociedad, en la condición del albañil que prevé la construcción que se propone hacer, sino en la de la abeja cuyo "trabajo" está regulado por la "lógica" de la reproducción indefinida de la colmena.

Pero no es de la crisis ni de sus efectos en donde surge dicha conciencia, sino del conocimiento obrero socializado y organizado en su partido y articulado en éste con el programa marxista y el proyecto socialista.

2. La agresión masiva del capital.

Si la crisis es la agudización de la normalidad burguesa, ella comporta, en consecuencia, una agudización del sustrato de esa normalidad, la lucha de clases, la contradicción capital/trabajo, y de la forma de esa normalidad, la competencia entre diversos capitales. Dicho en otras palabras, la crisis comporta una renovada agresividad del capital contra la fuerza de trabajo y de cada capital contra los otros capitales para, a través de los procesos concomitantes de desvalorización de la fuerza de trabajo y de desvalorización del capital, recuperar la tasa de ganancia y relanzar la acumulación capitalista.

Esto significa, como también recuerda Altvater, que «la crisis implica una mutación de las premisas del proceso de valorización del capital», mediante la «introducción de nuevas tecnologías, la reestructuración del proceso de trabajo y de producción, ya se a a nivel de las diversas unidades de capital, ya a nivel del conjunto del capital social, el reajuste de la división internacional del trabajo, la tendencia hacia la concentración y centralización del capital, las nuevas condiciones y formas de la intervención estatal en la economía».

Todas y cada una de estas transformaciones se operan, como es connatural al sistema, a través de la lucha y de la violencia contra la clase obrera y entre los diversos capitales. Cada una encierra en sí esa doble violencia y sólo puede abrirse camino a través de ella, rompiendo y reestructurando las anteriores relaciones verticales de dominación/subordinación (capital/trabajo) y horizontales de competencia (capital/capital) previas a la crisis.

Otros trabajos de este seminario* se ocupan específicamente de este segundo aspecto decisivo de la reestructuración capitalista a través de la crisis. Queremos ocuparnos en lo que sigue particularmente del primer aspecto, de la «agresión masiva del capital contra el trabajo asalariado» que constituye siempre una crisis de sobreproducción⁴, de las políticas en las cuales se implementa dicha agresión al nivel de la producción; en otras palabras, de lo que ha sido denominado el uso capitalista de la crisis.

Ese uso busca cambiar en beneficio de la reafirmación y recomposición del poder de la burguesía, utilizando las condiciones creadas por la crisis, las relaciones de fuerza capital/trabajo impuestas por las luchas obreras en la anterior fase de expansión y ocupación, relaciones materializadas en conquistas específicas de la clase trabajadora en la sociedad y en la producción: salarios, seguridad social, condiciones y horarios de trabajo, formas de control sobre el proceso productivo, sindicalización, organización política autónoma, derechos democráticos, etc.

Para ello necesita la subordinación del proletariado —por convicción ideológica o por destrucción de sus organizaciones— a esos proyectos de reestructuración, que son presentados como producto ineludible de la "racionalidad económica" y como medidas indispensables de "salvación nacional" fundadas en la "objetividad" de las leyes económicas.

Bajo esa cobertura ideológica se presentan las diferentes políticas de austeridad, comunes hoy a todos los Estados capitalistas, en las cuales se materializa la agresión generalizada contra los asalariados.

Pero justamente la condición del éxito de esas políticas es la ruptura de la resistencia obrera —por sumisión de sus organizaciones o por destrucción de éstas, en caso contrario— a dicha ofensiva, en defensa de las conquistas anteriores.

Veamos las condiciones que el capital trata de reunir para obtener dicha ruptura.

3. Ejército industrial de reserva y organización obrera.

Históricamente, la situación más favorable al capital en su enfrentamiento con los asalariados lo constituye la desorganización de éstos o, lo que es lo mismo, el aumento de la competencia en el interior de la clase obrera por la venta de su mercancía, la fuerza de trabajo. Cuanto más fuertemente la relación de competencia entre fuerza de trabajo y fuerza de trabajo —por individuos, por ramas o por países— se sobreponga y domine a la relación de solidaridad que se basa, en último análisis, en la relación de cooperación implícita en el proceso de trabajo capitalista y en la realidad material del trabajador colectivo, tanto más fácilmente podrá el capital imponer su propia racionalidad en estado puro, que es la del mercado, contra la clase obrera y en la conciencia de ésta.

La crisis, por sí misma, crea una serie de condiciones objetivas que facilitan esa tarea bajo sus dos formas complementarias e interpenetradas: por convicción y por represión. En esta agudización general de las contradicciones que buscan alcanzar un nuevo equilibrio, en cada contradicción se abre paso el interés del sector que se encuentra mejor preparado para tomar la iniciativa e imponer su salida a la crisis.

Sobre la burguesía la crisis determina: a) un nuevo impulso al proceso de concentración y centralización del capital, liquidando, absorbiendo o desplazando a las fracciones marginales del capital, b) una reestructuración consiguiente de la división internacional del trabajo y c) una reorganización y actualización de las formas de intervención estatal en la economía, con los subsiguientes —o precedentes— reacomodos y desplazamientos en los representantes políticos del capital y en la composición del bloque de poder. Para la clase obrera esos mismos cambios implican, en primer lugar, la desocupación y la amenaza de desocupación, el crecimiento o la reaparición (bajo formas abiertas o encubiertas) del ejército industrial de reserva y, en consecuencia, el aumento automático de la competencia en el interior de la fuerza de trabajo.

Desde este punto de vista, la crisis en principio coloca naturalmente, por sí misma, a la defensiva a la clase obrera y a la ofensiva al capital, que es quien toma enérgicamente la iniciativa para dar su propia salida. (Y decimos "en principio" porque una fuerte organización obrera, consolidada en la fase de expansión previa a la crisis a favor de la mayor cohesión de la clase debida, entre otras cosas, a la absorción total o parcial del ejército industrial de reserva, puede permitir al proletariado no sólo resistir el asalto del capital contra sus conquistas, sino incluso tomar iniciativas contra el capital, a condición de que éstas no queden en los marcos del sistema, dentro

de los cuales sólo las soluciones burguesas, favorables a una u otra fracción del capital, son racionales y razonables).

Los cierres de empresas, la reducción de personal, el bloqueo de nuevas contrataciones (más, en ciertos países, la presión siempre presente del ejército industrial de reserva campesino), presentados todos como "sacrificios" que también pesan sobre el capital y ubicados dentro de una crisis mundial en la cual es visible que en otros países se recurre a las mismas medidas de "saneamiento", colocan a la clase obrera en la situación de tener que defender, ante todo, el puesto de trabajo, aceptando sacrificar otras conquistas a esta defensa.

La lucha entre las diversas fracciones del capital —lucha real—, el sacrificio, la eliminación o el desplazamiento de las perdedoras —también real—, es lo que da su núcleo racional a la ideología de los "sacrificios compartidos" y sirve para encubrir el hecho de que a través de la crisis se abre paso e impone sus intereses, contra la clase obrera y los otros capitales, la fracción más agresiva, moderna y concentrada del capital para abrir una nueva fase de acumulación. Al ser la portadora de esa necesidad del sistema — toda crisis, como es sabido, es la preparación de una nueva fase de acumulación — esa fracción del capital lleva consigo la representación de todo el sistema (incluso de las fracciones desplazadas) y de su supervivencia, y la salida que propone constituye, por ello, la salida lógica.

Esa salida incluye como cuestión central, invariablemente, una extensión del ejército industrial de reserva bajo una u otra forma (que veremos más adelante) y un debilitamiento consiguiente de la posición negociadora de la clase obrera⁵.

Desdichada la clase obrera si sus organizaciones y su ideología la conducen, en medio de la crisis, a aceptar la alianza que invariablemente le proponen las fracciones en ventaja del capital en torno a su política supuestamente "progresista", "nacional" o "redistributiva" (los nombres son variados), porque se condenará de antemano a la derrota en las condiciones más desastrosas: la derrota no en la lucha por el propio programa, que aún así prepara las condiciones de victorias futuras, sino en la defensa del programa de una fracción de la clase enemiga (programa destinado de antemano al fracaso por la lógica misma del sistema y por lo tanto utópico en el peor sentido de la palabra, porque engañoso, demoralizante e ilusorio). Lucha estéril si las hay, porque sólo deja desconcierto y desorganización en el proletariado, como pueden atestiguarlo las derrotas sufridas en esas condiciones, en los últimos quince años, en Brasil, Uruguay, Chile, Argentina y Bolivia.

4. Austeridad, pacto social, represión

La política de austeridad, por otra parte, presentada como política de "salvación nacional", supone siempre un enfrentamiento de cada fracción nacional de la clase obrera mundial con las otras clases obreras nacionales, en nombre de la competitividad de "su" capitalismo en el mercado mundial; y, por lo tanto, el ajuste de las demandas obreras a las exigencias de esa competitividad capitalista (es decir, a la lógica de la clase enemiga), lo cual tiene su expresión ideológica en las llamadas "compatibilidades económicas". Esto significa que las demandas obreras sólo son proponibles y las conquistas pasadas sólo son defendibles en la medida en que son

"compatibles" con el funcionamiento del sistema (en otras palabras, en una época de crisis, con la necesidad del capital nacional de restablecer la tasa de ganancia y abrir un nuevo ciclo de acumulación).

Cada burguesía propone a su clase obrera este pacto social, esta lógica de las compatibilidades, cuya "necesidad objetiva" está demostrada en los "sacrificios" (cierres de empresa/desocupación) que la crisis ha impuesto a burguesía y clase obrera, pacto necesario para salvar conjuntamente a la nación (el barco en el cual "navegamos todos"...), salvo que unos en clase de lujo y los otros en la sentina frente a las otras naciones con sus respectivos "pactos". El nacionalismo es el cemento ideológico, preparado y probado por siglos, de esa propuesta.

Desde la austeridad italiana (incluida la versión "sui generis" formulada en Italia por Berlinguer) hasta el pacto social español (los pactos de La Moncloa y políticas derivadas), pasando por la austeridad francesa de Raymond Barre, la austeridad inglesa de Margaret Thatcher y las muchas otras austeridades en sus variantes nacionales, puede reconocerse, como lo han hecho diversos economistas marxistas, que asistimos a «una ofensiva de austeridad universal del gran capital contra los asalariados»⁶.

Pero como nacionalismo y sentido común (o sea, la ideología dominante) suelen no ser suficientes para hacer aceptar el pacto a la clase obrera o a todos sus destacamentos decisivos (sindicales y aún políticos), la burguesía esgrime al mismo tiempo el argumento del peligro —o la amenaza— de la dictadura terrorista, en caso de que el pacto social para establecer la austeridad no funcione. Las formas de presentar esta amenaza son tantas como burguesías (y en consecuencia, enfrentamientos capital/trabajo) hay en el mundo, desde el espantajo de la actividad real de las Brigadas Rojas en Italia hasta el franquismo (también real) del ejército y la guardia civil en España, pasando por la presencia (igualmente real) del ejército tras la silla presidencial en Colombia o en Perú.

El ejemplo práctico de que esa amenaza no es simbólica contribuyen a darlo, por otra parte, aquellos países donde la resistencia de la clase obrera, aliada defensivamente a una fracción marginal de la burguesía y en definitiva con el programa de ésta (es decir, sin proponerse romper los marcos del sistema), y afirmada además en poderosas organizaciones construidas en la etapa anterior, ha sido tan grande como para bloquear todos los asaltos de la austeridad. Allí, esa resistencia ha exigido la intervención del ejército en primera persona para lograr quebrarla con el terror y reorganizar dictatorialmente el sistema. Argentina (con la huelga general que en junio de 1975 derrotó al plan de austeridad de Isabel Perón y su ministro Rodrigo y preparó así el recurso militar al golpe de marzo de 1976) podría ser el ejemplo clásico de este tipo de imposición represivo y terrorista de la austeridad; pero también corresponden a él los casos de Uruguay, Bolivia y, a su modo especial (gobierno Allende, diverso del peronismo o de la UDP), Chile.

Un caso peculiar de la combinación de ambos métodos podría ser la actual situación en Brasil (adelanto a su vez la relación estatal que buscan institucionalizar las dictaduras vecinas). Los trabajadores brasileños han hecho la experiencia de la dictadura antiobrera en carne propia, a partir de 1964 y sobre todo desde 1968 (Acto Institucional número 5). El período que se inicia en 1976-77 (tal vez antes) ha

visto una notable reorganización de sus luchas y un aumento relativo de sus conquistas. Pero por factores a la vez nacionales e internacionales, se están agotando los efectos de la reorganización impuesta por la dictadura. La burguesía necesita imponer nuevas restricciones en las concesiones salariales arrancadas por la clase obrera en los últimos años. En consecuencia, algunos de sus sectores (los más amenazados directamente por la retracción de inversiones estatales y por el grado de organización de su proletariado, como el sector de bienes de capital) están llamando a un pacto antirecesivo, en el cual ofrecen a sus trabajadores ciertas concesiones en cuanto a garantía del puesto de trabajo (reducción del turn over) y derechos de organización (mediados por los "pelegos"), a cambio de que éstos acepten disminuir demandas salariales o que incidan en el salario⁷.

La alternativa, si este pacto no es aceptado y se confirma la posibilidad de recesión, sería, según los ideólogos de ese sector, un cierre de la "apertura democrática" y un endurecimiento del gobierno militar. Como se ve, en este caso los argumentos económicos y políticos se combinan específicamente para justificar los sacrificios, la moderación en las demandas y el pacto social.

5. Innovación tecnológica y ejército industrial de reserva.

La agresión del capital no se limita a las esferas de la ocupación, del salario y de las conquistas sociales (reducción de gastos sociales del Estado), ni sus métodos se agotan en la represión estatal o en la subordinación ideológica del proletariado a sus proyectos mediante la subordinación de sus organizaciones a la racionalidad capitalista.

El núcleo de la dictadura del capital sobre el trabajo no está, como es sabido, en las instituciones estatales sino en el proceso de producción, en la fábrica misma. En último análisis, no está en las condiciones de compra de la fuerza de trabajo en el mercado, sino en las condiciones de uso de la fuerza de trabajo (ya adquirida por el capitalista) en la producción — en el trabajo, pues.

Está —el núcleo, decimos no toda la dictadura— en la organización capitalista del trabajo, organización que es siempre y en cada momento la expresión concentrada de la contradicción entre proceso de trabajo y proceso de valorización y de su solución capitalista.

Es allí donde el capital lleva constantemente su trabajo de Sísifo: hacer surgir la figura del obrero colectivo como condición de la organización capitalista del trabajo y tratar de impedir, al mismo tiempo, que del trabajador colectivo, de ese ser de innumerables brazos que decía Marx, surja una conciencia obrera colectiva y autónoma, sino una multitud pulverizada de conciencias individuales, es decir, una no-conciencia colectiva. El carácter insoluble de la empresa reside en que el proceso de trabajo, en el cual la mercancía fuerza de trabajo que el capitalista adquiere consume su valor de uso en el trabajo, requiere el pensamiento del trabajador (sin el cual no existen su conocimiento ni su iniciativa, y entonces su fuerza de trabajo no se materializa en trabajo, no tiene valor de uso), pero ese pensamiento es indivisible y no puede poner en movimiento al trabajo vivo del cual forma parte (y mover al trabajo objetivado, las máquinas, que se le contraponen) sin materializarse al mismo tiempo (mal o bien, es otro problema)

en pensamiento colectivo. En otras palabras: no hay fuerza de trabajo colectiva, cooperación, condición indispensable del proceso de trabajo capitalista, sin conciencia colectiva, condición elemental (no suficiente) de la organización obrera. La fuerza de trabajo es una mercancía que piensa, es decir, que resiste y tiene iniciativa, dentro del proceso de trabajo y fuera de él.

Y sin el proceso de trabajo capitalista, soporte material del proceso de valorización, no hay acumulación ni reproducción del capital. Pero a su vez la continuidad del proceso de valorización del capital (y más todavía en esa agudización de todas las contradicciones capitalistas que es la crisis) requiere que en el proceso de trabajo se llegue a la mayor eliminación posible de la iniciativa, la autonomía y el pensamiento de la fuerza de trabajo. Esta es la lógica última (no la única) que preside el proceso secular de introducción de innovaciones tecnológicas, enormemente acelerado con la tercera revolución tecnológica posterior a la segunda guerra mundial.⁸

La otra lógica (en último instante reductible a la anterior) es la dictada por la competencia entre los diversos capitales y la obtención temporaria de superganancias a través de la introducción de innovaciones en la tecnología todavía no extendidas al conjunto de la industria o rama de industria.

De este modo, en la introducción de innovaciones tecnológicas dichos objetivos se combinan con otros dos: la reconstitución del ejército industrial de reserva⁹, por un lado, y la destrucción de las condiciones sobre las cuales se dio previamente la organización de los trabajadores, por el otro.

Esto, al menos de tres maneras complementarias. En primer lugar, no es sólo la existencia de capital excedente en los países centrales sino las posibilidades creadas por la llamada "revolución informática" lo que ha permitido la escala actual en que se realiza la exportación de capital productivo y la internacionalización de los procesos productivos. Esto facilita la utilización en los países semindustrializados de máquinas y equipo en vía de desvalorización en los países centrales, junto con máquinas último modelo, combinación que permite modernizar en los países receptores las relaciones de explotación y dominación del capital sobre los asalariados en relación con las existentes anteriormente y recomponer en los países centrales, con métodos más recientes, esas mismas relaciones, desorganizando las anteriores bases de organización y resistencia de la fuerza de trabajo en el seno de la producción¹⁰.

Esto permite, por otro lado, internacionalizar el ejército industrial de reserva y presionar sobre las condiciones de organización y de negociación de la fuerza de trabajo frente al capital en los países centrales. Las diferentes partes de un producto (automóvil o aparato electrónico) puede producirse en diferentes establecimientos y en diferentes países y montarse en otros: «existe una división internacional del trabajo que ahora ya atraviesa el producto mismo»¹².

En segundo lugar, permite introducir métodos más flexibles de organización del trabajo allí donde es mayor la resistencia obrera organizada (las llamadas técnicas de job enrichment, o enriquecimiento de tareas, de las cuales resulta una parcial recomposición de tareas antes pulverizadas al extremo por el taylorismo), y exportar los métodos más rígidos allí donde las posibilidades de control patronal-policial de los trabajadores en el interior del proceso produc-

tivo son mayores¹³. En ambos casos, las viejas condiciones de organización de la fuerza de trabajo sufren alteraciones decisivas por iniciativa del capital.

En tercer lugar, el capital puede mantener y proseguir bajo su control el proceso de descalificación/recalificación (por lo tanto, recomposición) de la fuerza de trabajo, extendiéndolo a escala internacional y ampliando de este modo las fronteras relativas del ejército industrial de reserva y las relaciones de competencia en el interior de la clase obrera.

Innovación tecnológica e internacionalización del capital y de los procesos productivos son, por lo tanto, condiciones complementarias para la salida capitalista de la crisis y para la recomposición del poder burgués frente al proletariado. El capital internacionaliza su ofensiva, sin por ello interrumpir la competencia entre los muchos capitales, sino precisamente sobre esa base. Pero, al mismo tiempo, con la ideología de las "compatibilidades" empuja al proletariado a nacionalizar su respuesta, encerrándolo en los marcos de sus pasadas condiciones históricas de organización en cada país y de la mediación del Estado nacional.

Es indudable que, visto en el largo período histórico, la internacionalización del capital sería la internacionalización de la clase obrera o la extensión internacional del trabajo asalariado y la tendencia a la homogeneización de su relación con el capital. Pero, aparte de las poderosas contratendencias que la estructuración del capitalismo en Estados nacionales opone a esta "tendencia", los conflictos se resuelven las crisis se superan y las rupturas se operan en la historia concreta, no en el "largo plazo", y en esa realidad, que es hoy la de la crisis, el capital lleva todavía la iniciativa¹⁴.

6. Nuevas tecnologías y organización obrera.

Son conocidos los estudios¹⁵ que muestran hoy, como Marx explicaba ayer,¹⁶ de qué modo la introducción de nuevas maquinarias y la consiguiente reorganización del proceso de trabajo van expropiando el saber obrero e incorporándolo al capital como su propiedad y como su poder sobre la fuerza de trabajo; en otras palabras, cómo el conocimiento abandona al trabajo vivo para incorporarse o subordinarse al trabajo muerto y potenciar a éste frente a aquél.

Pero al hacerlo así destruyen también, como recordamos antes, las condiciones materiales del proceso de trabajo sobre las cuales se organizó la fuerza de trabajo en fases anteriores y le plantean a ésta incógnitas nuevas, tanto para enfrentarse al capital como para relacionarse consigo misma. Esto había sido ya cuidadosamente constatado en 1836 por el señor Ure¹⁷.

Esta constante reorganización ha sido llevada a formas extremas con el taylorismo y el fordismo y, en la actualidad, con la automatización. Esta, como señala Paola Manacorda, no constituye tanto una superación del taylorismo cuanto una ulterior evolución de éste al establecer «un nivel diverso, seguramente más global, de organización científica de la producción»¹⁸.

Ciertamente, la introducción de la automatización, como hemos recordado más arriba, no obedece solamente a las necesidades de subordinación de la fuerza de trabajo al capital. Creemos que Paola Manacorda precisa bien la cuestión¹⁷ y nos parece útil hacer la cita por extenso:

«Para evitar retomar temas que ya han sido objeto de análisis en otros lugares y ocasiones — dice Manacorda como introducción a su informe—, queremos limpiar la escena de las dos interpretaciones, ambas reductivas y esquemáticas, que a veces se encuentran. La primera, de marca reformista, según la cual la automatización es sólo el fruto lógico y natural de un género "progreso científico y tecnológico", que se debe aceptar sin discutir su finalidad y sus mecanismos; la segunda, que ve en la innovación tecnológica solamente la maniobra opresiva del capital con respecto a la clase obrera.

«Queremos en cambio reiterar que los análisis más completos han conducido a entrever en la automatización, como en todos los fenómenos complejos que tienen lugar en una sociedad de clases, elementos contradictorios que son el fundamento de las decisiones tomadas y que se pueden resumir, esquemáticamente, del siguiente modo. La automatización ha sido:

«•un instrumento para enfrentar, por parte del capital, la creciente complejidad y turbulencia del ambiente externo, sea bajo la forma de mercados o la de productos tecnológicamente nuevos;

«•una estrategia para recuperar, al menos en parte, la flexibilidad del proceso productivo puesta en cuestión por la rigidez de la clase obrera y por la organización del trabajo rígidamente taylorista;

«•una respuesta a algunas exigencias planteadas por la clase obrera, en términos de eliminación de la nocividad y repetitividad del trabajo y de recomposición de las tareas;

«•un instrumento, especialmente en lo referente a la automatización administrativa, para acelerar la circulación del capital.

«Las interpretaciones que tienden a avalar sólo la motivación técnico-económica o sólo la política son,

por lo tanto, bastante limitadas, y descuidan los profundos entrelazamientos que siempre se presentan entre estos dos aspectos en el desarrollo de las fuerzas productivas».

Pero si bien ambas componentes deben ser incluidas y comprendidas en su interrelación específica en cada caso si ha de formularse una política obrera frente a la política del capital, nos interesa aquí ocuparnos del salto ulterior que la aceleración de la innovación tecnológica introduce en la lucha del capital por la desorganización y la subordinación de la fuerza de trabajo; o, en otros términos, del uso capitalista de las transformaciones del proceso de trabajo para la desorganización de la fuerza de trabajo.

Recapitemos muy esquemáticamente las grandes etapas históricas de este proceso.

a) Maquinismo y gran industria.

El obrero colectivo se constituye con la formación y la extensión de la gran industria, especialmente a partir de la segunda mitad del siglo XIX. Esa clase obrera, en proveniencia directa del artesanado y de la manufactura, es decir, antes dueña de su oficio, no es todavía expropiada totalmente de sus conocimientos. Progresivamente, parte de éstos se incorporan a las máquinas pero nuevos conocimientos, nuevas prácticas con respecto al funcionamiento de las propias máquinas se crean nuevamente y son reapropiados por la fuerza de trabajo. Este proceso es muy nítido cuando son introducidas las máquinas llamadas "universales", en las que el obrero debe recurrir, para operar con ellas, a los conocimientos del viejo oficio tanto sobre el instrumento como sobre el objeto de trabajo²⁰. Pero ese "saber práctico" se reproduce, bajo otras formas, hasta en las más modernas industrias de proceso, químicas y petroquímicas²¹.

Aquella clase obrera, en transición entre el oficio y el maquinismo, que comenzaba a sufrir los embates del taylorismo desde inicios del siglo y que a partir de 1914 iba a ser atacada por la cadena de montaje (que desde ese año empezó a producir ininterrumpidamente los primeros modelos T en la fábrica Ford), es la clase obrera de donde surgió la primera gran ola mundial de enfrentamiento con el capital, la que organizó entre los años 10 y los años 20 de este siglo los consejos obreros en Alemania, en Italia, en Inglaterra, la que contribuyó a demoler el imperio austro-húngaro, la que hizo las huelgas generales de esos años en América Latina (Argentina, Chile, Perú, México, Brasil), la que, en una prefiguración del futuro proletariado industrial, organizó los Industrial Workers of the World en Estados Unidos, la que en la punta más avanzada de ese asalto internacional a las posiciones del capital formó los soviets en Rusia y abrió la primera brecha, que ya no volvió a cercarse, en el sistema capitalista mundial con el establecimiento de la República de los Soviets²².

Ciertamente, ya hay aquí una primera ampliación del ejército industrial de reserva a través de la descalificación de la fuerza de trabajo. Pero el proceso está apenas en sus inicios, y en cambio ha llegado a maduración la constitución del obrero colectivo, precisamente sobre la combinación mencionada, en cuya figura se disuelven definitivamente el antiguo artesano y sus reminiscencias mutualistas y se afirma con energía juvenil un personaje nuevo y ya maduro, el obrero de la gran industria, seguro de sí mismo y conocedor de su enemigo; aquel que realizará, entre



otras, hazañas como la ocupación de las fábricas en Italia en Setiembre de 1920.

Contra esa figura se lanza la nueva ofensiva del capital y su reestructuración de las fábricas, espoleada además por las exigencias de la industria de guerra a partir de 1914²³.

b) Taylorismo y fordismo.

La introducción del taylorismo y del fordismo (y con él, la cadena de montaje, la producción para el consumo de masa, los salarios más altos que favorecen este consumo y ligan al obrero a la empresa Ford), en las industrias entonces de punta revolucionaria la anterior organización del trabajo y constituye un nuevo e insidioso "ataque por los flancos", como diría Ure, contra "las viejas líneas de la división del trabajo" en donde se había afirmado la organización obrera luego de años de luchas y experiencias nacionales e internacionales.

El sistema de Taylor, que él mismo llamó inicialmente "sistema de dirección por fijación de tareas", se constituye como un tipo de organización del trabajo que es a la vez un proceso de expropiación del saber obrero en provecho del capital, reduciendo ese saber a sus elementos más simples (estudio de tiempos y movimientos para cada tarea) y recomponiéndolo bajo la forma de tareas precisas fijadas por la dirección a cada trabajador. En las palabras de Benjamin Coriat:

«La idea de tareas resume y concentra en sí todos los principios básicos del taylorismo:

«Mediante la reducción del saber obrero a sus elementos más simples, donde la tarea se define como la parte más pequeña de un proceso homogéneo de trabajo, se opera el trastocamiento que el taylorismo realiza.

«Toda la actividad clasificatoria del taylorismo, el estudio "científico" de los tiempos y los movimientos no busca otra cosa que definir tareas simples fijadas a los obreros y susceptibles de ser controladas.

«Finalmente, y éste es un elemento muy importante, la tarea instauro la práctica individual del obrero, allí donde el equipo y las solidaridades de grupo — surgidas de los oficios — eran fuertes y vivaces».

De este modo, agrega el mismo autor, «todo lo que el maquinismo todavía no ha realizado en materia de expropiación técnica de los obreros, el taylorismo lo realiza por medio de la organización del trabajo y, con eso mismo, viene a tomar el relevo del maquinismo y a imprimirle un nuevo impulso²⁵. (Confróntese en nota 18, supra, una afirmación similar de Paola Manacorda en cuanto a la relación que guarda la automatización con su predecesor, el taylorismo).

El taylorismo, iniciado en Estados Unidos, se extiende a Europa y se afirma allí bajo la presión de las necesidades de la producción de guerra, entre 1914 y 1918. En las fábricas Renault, la primera reacción contra el taylorismo es el abandono de la empresa por muchos obreros; después, en diciembre de 1912, estalla la primera huelga contra la nueva organización del trabajo; suspendida por tratativas, vuelve a comenzar el 10 de febrero de 1913 y termina el 26 de marzo, con la victoria de la patronal. La reconversión de las fábricas para la industria de guerra de 1914 termina de afirmar los nuevos métodos de organización del trabajo²⁶.

El siguiente paso, que completa el taylorismo, lo constituye la invención de la cadena de montaje,

elemento central (pero no único) del método de explotación/dominación de la fuerza de trabajo concebido por Henry Ford y extendido luego a todo el mundo. Citemos nuevamente a Benjamin Coriat:

«Ford, con la introducción de la cadena, realiza un desarrollo creador del taylorismo que lo lleva — desde el punto de vista del capital — a una especie de perfección. En efecto, la introducción de la cadena de montaje permite al mismo tiempo:

— incorporar los tiempos y movimientos en el maquinismo mismo;

— "desmigajar" y "parcelizar" en grados nunca alcanzados hasta entonces los gestos requeridos por parte del trabajo vivo;

— todo esto, haciendo posible una considerable intensificación del trabajo.

«Y por supuesto es el trabajo muerto (la propia cadena) lo que constituye el fundamento del proceso de trabajo. No tiene pues nada de sorprendente que la cadena fordiana, desde 1920, haya ganado terreno incansablemente y haya sido adoptada cuantas veces la naturaleza del producto lo permitía.

«Taylorismo más fordismo determinan, entonces, un nuevo impulso de las fuerzas productivas y les imprimen hasta en sus aspectos materiales (como objetos físicos) características muy precisas. Si se trata de "una revolución de las condiciones de producción", es una revolución interna al capital, en su beneficio y sobre cuyo proceso tiene el dominio completo»²⁷.

Taylorismo y fordismo, con su trastocamiento de las anteriores condiciones de trabajo, extienden el proceso de descalificación de la fuerza de trabajo, vuelven a ampliar las fronteras reales o potenciales del ejército industrial de reserva y operan una recomposición de la clase obrera. Nace lo que posteriormente se ha llamado el obrero-masa, el obrero de la cadena de montaje. La lucha para volver a anteriores formas de organización del trabajo es una lucha perdida, como se comprueba desde las primeras huelgas contra el taylorismo. La clase obrera no tarda en comprender que debe reorganizarse para hacer frente y derrotar el nuevo desafío desde adentro mismo de la producción.

De esa lucha fue naciendo una nueva forma de unidad y de articulación entre las diversas categorías y calificaciones de obreros creadas por las modificaciones en el proceso de trabajo. Esas luchas estuvieron en la base del surgimiento en Estados Unidos, en los años 30, de los grandes sindicatos de industria del C.I.O., así como de las grandes movilizaciones y conquistas del 36 en Francia. La incorporación de nuevas fuerzas obreras, muchas veces de origen campesino, a las fábricas, sólo transitoriamente tuvo el efecto de rebajamiento de la anterior conciencia obrera que buscaba el capital. Después de un tiempo, la recomposición de la clase, combinada con una situación favorable en el mercado de trabajo, dio origen a una mezcla explosiva para el mantenimiento de las condiciones de control del capital sobre el proceso productivo.

De esa combinación surgió, entre otros, el gran movimiento de masas que dio origen a los nuevos sindicatos industriales en Argentina en los años iniciales del peronismo (1944-46) y a la formación de las comisiones internas como órganos unitarios y democráticos de control de los trabajadores dentro del proceso productivo. De ella, y de las viejas tradiciones del proletariado italiano, surgieron en la gran ola de luchas de 1968 y 1969 (especialmente en el

llamado "otoño caliente" de 1969) los consigli, los consejos de fábrica que son hasta hoy, pese a los ataques incessantes de la patronal y a los procesos de burocratización interiores, la estructura de base de los grandes sindicatos unitarios italianos. La misma combinación fue operándose en Brasil durante los años del desarrollo capitalista estimulado por la dictadura militar, particularmente a partir de 1968, y de allí vinieron el impulso, las formas organizativas y los nuevos dirigentes de las huelgas entre 1978 y 1980 que renovaron el sindicalismo brasileño y dieron origen al Partido de los Trabajadores²⁷.

A este punto, en el curso de los años 70 la crisis y la resistencia obrera a las políticas de austeridad aceleraron la introducción de innovaciones tecnológicas desarrolladas a partir de la segunda postguerra y estimularon en los países centrales, los procesos de automatización y nuevas modificaciones en el proceso de trabajo (estimulando, por eso mismo, la exportación de maquinaria en proceso de desvalorización a los países semiindustrializados donde las condiciones de organización de la fuerza de trabajo no oponen la misma resistencia).

C) Automatización

La automatización, introducida todavía gradualmente en algunos procesos productivos y más aceleradamente en otros (según el carácter del proceso mismo, las disponibilidades de capital, las necesidades de aceleración de la circulación del capital, la resistencia obrera, etc.), constituye una nueva fase de la organización capitalista del trabajo. En relación con las técnicas de control de la fuerza de trabajo, reúne características comparables y objetivos idénticos a los de las anteriores fases de la innovación tecnológica, pero en forma mucho más concentrada. Su introducción es sumamente desigual, tanto en el interior de cada empresa²⁸, como en una misma rama de industria, en diversos países o en diversas ramas de industria. Veremos más adelante las razones que tienden a hacer persistir y reproducir esta desigualdad.

En el informe antes citado, Paola Manacorda sostiene que, con relación a las anteriores tecnologías de mecanización, la automatización constituye «un efectivo salto cualitativo, y que su carácter innovador no está tanto en haber llevado hasta el límite extremo de velocidad y regularidad el proceso de transformación de la materia, sino en haber integrado en sí misma el sistema informativo de la producción, es decir tanto las informaciones sobre el proceso de transformación de la materia cuanto las informaciones relativas al gasto (erogación) de fuerza de trabajo»²⁹.

Al controlar de este modo el gasto de fuerza de trabajo, impidiendo al mismo tiempo su control por parte del obrero ya que la información pasa a través del sistema automatizado al cual el trabajador está subordinado, la automatización viene a constituir la respuesta más avanzada, desde el punto de vista del capital, al problema que se había planteado Taylor y del cual partía toda su concepción.

«La gran mayoría de los obreros —anotaba Taylor— creen que si trabajaran a su velocidad óptima, causarían un daño considerable a la profesión provocando la desocupación de muchos de sus colegas» (...). «Debido a esta opinión falsa, una gran parte de los obreros de nuestros dos países (Estados Unidos y Gran Bretaña) disminuyeron deliberadamente su ritmo de trabajo a fin de disminuir la producción». A lo cual agrega esta observación penetrante: «dificil-

mente se encontrará en cualquier establecimiento moderno importante, cualquiera que sea el modo de pago de los salarios, un obrero competente que no dedique una parte importante de su tiempo a estudiar cuál es la lentitud límite a la cual puede ir, convenciendo al mismo tiempo a su patrón de que va a un ritmo normal»³⁰. Tanto el sistema Taylor como el salario a destajo habían atacado este problema, pero no lo habían resuelto. Lo mismo ocurrió con la cadena: la clase obrera encontró los modos para recuperar control sobre su propio gasto de fuerza de trabajo y para contrarrestar, al menos en parte, los efectos de las nuevas técnicas.

Mediante la automatización el capital lanza un nuevo asalto a fondo contra las líneas de defensa donde, a través de luchas y experiencias, se había atrincherado y lanzaba otra vez sus contraofensivas la clase obrera. La organización del trabajo, los equipos de trabajo, la división de tareas y los departamentos de fábrica sobre los cuales se basaban la organización de delegados y consejos de fábrica son cambiados y transformados por las nuevas tecnologías. Esto no se produce instantáneamente, sino que es un proceso gradual y combinado con el mantenimiento en zonas extensas y mayoritarias de las anteriores formas de organización del trabajo. Pero el proceso ha sido puesto en camino, junto con otros métodos de ataque contra las posiciones conquistadas por los trabajadores.

Por ejemplo, el autocontrol por los obreros de ciertos ritmos y pausas del trabajo, reconquistado del taylorismo y de la cadena, vuelve a ser puesto en cuestión por un sistema que tiende a cerrar todos los poros del proceso productivo.

«La penetración capilar de la informática en el proceso de trabajo ha tenido un efecto de compresión general de todos los tiempos en los cuales se basaba precedentemente el proceso productivo, reduciéndolos integralmente a la dimensión de "tiempo real". Tendencialmente, cada fracción de tiempo muerto conexas a la transmisión-decisión-retransmisión de directivas viene reducida a cero, reduciendo integralmente el tiempo de fábrica a tiempo directamente productivo (es decir, a tiempo que se incorpora totalmente al producto)"³¹.

○ No hace falta decir que la crisis, y sus formas específicas en la segunda mitad de los años 70 e inicios de los 80, resulta un poderoso estimulante de este proceso de cambios. La incorporación de la informática permite abrir otros frentes de ataque del capital contra la fuerza de trabajo, mediante:

- Una aceleración del proceso de descalificación/recalificación, que debilita las posiciones de la clase obrera y facilita el aumento del turn over cuando los sindicatos no están en condiciones de resistir.

- Una descentralización de la producción en diversos países o en diversos establecimientos en el mismo país, que permite al capital sortear los focos de resistencia obrera en tal o cual punto del proceso productivo desviando esa producción sobre otro establecimiento o importando partes del producto o el producto entero de sus filiales en el exterior. Esto pueden hacerlo hoy tanto la Volkswagen como la Renault, y es uno de los motivos de preocupación de los trabajadores estadounidenses de la General Motors con relación a la construcción del moderno establecimiento de Ramos Arizpe, Coahuila. La Fiat importa motores de sus filiales en Polonia, España y Brasil y los monta en carrocerías fabricadas en Italia,

así como las maquiladoras producen en México partes enteras de los aparatos electrónicos que se montan en Estados Unidos³².

- Una descomposición y recomposición de las tareas según nuevas líneas, determinadas por el capital para contrarrestar, absorber o disolver las formas de resistencia obrera.

- Una desconcentración mayor, en pequeños establecimientos subsidiarios, de parte de la producción de la gran fábrica, disminuyendo el blanco que ésta ofrece a las luchas obreras y tratando de debilitarla como lugar principal de organización del sindicato, al mismo tiempo que mantiene el cinturón protector frente a la crisis y las luchas obreras constituido por muchas empresas pequeñas y medianas.

- Una creciente separación, en la fuerza de trabajo, entre el proceso de ideación, cada vez más expropiado al obrero de fábrica y concentrado en un número cada vez más reducido de técnicos, y el proceso de ejecución, simplificado y parcelizado al máximo y desprovista cada vez más de todo contenido concreto. Dentro del sector obrero se opera a su vez otra separación entre una categoría de gestores del sistema automático, con cierto conocimiento de su funcionamiento y ciertas posibilidades de intervenir en él, y otra de alimentadores y controladores pasivos, con exclusivas funciones de vigilancia. Estas características están siendo ahora extendidas rápidamente al trabajo de oficina.

- En el sector de los técnicos, una misma separación entre funciones de ideación y funciones de rutina que en el sector obrero, y mismos procesos de descalificación/recalificación.

- Nuevas posibilidades de potenciar el trabajo a domicilio, subordinándolo bajo nuevas formas a la gran producción industrial y agregando así otro elemento de presión sobre la fuerza de trabajo (en lo que constituye una ampliación parcial y disimulada del ejército industrial de reserva). Según Paola Manacorda, en Estados Unidos comienza a abrirse camino «la tendencia a la desaparición del lugar físico del trabajo colectivo y a la extensión del trabajo a domicilio ligado al lugar de trabajo mediante terminal».

Todas estas son, evidentemente, tendencias contrarrestadas por otras contratendencias, y no procesos cumplidos y terminados.³³ En vastísimos sectores la automatización es todavía cosa del futuro, y en otros la automatización crea nuevas tareas no automatizables, generalmente trabajos realizados por fuerza de trabajo no calificada y menos pagada. Según Manacorda, en teoría la automatización ya está prácticamente completada en la industria del ciclo continuo, mientras que en la industria del ciclo discreto el obstáculo actual reside en la limitación de la tecnología (a su vez determinada por las ingentes cantidades de capital necesarias al estudio y puestas a punto de ulteriores progresos). En los servicios, todos los no personalizados (correos, transporte, etc.) pueden automatizarse al estado actual de la tecnología, no así los personalizados (sanidad, enseñanza, etc.). «En estos el proceso productivo no es automatizable no tanto por defecto de tecnología, sino por insuficiente conocimiento analítico del propio proceso y por lo tanto imposibilidad de su reproducción uniforme». Por otro lado, agrega, «el costo que comporta no tanto la tecnología cuanto el estudio y la simulación de las tareas y su inserción en un proceso integrado se justifica sólo cuando no haya disponible fuerza de trabajo a

bajo costo y más flexible que la tecnología».

La misma autora, en otro trabajo³⁴, observa:

«en el curso del progreso de la tecnología ha habido una promesa constante de reducción de la fatiga, a la cual ha correspondido en la realidad, en cambio, una continua sustitución de formas de fatiga diversas: desde la muscular, anterior al maquinismo, y la nerviosa, introducida precisamente por el maquinismo con la necesidad de hacer frente a mecanismos del tipo estímulo-respuesta, hasta la que hoy parece presentarse como fatiga típica de las formas de trabajo automatizado, es decir la fatiga mental. Esta consiste no ya en la serie de mecanismos de respuesta a estímulos, sino en la necesidad de entrar en un esquema lógico desconocido, y de adaptarse a él».

Lo cual nos lleva a un último problema: qué posibilidades tienen los trabajadores de recuperar el conocimiento del ciclo productivo y, en consecuencia, de restablecer formas de control sobre él, reorganizando sus líneas de defensa y de ataque contra el capital desde el interior mismo de los nuevos procesos de trabajo.

La automatización, en la medida en que se extiende, lleva en sí una posibilidad de revolucionarización permanente del proceso de trabajo; o, si se quiere usar la vieja metáfora, el paso por parte del capital a una "guerra de movimientos" contra la fuerza de trabajo en el terreno mismo donde ésta se atrinchera para una "guerra de posiciones": en la organización del trabajo. Esa posibilidad está contenida no en la tecnología de la automatización (o sea, no es una cuestión "técnica"), sino en un hecho social: el capital conoce el proyecto del proceso productivo y su lógica, la fuerza de trabajo es despojada, por el ritmo mismo de los cambios, de la posibilidad de conocerlo. El capital tiene la iniciativa en la división del trabajo a escala del establecimiento, de la empresa, del territorio nacional, de la rama de industria y a nivel internacional; la fuerza de trabajo sufre esa iniciativa, es su objeto. Puede resistir, y lo hace, a veces con relativo éxito. Pero sus líneas vuelven a ser desbordadas. No tiene en sus manos la clave de la iniciativa, el poder en la sociedad: es la ley del sistema y el secreto último del proceso de valorización del capital.

Siendo esa la ley, la organización de la producción y del trabajo es un secreto, que pertenece por derecho y por entero al capital. Es lo que constata Manacorda en el informe citado:

«En teoría, sería totalmente hipotizable una organización en la cual los trabajadores producen, controlan, actualizan y mantienen el sistema automatizado; en la práctica, la tecnología es producida en general fuera del establecimiento, es un dato que la clase obrera encuentra frente a sí y en torno a ella debe recomponer y hacer progresar sus propios conocimientos y capacidades de control.

«La cantidad de proyecto y control que está insertada en un sistema automatizado es, en efecto, tal que excluye que el trabajador individual pueda intervenir para modificarla, o incluso solamente que, gestionándola pasivamente, pueda aprender a conocerla en profundidad. Lo que el obrero de sistema ve es la apariencia del proceso de trabajo, no su lógica intrínseca, porque no le es dado conocer el proyecto lógico que está detrás. De esto parece derivar, en definitiva, a nivel de la subjetividad, el sentido de no estar sometido como en la cadena, sino de ser propiamente un engranaje del sistema, una parte de éste

que debe plegarse a su lógica».

¿Ha conseguido entonces el capital, con la automatización, traspasar la última línea defensiva de su antagonista? ¿Ha expropiado e incorporado a sí mismo todos los conocimientos, todo el antiguo saber obrero, logrando así el objetivo de reducir el proceso de trabajo a puro gasto de fuerza de trabajo, sin pensamiento y sin iniciativa? ¿Todo trabajo se ha convertido en puro trabajo abstracto e intercambiable? ¿Llegó, pues, a la última frontera y sólo le falta universalizar el uso de la automatización e instalarse en ella indefinidamente?

Si bien desde el punto de vista del capital este parecería ser el caso, basta que extienda la mano para que los frutos se alejen. La automatización lleva a un punto crítico todas las contradicciones del modo de producción capitalista y desde el punto de vista opuesto, el del trabajador colectivo, lleva a la necesidad objetiva de generalizar la lucha de fábrica en lucha política y de fundar ineludiblemente ésta en aquélla, porque enfrentar al capital en la fábrica se vuelve imposible sin dominar el conjunto del proceso de producción social. Son los mismos obstáculos que la automatización alza frente a la lucha de los asalariados los que obligan a ésta a adquirir un carácter político es decir, a abarcar críticamente al conjunto de las relaciones sociales oponiéndoles su proyecto comunista.

El informe de Paola Manacorda plantea alguno de esos obstáculos.

Hay una posible estrategia de reapropiación del control, entendida no sólo como conocimiento del entero proceso productivo sino sobre todo como posibilidad de intervenir en él. Esta posibilidad se vuelve técnicamente realizable por las tecnologías electrónicas, precisamente por su capacidad de permitir un control capilar sobre todas las fases del trabajo; por lo tanto, esto parecería requerir sólo un potencial de movilización y de lucha para ser puesto en práctica. Pero incluso con relación a esta perspectiva estratégica hay una serie de problemas importantes.

«Ante todo, la real dificultad para los trabajadores de reapropiarse de los conocimientos científicos y técnicos incorporados en el sistema. Si es cierto que la máquina tradicional había incorporado el conocimiento obrero en términos de energía a emplear, material a utilizar, movimientos a realizar; también es cierto que el sistema automático incorpora todo esto, más un mecanismo de coordinación de las fases que no proviene directamente de la "ciencia obrera", o que por lo menos se encuentra en el sistema con un grado de "intensidad de conocimiento" no inmediatamente abordable por la subjetividad obrera.

«Con esto no se quiere decir que tal reconstrucción sea imposible, sino sólo que la cantidad de "ciencia", entendida como formalización de los lenguajes, uso de modelos matemáticos para la simulación de los procesos decisionales, recurso a estructuras lógicas complejas para el gobierno del sistema, convierte a la reconstrucción del conjunto del proceso productivo en una tarea mucho más ardua que el simple conocimiento de "qué sabe hacer el robot" o "qué hay que hacer para obtener su funcionamiento". No es indiferente para este problema también la cuestión de las dimensiones del proceso y de la cantidad de trabajadores involucrados en él. Si el proceso entero se basa en 130.000 trabajadores, en parte descentralizados, ¿cuáles son las

posibilidades de reconstruirlo a partir de grupos homogéneos (grupos de departamento) lo suficientemente pequeños como para tener la posibilidad de expresar conocimientos concretos y subjetividad?

«Es posible refundar un proceso productivo con objetivos de "liberación del trabajo", es decir de asunción de responsabilidades decisionales a nivel colectivo, de posibilidades de autocontrol de la erogación de la fuerza de trabajo, de determinación de los contenidos del trabajo, todo esto a tecnología dada, aunque no a organización dada. Probablemente esto es posible dando al término "control y proyectación del ciclo" un significado más amplio, que se refiera cada vez menos a las modalidades concretas de la transformación de la materia, y cada vez más a las modalidades de gestión de la información, ya sea la relativa a la transformación de la materia, ya sea, sobre todo, la que se refiere a la erogación de la fuerza de trabajo».

Las reflexiones y el razonamiento de esta extensa cita y la serie —inconclusa— de problemas que ella plantea, nos reconducen a lo antes dicho. Con la automatización, el capital parece haber terminado su tarea de expropiación de los productores directos, primero de sus medios de producción, finalmente de su saber y su pensamiento. Por lo mismo, ha llegado a maduración última la vieja consigna de Marx, la expropiación de los expropiadores, sola que puede dar una razón y una estrategia a las innumerables luchas parciales y sin cuyo objetivo global éstas se ven cada vez condenadas a una defensiva que, en lugar de permitir mantener las posiciones alcanzadas, se ve permanentemente desbordada y desorganizada por el dinamismo y la iniciativa del capital.

Pero, a su vez, la automatización tiene su propio límite en el modo de producción capitalista y crea, por otro lado, nuevas potencias de lucha en los trabajadores. En primer lugar, no sólo por cuestiones técnicas sino por los imperativos del proceso de valorización, el capital no extiende la automatización a todas las ramas o a todas las empresas de una rama (ni aún a todos los departamentos de una empresa). Como recuerda Mandel³⁴:

«Una vez entendida la esfera de la producción del capitalismo tardío como una unidad contradictoria de empresas no automatizadas, semiautomatizadas y automatizadas (en la industria y en la agricultura y por tanto en todos los sectores de la producción de mercancías), se hace evidente que el capital, por su propia naturaleza, debe oponer una creciente resistencia a la automatización después de cierto límite. Las formas de esta resistencia incluyen el uso de mano de obra barata en las ramas semiautomatizadas de la industria (como el trabajo femenino y juvenil en las industrias de textiles, alimentos y bebidas), que amplía el umbral de rentabilidad para la introducción de los sistemas plenamente automatizados; los cambios constantes y la competencia mutua en la producción de los sistemas de máquinas automatizadas, que impiden el abaratamiento de estos sistemas y de este modo su introducción más rápida en otras ramas de la industria; la búsqueda de nuevos valores de uso, que se producen primero en empresas no automatizadas o semiautomatizadas, etcétera. El punto más importante es que, así como en la primera fase de la gran industria operada por maquinaria las grandes máquinas no fueron producidas por máquinas sino por el trabajo vivo, así en la actual primera etapa de la automatización las piezas de las máquinas automáticas no son construidas

automáticamente, sino en la línea de ensamble. De hecho, la industria que produce medios de producción electrónicos tiene una composición orgánica del capital notablemente baja».

En segundo lugar, hay un límite absoluto para la automatización dentro de las leyes mismas del modo de producción. Dice el mismo autor, a continuación de las líneas precedentes:

«La producción automática de máquinas automáticas constituirá por lo tanto un nuevo viraje cualitativo, igual en significado al surgimiento de la producción maquinizada de máquinas a mediados del siglo pasado (...) Estamos aquí frente al límite inherente absoluto del modo de producción capitalista. Este límite absoluto no reside ni en la penetración total del capitalismo en el mercado mundial (es decir, la eliminación de las esferas de producción no capitalista), como creía Rosa Luxemburgo, ni en la imposibilidad final de valorizar el total de capital acumulado, como creía Henryk Grossman. Ese límite reside en el hecho de que la masa de plusvalía misma disminuye como resultado de la eliminación del trabajo vivo del proceso de producción en el transcurso de la etapa final de mecanización-automatización. El capitalismo es incompatible con la producción completamente automatizada en toda la industria y la agricultura, debido a que ello ya no permite la creación de plusvalía o la valorización del capital. Es imposible, por tanto, que la automatización se extienda a toda la esfera de la producción en la era del capitalismo tardío».

En realidad, como anota más adelante, «la automatización capitalista en cuanto desarrollo poderoso tanto de las fuerzas productivas del trabajo como de las fuerzas destructivas y enajenantes de la mercancía y el capital, viene a ser la quintaesencia objetivada de las antinomias inherentes al modo de producción capitalista».

En tercer lugar, finalmente, la automatización, sobre todo en la forma en que ella existe en la realidad del modo de producción capitalista, combinada con la semi-automatización o la simple maquinización, no elimina ni puede eliminar la figura del trabajador colectivo ni, por lo tanto, su pensamiento y su conciencia, que no empieza ni se agotan en el proceso de

trabajo aunque en éste se ubique su punto de fricción más agudo con el capital. Al expropiar capacidades y conocimientos al trabajador individual, la automatización plantea nuevos problemas al obrero colectivo, en la medida en que al despojar de contenido concreto al proceso de trabajo llevando al extremo los aspectos rutinarios ya contenidos en el taylorismo, exacerba también el contenido de explotación que es el sustento del proceso de valorización.

Pero, al mismo tiempo, la automatización presenta por primera vez ante los ojos de los productores directos, después del largo proceso de expropiación de sus medios de trabajo y de los conocimientos del oficio, los instrumentos y la posibilidad de reapropiarse inteligentemente el conocimiento y el control del conjunto del proceso productivo global. Y si el dominio del proceso y de los instrumentos de trabajo en forma individual había llegado a una especie de virtuosismo en el maestro artesano, la automatización crea las condiciones de su reapropiación, infinitamente ampliada, pero sólo posible en forma colectiva y como productor colectivo. Es decir, ella ofrece los medios materiales para la realización del proyecto social de la clase obrera, su programa socialista, incluida la superación de la división manual e intelectual del trabajo y del carácter mercantil de la fuerza de trabajo; o sea, la abolición del salario.

Pero apropiarse de esos medios materiales exige romper los lazos de las relaciones sociales de producción capitalistas que los aprisionan y ponerlos al servicio y bajo el control de la inteligencia colectiva de los productores democráticamente organizados. La automatización, el arma más moderna del capitalismo para desorganizar las filas de la clase obrera, coloca a ésta, colectivamente, ante su propio programa socialista. En ese sentido las batallas de clase por el control de las condiciones de organización del trabajo, en la forma compleja y desigual que ésta asume internacionalmente y en cada país, deben ser hoy, más que nunca, una escuela de socialismo si es que al mismo tiempo han de dar resultados prácticos e inmediatos en cada lugar de trabajo. □

NOTAS

1. K. Marx, *Capital y tecnología (Manuscritos inéditos, 1861-1863)*, Terra Nova, México, 1980, pág. 66).

2. Elmar Alvaer, "Crisis económica y planes de austeridad", en *Transición*, Barcelona, 1978, núm. 1.

3. E. Alvaer, *op. cit.*

* El 7°. Seminario del doctorado de la DEP de la Fac. de Economía de la UNAM (febrero 1981), al cual fue presentado este trabajo.

4. Ernest Mandel, *La crisis*, Editorial Era, México, 1980, pág. 258.

5. "El capitalismo avanzado no puede evitar un periodo de expansión económica relativamente desacelerada si no logra destruir la resistencia de los asalariados y lograr así un aumento radical de la tasa de plusvalía. Esto es inconcebible, sin embargo, sin un periodo de estancamiento y de hecho, incluso sin una caída transitoria de los salarios reales. (...) En esta intensificación de la lucha de clases, el capital no tiene posibilidades de lograr un aumento efectivo de la tasa de plusvalía comparable al que se logró bajo la dictadura nazi o en la segunda guerra mundial, en tanto que las mismas condiciones en el mercado de trabajo inclinan la balanza de las respectivas fuerzas combatientes en favor del proletariado. La extensión del ejército industrial

de reserva se ha convertido por tanto, en la actualidad, en un instrumento consciente de política económica al servicio del capital" (Ernest Mandel, *El capitalismo tardío*, Ediciones Era, 1979, pág. 177).

6. Ernest Mandel, *La crisis*, cit., pag. cit.

7. Francisco de Oliveira, "La situación económica del Brasil en la actual coyuntura internacional", conferencia en la DEP de la Facultad de Economía, UNAM, enero 1981.

8. Karl Marx, *El Capital*, Siglo XXI, México. En los cuadernos publicados con el título de *Capital y tecnología*, cit., pág. 64, Marx anota: "Las huelgas se llevan a cabo principalmente para esto, para impedir la reducción del salario o para arrancar un aumento del salario o para establecer los límites de la jornada de trabajo. En ellas se trata siempre de contener dentro de ciertos límites la masa absoluta o relativa del tiempo de plustrabajo o de hacer que el trabajador mismo se apropie de una de sus partes. Contra esto, el capitalista emplea la introducción de la maquinaria. En este caso la maquinaria aparece directamente como medio para acortar el tiempo de trabajo necesario; *idem* como forma de capital — medio del capital; — poder del capital — sobre el trabajo, para reprimir cualquier pretensión de autonomía por parte del trabajo. En este caso, la maquinaria también

entra en escena intencionalmente como forma del capital hostil al trabajo". Y entre varias citas, reproduce a continuación la siguiente de Peter Gaskell, *Artisans and Machinery*, Londres, 1836: "Los primeros patrones de la manufactura que debían confiarse enteramente al trabajo de la mano de obra, sufrían periódicamente graves e inmediatas pérdidas debido al espíritu rebelde de la mano de obra, que escogía el momento justo y ventajoso para ella, cuando el mercado presionaba de manera particular, para hacer valer sus pretensiones... se estaba acercando rápidamente una crisis que hubiera bloqueado el progreso de los manufactureros, cuando el vapor y su aplicación a las máquinas desviaron de golpe la corriente revirtiéndola contra los obreros".

9. "En la actualidad el capital tiene a su disposición dos maneras de reconstruir el ejército industrial de reserva: por un lado, la intensificación de las exportaciones de capital y la reducción sistemática de las inversiones internas, lo que significa transferir capitales a donde todavía existe un exceso de mano de obra, en lugar de traer ésta a donde existe un exceso de capital; y por otro lado, la intensificación de la automatización o, en otras palabras, la concentración de inversiones para liberar la mayor cantidad posible de trabajo vivo (la industrialización 'en profundidad' más que 'en amplitud')". (Ernest Mandel, *El capitalismo tardío*, cit., pág. 179).

10. "Ante todo debe tenerse en cuenta el lugar que ocupan estas economías (los países semindustrializados de América Latina) dentro de la estructura de la economía mundial. Al estar sometidas a las contradicciones que vive la acumulación del capital de los polos dominantes, ellas sufren desde el fin de los años cincuenta un proceso de internacionalización del capital productivo materializado en máquinas y equipos en vías de desvalorización y/o destrucción de los países centrales, que a su vez es resultado de las resistencias crecientes que encuentra la dominación-explotación de la clase obrera en los países desarrollados y engendra una estructura productiva particularmente heterogénea que en el fundamento de nuevas formas de sumisión del trabajo al capital en los países subdesarrollados" (Gilberto Mathias, "Acumulación del capital, proceso de trabajo y nuevas formas de las luchas obreras en América Latina", en *Coyoacán*, México, núm. 9, julio-septiembre 1980, pág. 23).

12. Lis de Sanctis, Paola Manacorda y Lucio Rouvery, "L'automazione entra nella fabbrica e negli uffici", *Dossier Lavoro, del Manifesto*, Roma, octubre 1980). Ver también nota 32 infra, sobre el "auto mundial".

13. Ver Gilberto Mathias, art. cit. loc. cit., págs. 24/25.

14. Es curiosa y aguda, como otras de sus observaciones, el comentario de Antonio Negri a la famosa frase de Keynes sobre el largo plazo: "¿Qué es en realidad este futuro con el cual tan acremente quiere ajustar cuentas Keynes, si no una vez más aquella catástrofe para él y para los suyos, aquel partido de la catástrofe que ve vivir frente a sí como clase obrera? Desde este punto de vista la afirmación keynesiana, tantas veces superficialmente repetida: "a largo plazo todos estaremos muertos", es casi un rabioso presagio de clase". (Sergio Bologna, Antonio Negri y otros, *Opera e Stato*, Feltrinelli, Milano, 1972, pág. 87).

15. Entre otros: Harry Braverman, *Labor and Monopoly Capital*, Monthly Review Press, New York 1974 (hay traducción al español, Editorial Nuestro Tiempo, México, 1977); David F. Noble, *America by Design*, Oxford University Press, New York, 1977; Benjamin Coriat, *Science, Technique et Capital*, Éditions du Seuil, París, 1976; Benjamin Coriat, *L'atelier et le chronomètre*, Christian Bourgeois Editeur, París, 1978; Michel Freyssenet, *La division capitaliste du travail*, Savelli, París, 1977; Michel Aglietta, *Regulación y crisis del capitalismo*, Siglo XXI Editores, México, 1979. Autores varios, *La division capitaliste du travail (Colloque de Dourdan)*, Éditions Galilée, París, 1978; CFDT, *Les dégâts du progrès*, Éditions du Seuil, París, 1977 (hay traducción española); Fernando Chiaroni, *Sindacato, ristrutturazione, organizzazione del lavoro*, ESI, Roma, 1978; *Dossier lavoro del Manifesto*, "Il

Manifesto, Roma, 1980; más una abundante bibliografía italiana y revistas como *Classe, Primo Maggio, I Consigli* y otras. También diversos artículos de la revista *Capital and Class*, Londres.

16. En los manuscritos de 1861-1863, ahora publicados con el título de *Capital y tecnología*, cit., págs. 157-160, Marx dice:

«Por lo tanto, la tendencia de la producción a máquina se manifiesta, por una parte, en un *continuo despido de obreros* (de empresas mecánicas o artesanales) pero, por la otra, en un constante *reclutamiento*, desde el momento que en un determinado grado de desarrollo de las fuerzas productivas el plusvalor sólo puede aumentar a través del aumento del número de obreros ocupados simultáneamente. Esta atracción y repulsión son características, como lo es también, por consiguiente, la *continua oscilación del nivel de vida del obrero*.

«Con las huelgas se pone de manifiesto el hecho de que las máquinas se usan e inventan a pesar de las exigencias directas del trabajo vivo, y sirven como medio para aplastarlo y someterlo. (Véase a Ricardo sobre la continua contradicción entre las máquinas y el trabajo vivo).

«En consecuencia, aquí es mucho más evidente la alienación de las condiciones objetivas del trabajo — del trabajo pasado — respecto al trabajo vivo como contradicción directa; al mismo tiempo, el trabajo pasado (o sea, las fuerzas sociales del trabajo, comprendidas las fuerzas de la naturaleza y de la ciencia) se presenta como arma que sirve, en parte para echar a la calle al obrero y reducirlo a la condición de *hombre superfluo*, en parte para privarlo de la especialización y acabar con las reivindicaciones basadas en esta última, y en parte para someterlo hábilmente al despotismo de la fábrica y a la disciplina militar del capital.

«En este aspecto resultan decisivas, por lo tanto las *condiciones sociales* del trabajo creadas por la *fuerza productiva social* del trabajo y por el trabajo mismo, no sólo como fuerzas ajenas al obrero, fuerzas pertenecientes al *capital*, sino también como fuerzas hostiles a los obreros y que los oprimen, dirigidas contra cada uno de los obreros en defensa de los intereses del capitalista.

«Además, ya hemos señalado que el modo de producción capitalista no sólo cambia formalmente, sino que realiza una revolución en todas las condiciones sociales y tecnológicas del proceso laboral; el capital no se presenta ahora sólo como condiciones materiales de trabajo que *no pertenecen* al obrero — la materia prima y los medios de trabajo — sino como encarnación de las *fuerzas sociales* y de las formas de su trabajo común contrapuestas a cada uno de los obreros.

«El capital se presenta también bajo la forma de trabajo pasado — en la máquina automática y en las máquinas puestas en movimiento por él —; se presenta, como es posible demostrarlo, independiente del trabajo vivo; en lugar de someterse al trabajo vivo, lo somete a sí mismo; el hombre de hierro interviene contra el hombre de carne y hueso.

«La sumisión del trabajo del hombre de carne y hueso al capital, la absorción de su trabajo por parte del capital, absorción en que está encerrada la esencia de la producción capitalista, interviene aquí como hecho tecnológico. (...).

«El dominio del trabajo pasado sobre el vivo, junto con la máquina — y con el taller mecánico basado en ésta última — no sólo deviene social, expresado en la relación entre capitalista y obrero, sino también, por así decirlo, una *verdad tecnológica*».

17. Anota Marx en *Capital y tecnología*, cit., pág. 65: «Refiriéndose al invento de una nueva máquina textil, A. Ure afirma: "De este modo la horda de los descontentos, que se creía invenciblemente atrincherada tras de las viejas líneas de la división del trabajo, ha sido atacada y vencida por los flancos y, habiendo sido aniquilados sus medios de defensa con la táctica mecánica moderna, se ha visto obligada a rendirse sin condiciones».

18. «El otro carácter profundamente innovador de las tecnologías de automatización es la ruptura del carácter estrechamente determinístico del proceso productivo, y su

sustitución por una lógica de sistema de tipo probabilístico, que ve a las diversas fases del proceso interrelacionadas de manera compleja y no necesariamente lineal. Es este carácter lo que ha llevado a muchos, como es sabido, a hablar de superación del taylorismo. Y ciertamente es una superación si del taylorismo se asume solamente el carácter, justamente, determinístico.

19. Paola Manacorda, informe citado. Ver, en un sentido similar, las consideraciones de Gilberto Mathias en el artículo cit., *Coyoacán*, cit., págs. 21-23.

20. Sobre la introducción de máquinas todavía muy poco especializadas en las fábricas Renault, a principios de siglo, dice Michel Freyssenet: «Los grados en la mecanización y la especialización de las máquinas son muy variados y van a elevarse rápidamente, echando las bases para la automatización. El maquinismo tampoco se impone de un golpe en todas las fabricaciones. En una misma fábrica coexistieron durante mucho tiempo obreros de oficio y obreros de máquina. Lo que es importante señalar es que éstos fueron considerados, en esa época, como obreros descalificados con relación a aquéllos». Sin embargo, sus conocimientos se remitan todavía directamente a los del oficio, como recuerda Alain Touraine (citado por Freyssenet): «A falta de un conocimiento riguroso de los metales y del modo de trabajo de las herramientas, era preciso confiar en la experiencia personal del obrero. El cortador de madera escoge personalmente su materia de trabajo; el tornero siente la vibración de la pieza mal fijada, demasiado profundamente atacada por la herramienta. (...) «Las antiguas perforadoras eran denominadas *sensitivas*. El perforador, como el tornero, modificaban continuamente, con movimientos delicados, la marcha de la máquina, adaptándola a la naturaleza del metal y a la precisión del trabajo que se quiere obtener» (Michel Freyssenet, *La division capitaliste du travail*, cit., pág. 42).

21. Roberto Linhart, en un estudio sobre el proceso de trabajo en las grandes unidades de refinación petrolera y de producción petroquímica de base, dice: «El proceso de producción aparece gobernado por un doble sistema de saber. Por un lado, el saber teórico: aplicación de la química a cierto número de reacciones que son desencadenadas a escala industrial, (...) Por otro lado un saber práctico, adquirido empíricamente en el lugar de trabajo por los obreros de fabricación — operadores y ayudantes de operador, pero sobre todo jefes de puesto — saber que ellos se transmiten oralmente, y lo cual no excluye, por lo demás, los particularismos entre puesto y puesto. (...) Se podría imaginar que este saber práctico se reduce a una pura y simple explicación sectorial del saber teórico. Sin embargo, no es así: hay un margen de divergencia. Constituidos a partir de bases diferentes y conservados por prácticas perfectamente distintas, los dos saberes no coinciden. *De ahí surge un desdoblamiento entre el funcionamiento oficial de la unidad de producción y su funcionamiento efectivo*. En teoría, habría de proceder de tal modo, que obedezca a la teoría química de la reacción. En la práctica, se procede de tal otro modo que corresponde mejor al funcionamiento "cómodo" puesto a punto por los tanteos de los obreros de fabricación. Por supuesto, la dirección de la empresa conoce bien ese desdoblamiento». A continuación, Linhart explica las diversas razones por las cuales la empresa acepta y hasta estimula esa situación. (Robert Linhart, "*Procés de travail et division de la classe ouvrière*", en *La division du travail — Colloque de Dourdan*, cit.) Ver en el mismo sentido, en el mismo volumen, la ponencia de Benjamin Coriat, "*Differentiation et segmentation de la force de travail dans les industries de process*".

22. "Critique", revista de estudios soviéticos y teoría socialista, Londres, núm. 3, 1974, publicó un ensayo de Chris Goodey, "*Factory Committees and the Dictatorship of the Proletariat (1918)*", en el cual se analiza el surgimiento de los consejos antes de la revolución rusa y el tipo de obreros especializados que resultaban elegidos como delegados para integrarlos.

23. En el libro citado, Antonio Negri pone el acento sobre este aspecto del proceso: «Taylorismo, fordismo, tienen

esta función inmediata: quitar el partido bolchevique a la clase, a través de la manifestación del modo de producir y la descalificación de la fuerza de trabajo, introducir por esa vía nuevas fuerzas obreras en el proceso productivo».

24. Benjamin Coriat, *Science, Technique et Capital*, Editions du Seuil, París 1976, pág. 120.

25. Benjamin Coriat, op. cit., pág. 133. En el mismo lugar, Coriat resume así su apreciación sobre "el papel histórico desempeñado por Taylor y el taylorismo": «Todo cuanto Marx anuncia en lo que se refiere a las *características específicamente capitalistas del proceso de trabajo* (parcelización de las tareas, incorporación del saber técnico en el maquinismo, carácter despótico de la dirección) Taylor, en lo que toca a él, lo *realiza*, o más exactamente le da una esfera de extensión que hasta entonces no tenía. El interés excepcional que presenta Taylor reside en que se trata de la expresión *consciente, concentrada y sistemática* de los intereses del capital en un momento estratégico de su historia. Hace conscientes a la burguesía los imperativos de la valorización del capital con relación a las formas a imprimir al proceso de trabajo, formas que Marx, en forma deductiva, anunciaba».

26. Michel Freyssenet, *La division capitaliste du travail*, Savelli, París, 1977, pág. 43. En el mismo lugar, Freyssenet registra: «Alphonse Merrheim, secretario de la Federación de Metalúrgicos CGT, escribía en 1913 en "La Vie Ouvrière": "La inteligencia es expulsada de los talleres y de las fábricas, no deben quedar allí sino brazos sin cerebros, autómatas de carne y hueso adaptados a autómatas de hierro y de acero. Si esto es lo que se llama progreso, nosotros debemos estar contra esa forma de progreso. Pero esto no es el progreso". No se puede decir más claramente que la forma de desarrollo de las fuerzas productivas está dictada por las relaciones sociales de producción».

27. Benjamin Coriat, op. cit., pág. 126. A todo lo cual el mismo autor agrega el siguiente comentario: «La idea de la "neutralidad" de las técnicas tan fuertemente ancladas entre los economistas y que corresponde a la tesis según la cual las máquinas, herramientas, medios de producción en general, poseen como objetos materiales características que son requeridas por las reglas "técnicas" de su fabricación, tiene aquí un desmentido muy neto. Por supuesto, la técnica permanece. Pero antes que la técnica, está la política, la lucha de clases y la apropiación de la técnica por el capital. Lo cual explica y hace posible que las características técnicas sean las que exige no la mayor eficacia del trabajo en general — lo que en realidad no quiere decir nada: no se trabaja "en general" sino siempre bajo determinadas relaciones de producción —, sino la maximización del producto (para hablar con rigor, hay que decir: del *plusvalor*) en las condiciones de una división del trabajo que asegura al capital el dominio sobre el proceso de trabajo. Recordemos que estos dos objetivos no son *contradictorios*. La instauración de la dominación es, en cierto modo, la condición de la extorsión máxima de plusvalor, por lo que ambos imperativos aparecen mucho más como complementarios».

27. La revista *Coyoacán* ha publicado diversos artículos sobre esta temática. Ver número 4: Francisco Leal, "La Oposición Sindical en el resurgimiento del proletariado brasileño"; Oposición Sindical "Nuevas formas de organización obrera en Brasil". Número 5: C.E.P., "Luchas obreras y desarrollo de la Ford en Gran Bretaña"; Adolfo Gilly, "los consejos de fábrica: Argentina, Bolivia, Italia". Número 6: Iris Santacruz Fabila, "Nueva industria y cambios en la clase obrera en México". Número 7/8: Tullo Vigevani, "Sindicatos, comisiones de fábrica y reorganización del movimiento obrero en Brasil (1964-1979)"; Ronaldo Munck, "El movimiento sindical en Brasil y en Argentina: estudio comparativo". Número 9: Gilberto Mathias: "Acumulación del capital proceso de trabajo y nuevas formas de las luchas obreras en América Latina"; John Humphrey, "Los obreros del automóvil y la clase obrera en Brasil"; Guillermo Almeyra, "la clase obrera en la Argentina actual"; Augusto Urteaga, "Autonomía obrera y restauración empresarial: una experiencia de comités de fábrica".

También aparecen varios artículos relacionados con estos problemas en *Cuadernos Políticos*, núms. 24, 26 y 27.

28. La FIAT italiana, por ejemplo, ha impulsado más la automatización en aquellos departamentos donde, por un lado, el proceso de trabajo la facilitaba, pero, por el otro, la resistencia obrera a trabajos pesados y nocivos era mayor y estimulaba las luchas en todo el establecimiento: soldadura, pintura, prensas. Dichas operaciones, en la planta similar de la FIAT brasileña, continúan realizándose con los métodos anteriores, con alta intensidad de trabajo vivo, pero con un fuerte control represivo-policial sobre éste, imposible en la empresa de Turín.

29. A lo cual agrega esta precisión: «Cuando hablamos de automatización, nos referimos a modificaciones tecnológicas bastante diversas, aunque todas derivadas de la misma tecnología de base, la tecnología electrónica, y de la misma concepción general, la de la integración del sistema informativo en el sistema productivo. Las diferencias entre los diversos tipos de automatización están contruidas por la mayor o menor integración de los dos procesos, por la mayor o menor globalidad y extensión de la automatización y, fundamental, por la relación entre automatización y organización de conjunto del trabajo».

Harley Shaiken explica así este control del gasto de fuerza de trabajo:

«El "sistema de administración de fábrica" por computadora da a la administración la capacidad de efectuar estudio de tiempos tanto de la producción como de los trabajadores calificados durante 24 horas por día y 7 días por semana. El sistema une una gran computadora central con un microprocesador instalado en la máquina. Cuando la máquina funciona, esto es registrado en la gran computadora central. Cuando la máquina no produce una pieza en el tiempo asignado esto resulta evidente de inmediato no sólo para la computadora esa información aparece en una pantalla de televisión en la oficina del capataz y queda registrado en hojas especiales por la computadora. La pantalla de televisión de instrucciones al capataz para que vaya a la máquina e investigue el problema. La hoja impresa es enviada también a la administración superior para su análisis. Cada minuto del tiempo del trabajador es tomado en cuenta. El registro muestra con cuántos minutos de retraso regresó de su tiempo de comida y de reposo, cuántos minutos estuvo parada la máquina sin explicación y cuántos minutos de interrupción se registraron.»

«Con este sistema ya no es el capataz quien decide disciplinar a los obreros. El se limita a cumplir las decisiones "automáticas" del sistema. Esto impide que el supervisor se vuelva "tolerante" o "amistoso" hacia el operador.»

«En una fábrica donde se instaló este sistema, los obreros idearon rápidamente una manera de tomarse un descanso y dejar que la máquina funcionara "cortando aire". Durante un tiempo, todo el mundo estuvo contento: los obreros podían controlar su ritmo de trabajo y las computadoras continuaban registrando sus números.»

«Pero entonces la administración comparó la cantidad de piezas registradas con la cantidad de piezas producidas y contraatacó conectando la computadora directamente con el motor de la máquina. Cuando una máquina corta metal, consume más energía que cuando funciona en el vacío. De este modo, la administración podía decir cuándo realmente se estaban produciendo piezas. Se terminaron los descansos no autorizados.»

«Este control gerencial sin precedentes sobre la fuerza de trabajo representa un cambio mayor en las condiciones de trabajo, cambio impuesto bajo la cobertura de la introducción de nueva tecnología. Si el objetivo fuera sólo reunir información, en cada máquina se instalaría una terminal de computadora y el trabajador pondría allí su producción al final de su turno. Entonces el trabajador estaría dando información a la computadora, en lugar de que la computadora estuviera controlando al trabajador.»

«Los sistemas de información por computadora están establecidos de modo de colocar también al obrero especializado bajo un control patronal más estrecho. Muchas de las

tradiciones de los obreros calificados adquiridas en dura lucha, tales como la prevención contra el estudio de tiempos, se ven así debilitadas y minadas por la base. En todas las áreas de la fábrica y en todos los turnos se llevan registros de las interrupciones del trabajo. Pueden llevarse en cada establecimiento aún de una empresa tan grande como la General Motors y pueden ser comparados para la investigación de diferentes tipos de respuesta ante determinada disciplina» (Harley Shaiken, *The Brave New World of Work in Auto*, "In These Times", New York, 19-25 septiembre 1979).

30. Cotas tomadas por Benjamin Coriat, *op. cit.*, pp. 111/112.

31. Marco Revelli, "La informática, dueña de la fábrica", en *Dossier Lavoro del Manifesto*, cit. En ese mismo artículo agrega Revelli: «Esta posibilidad de arrancar al obrero cuotas mayores de trabajo en el mismo arco de tiempo pasa por otro efecto significativo inducido por la informatización de la fábrica, el que podríamos llamar "efecto de desorientación", conectado con la facultad del capital de modificar continuamente su propia morfología trastocando la relación espacio-temporal en el interior del ciclo productivo. La facultad obrera de percibir y controlar las cuotas de trabajo erogado e incorporado a la mercancía —elemento de fuerza en el ciclo de luchas del último decenio— se basaba, en efecto, en la capacidad de establecer un nexo inmediato entre tiempo de trabajo y cantidad de producto (número de piezas en la unidad de tiempo), capacidad relacionada con la repetición de operaciones iguales según un orden siempre igual a sí mismo y con la posibilidad de medir los tiempos de la producción sobre un recorrido fijo en el cual el "hacerse" de la mercancía era inmediatamente ubicable. Con la facultad del capital de cambiar rápidamente el tipo de producto que pasa por el flujo de la producción y de modificar continuamente el recorrido productivo cambiando en orden diverso los segmentos del proceso productivo, la dimensión temporal resulta dilatada y comprometida según una lógica y un orden totalmente comandados por el capital y cada vez menos cognoscibles por la fuerza de trabajo, a punto tal que resulta imposible realizar un efectivo control obrero sobre la productividad del propio trabajo, es decir sobre la cantidad de trabajo erogado en la unidad de tiempo. Es todo un patrimonio de inteligencia técnico-científica obrera, acumulada en años de experiencia dentro del capital, hecha de trucos y sabiduría, de maniobras y de refinado análisis de las tareas, que es arrasado con brutalidad.»

32. Pino Ferraris, "Fiat Import", *Il Manifesto*, 24 de enero 1981, dice: «En 1979 la Fiat, importando a Italia más de 60.000 autos fabricados en el exterior, conquistaba el puesto de sexto exportador en nuestro país, por encima de la Opel y apenas por debajo de la Talbot. En 1980, seguramente, habrá subido más en la lista. No sabemos todavía cuánto importó la Fiat de Polonia y de España, pero "Business Week" nos informa que, sólo del Brasil, llegaron a Italia 150.000 motores y varios miles de autos del modelo "127". Con la caída de la Fiat exportadora (-20% en 1980) y con el crecimiento de la Fiat importadora, Agnelli parece calificarse como un útil colaborador de la buena marcha de nuestra balanza comercial. El año 1980 fue de huelgas por despidos y suspensiones masivas en la Fiat, pese a lo cual la productividad del trabajo, según cálculos de Ferraris, habría aumentado hasta un 20% en ese período.»

El proyecto más característico de esta tendencia es tal vez el nuevo "auto mundial" (worldcar) lanzado a partir de 1981 tanto por la Ford como por la General Motors. Dice al respecto Harley Shaiken: «Además de las nuevas formas de automatización en la fábrica, la tecnología de las computadoras está cambiando la forma en que las corporaciones operan en escala global. Las computadoras y las telecomunicaciones permiten que las decisiones básicas se tomen en la casa matriz, mientras la fabricación se descentraliza por todo el mundo para explotar los bajos salarios y otras ventajas en el exterior. Ford, por ejemplo, acaba de completar un nuevo centro de computación de 10 millones de dólares en Dearborn, suburbio de Detroit. Durante el día,



5.000 ingenieros y técnicos en todo Estados Unidos alimentan el sistema, y por la noche sus colegas en Gran Bretaña, Alemania, Suiza y España pueden tener acceso a la misma información y así trabajar en el mismo proyecto. Respondiendo a las decisiones básicas tomadas en Dearborn, los técnicos de Ford en todo el mundo están en condiciones de relacionarse entre sí como si estuvieran en la misma habitación.

«El nuevo auto mundial de Ford es un producto de este tipo de tecnología de computadoras. Aunque Ford lo presenta en Estados Unidos como un "luchador contra importaciones", las partes del auto se fabrican en doce países del mundo, desde Yugoslavia hasta Brasil. «Al mismo tiempo que pide restricciones a la importación de vehículos armados, Ford está expandiendo su (propia importación) de motores, transmisiones y componentes electrónicos», declaró al *Wall Street Journal* William Niskanen Jr., ex director económico de Ford. (...).

Este proceso interesa directamente a México, como lo explica a continuación el mismo ensayo:

«La tendencia hacia "fuentes" extranjeras, como se la

conoce en la industria, se ve en la construcción de fábricas de motores en México. General Motors está construyendo una planta capaz de producir 500.000 motores de seis cilindros por año; Chrysler está duplicando la capacidad anual de su fábrica, aún no terminada, hasta 440.000 unidades; Ford está construyendo una fábrica que producirá inicialmente 500.000 motores o más, y Volkswagen ha cancelado planes para una fábrica de motores en Estados Unidos a cambio de una expansión de 300.000 unidades de su actual fábrica mexicana. El mercado mexicano del automóvil, aunque crece rápidamente no se espera que supere los 500.000 autos anuales en 1985, dejando así una buena parte de estos 1.700.000 motores para exportación a Estados Unidos» (Harley Shaiken, *The New World Car*, en *"The Nation"*, New York, 11 de octubre 1980).

33. Ver, al respecto, Gianni Rigacci, *Reestructuración y reorganización en las fábricas italianas*, en este número de *Coyoacán*.

33. Paola Manacorda, y otros "L'automazione entra nella fabbrice negli uffici", *Dossier...*, cit.

34. Ernest Mandel, *El capitalismo tardío*, cit., págs. 202-203.

“Nueva Izquierda” y estrategia revolucionaria en Euskadi.

La ruptura de la corriente de “Nueva Izquierda” con Euskadiko Eskerra ha significado sin duda un fenómeno político importante en Euskadi: su rechazo de la política emprendida por la dirección de EE ha abierto en el interior de este colectivo de militantes un proceso de reflexión que puede ser positivo con vistas a avanzar en el debate y la convergencia de las diferentes fuerzas revolucionarias vascas.

Para conocer mejor sus posiciones y precisar algunas de las cuestiones estratégicas centrales que esta corriente deberá resolver, José Vicente Idoyaga, dirigente de LKI, entrevistó a finales de diciembre pasado a Bixente Serrano Izko, uno de los líderes más representativos de “Nueva Izquierda”.

Entrevista a Bixente Serrano Izko.

ENTREVISTA

—J.V. Idoyaga: Comenzando con los problemas de estrategia. En el documento que tu presentaste a la Asamblea de N.I. el 18 de diciembre, se plantean —aunque sea de forma resumida— definiciones y, en cierta forma, hasta un esquema de estrategia. Dejo para una pregunta posterior lo relacionado con la Cuestión Nacional. En dicho documento decías que «el viejo concepto de toma del poder, sigue manteniendo su vigencia». Pero a partir de una reflexión sobre las relaciones entre Estado (a veces se dice “sociedad política”) y sociedad civil, aparecen una serie de posiciones que me parecen polémicas.

El marxismo ha analizado siempre al Estado como producto de la división social del trabajo, como resultado de la autonomización de determinadas actividades superestructurales, necesaria para mantener la estructura de clases y las relaciones de producción. Las formas políticas en que esta autonomía se manifiesta han variado. Con el imperialismo y el capitalismo monopolista, la función de asegurar la dominación política de clase pasó del parlamento a lo que llamáis en el documento, la cúpula del poder político, a las instancias del aparato y la administración estatal. Y ahora, me parece evidente que hay un proceso más creciente aún de la autonomía del Estado.

Sin embargo, en vuestro documento ponéis más énfasis en la facultad de comunicación y de penetración de los conflictos de la sociedad civil en el Estado. Incluso en referencia a esa “cúpula” del poder político, las referencias son cuantitativas, habláis de “menos permeabilidad”. A partir de eso aparecen formulaciones como que «profundizar ese traspasamiento de la sociedad política por la sociedad civil... (podría) superar lo político como algo superestructural», o decís que el acceso al poder («es más una culminación de un proceso previo de transformación social»).

Aunque insistís también en que dicha transformación debe ponerse en relación con los movimientos sociales, es decir, aunque no es una estrategia parlamentarista, temo que la definición misma del lugar que ocupa la destrucción del Estado capitalista en una estrategia revolucionaria está sometida a demasiadas ambigüedades e incluso que ganar la hegemonía en la sociedad civil podría suponer por sí misma anular la autonomía del Estado («superar lo político como algo superestructural», como decís). ¿Podrías aclarar estos problemas?

—Bixente Serrano Izko: Como decimos en nuestro documento, el Estado no totaliza a la sociedad, ni es tampoco en sí mismo un todo monolítico y homogéneo sino que, en su función de garantizar el mantenimiento de la estructura de clases en unas sociedades industriales desarrolladas, tiene diferentes tipos de instancias.

La complejidad de estas sociedades europeas, en las que las clases dominadas han conquistado una serie de derechos democráticos, hace que los mecanismos por los que la función integradora-dominadora se ejerce, sean más complejos que la simple coacción-sumisión.

Así, hay instancias estatales —instituciones representativas e instituciones ideológicas sobre todo (aparato educativo, por ejemplo)— mucho más permeables a las tensiones de la sociedad civil y a los avances hacia la hegemonía del nuevo bloque histórico dominado.

La cúpula del poder político, los aparatos ejecutivos y coercitivos y los propios núcleos de la administración, son evidentemente menos permeables, pero tienen también cierta penetrabilidad. De otro modo, no sería posible para la izquierda llegar al gobierno y gobernar efectivamente.

La tendencia actual al estatismo autoritario por parte de las opciones conservadoras no es sino un intento del bloque dominante por impermeabilizar esa cúpula y autonomizarla del resto de las instancias políticas, fundamentalmente de las representativas. Si no lo consiguen a través de los mecanismos democráticos —triumfos electorales—, lo intentarán por otros medios: resistencias desde su poder económico, desde la propia administración, desde los aparatos coercitivos, etc. etc.

Si el bloque dominado llega a esa cúpula como culminación de un proceso previo de transformación social y de avances en su lucha por la hegemonía en la sociedad civil, tendrá más resortes para superar esas resistencias y para nuevos avances en el proceso de transformación social.

Así es como cobra sentido el decir que el acceso a esa cúpula no es una “condición previa” mínima para realizar la transformación social, sino mucho más “culminación de un proceso de transformación social” y, a la vez, “instrumento para garantizar nuevas posibilidades de profundizarla”.

Lo que significa también que no basta con ganar la

hegemonía en la sociedad civil para anular la autonomía y la función dominadora del Estado, pero que sí es un proceso clave para poder conseguirlo y para "superar — para intentar superar, más exactamente— lo político como algo superestructural y en definitiva impositivo o superpuesto a la realidad social". En ese intento, el acceso a la cúpula, la toma del poder, es un hito importante, pero ni es el primero ni es el último en el proceso de transformación social.

Clase obrera y "bloque histórico"

— J.V.I.: Hay una serie de temas relacionados con el papel de la clase obrera en una estrategia revolucionaria y con las relaciones entre partido revolucionario y clase obrera que me gustaría formularle. Aunque me parece claro que definís un carácter de clase a vuestro proyecto estratégico, llama un poco la atención las escasas referencias del documento del que hemos hablado en relación a afirmar señas de identidad clasista en dicho proyecto. La verdad es que, en el proceso de oposición a la política mayoritaria de EE, os ha caracterizado más la defensa de posiciones sobre represión, cuestión nacional, etc. que sobre posiciones contrarias a alianzas político-programáticas o de Gobierno con la burguesía, e incluso a temas como negativa a la co-gestión de la crisis económica, etc.

— Ahora, cuando habláis de un proyecto alternativo a la socialdemocracia, insistís en la importancia (también a mi me lo parece) de superar el "economismo". Pero la referencia a dicha superación, se realiza exclusivamente en relación a movimientos sociales como el feminista, el ecologista, etc. Es decir, no aparece ni en qué consiste la definición de ese proyecto alternativo dentro y desde dentro de la clase obrera y de los sindicatos, como tampoco aparece cuál es la vía de incorporación de esos temas a la actividad de la clase obrera. No queda claro si el centro de vuestro proyecto está en ganar la influencia mayoritaria dentro del movimiento obrero y, si es así, por dónde pasa el proyecto para conseguirlo.

— B.S.I.: El concepto de nuevo bloque histórico no es algo que amalgama a la clase obrera tradicional con otros sectores, sino que alude a una nueva situación propia de las sociedades industriales desarrolladas en la que diferentes capas sociales se ven sometidas a un proceso de proletarianización, no en el sentido clásico de dejar de pertenecer a la pequeña burguesía por ejemplo para convertirse en obreros — lo cual también se da—, sino en el sentido de que, con la crisis del keynesianismo, esas capas sociales se van encontrando cada vez más en una situación semejante a la de la clase obrera, tan dependientes como ésta de las relaciones de producción capitalistas y, por tanto, llegan a confluir con la clase obrera en intereses concretos que defender.

En ese bloque histórico nuevo, la hegemonía y el protagonismo principal en la lucha corresponde a la clase obrera por sus propias condiciones objetivas derivadas de su posición en las relaciones de producción capitalistas y por su grado de organización y de experiencia.

Pero, para que la clase obrera sea capaz de constituirse realmente en ese motor y de aglutinar a otras capas en el nuevo bloque — ya no como alianzas "frente-populistas" entre diferentes clases y diferentes partidos representantes de esas clases, sino como un nuevo conjunto orgánico y político—, tendrá que hacerse cargo de todas aquellas formas de opresión que, fruto de la complejidad de las socie-

dades industriales desarrolladas, difícilmente pueden considerarse derivadas hoy mecánicamente de la estricta lógica económica de las clases y que no sólo afectan a la clase obrera como tal sino a muchos otros sectores sociales además: la destrucción del medio ambiente, por ejemplo, o las diversas formas de discriminación de la mujer o la opresión nacional, etc.

Si la clase obrera y los propios sindicatos saben integrar todos estos aspectos en su estrategia, no sólo podrán construir el nuevo bloque histórico, no sólo podrán aglutinar en torno suyo a otros sectores sociales, sino que dotarán de nuevas dimensiones a su propio proyecto de transformación social, de revolución, superando viejos esquemas de desarrollo de fuerzas productivas como base fundamental — economicista— del proceso revolucionario e incorporando elementos que lleven a nuevas concepciones revolucionarias alternativas a planteamientos desarrollistas comunes al capitalismo y a socialismos ya conocidos.

Y esa es la barrera que, hoy por hoy, las estrategias tradicionales de las viejas izquierdas europeas —partidos socialdemócratas y comunistas— no se muestran capaces de traspasar.

— J.V.I.: Me ha llamado la atención, a decir verdad negativamente, las formulaciones que aparecen sobre la crisis económica. Como no hay formulaciones muy concretas, me resulta difícil calibrar suficientemente las propuestas que plantearíais. Habláis no obstante de "racionalizar, planificar y transformar el proceso productivo" y de "distribuir mejor tanto en trabajo como los beneficios". Aunque luego se añade que se trata de "salidas que supongan gérmenes de transformación del modelo capitalista hacia el socialismo", me queda cuando menos la sensación de que la filosofía en la que se apoyan esas propuestas puede ser la de una mera planificación diferente de la economía capitalista o incluso que en las propuestas actuales ante la crisis y el paro se podría estar en posiciones de co-gestión de la crisis.

Porque hablar de una mejor distribución de beneficios supone una formulación en positivo a favor de la existencia de esos beneficios; y añadir a ello fórmulas voluntaristas de "mejor distribución" suena demasiado a un tipo de lenguaje que ha sido usado ya por las burocracias sindicales.

En otro punto, al criticar al PSOE, parece que la alternativa se centraría en una mayor potenciación del INI. Problemas como los de nacionalizaciones de determinadas industrias, de la Banca, etc., no aparecen por ningún sitio. Como tampoco se ve un análisis y una crítica precisas en contraposición al sistema productivo capitalista como tal.

Todo esto, unido al tema que antes te he planteado sobre el papel de la clase obrera, me produce inquietud; porque me parece evidente que una ruptura por la izquierda con la política de EE y con este partido debería tener en formulaciones radicales sobre estos temas uno de sus pilares.

— B.S.I.: Las críticas al PSOE en el tema de la salida a la crisis económica, no se limitan a una mayor potenciación del sector público, sino que se dirigen a la función que éste debe cumplir. Frente a una función de creación de expectativas para la iniciativa privada y de relanzamiento del sistema capitalista en definitiva — combinada con otra función "benefactora" para paliar discriminaciones y desajustes en el propio sistema capitalista—, propugnamos una función transformadora en las relaciones mismas de producción: potenciar el sector público debe suponer potenciar instrumentos de participación de

los propios trabajadores en la planificación económica, lo que lleva en sí "gérmenes de transformación del modelo capitalista hacia el socialismo".

Nacionalizaciones, participación obrera y sindical en la planificación y en el control, descentralización de los órganos de planificación y control, cambios estructurales que afecten tanto al proceso productivo como a la distribución de los beneficios —a la administración de la plusvalía generada, tanto para su reparto social como para su reinversión—, son elementos que no pueden ser olvidados a la hora de plantearse posibles pactos sociales.

Y todo ello, no para mantener el sistema actual, sino para inyectarle nuevas dinámicas transformadoras hacia otro sistema. Si la crisis actual fuese la final, la de la destrucción del capitalismo, bastaría con alzar la bandera alternativa del socialismo puro y simple o la de la profundización de la crisis. Pero no vivimos un periodo prerrevolucionario. Sin embargo, sí que la crisis, según se actúe sobre ella desde la izquierda, puede salir fortalecida la clase obrera en cuanto a sus posibilidades de participación y de incidencia en la marcha del propio sistema para poder ir avanzando hacia la implantación final de otro, el socialista. De eso se trata en nuestro planteamiento.

Euskadi, ¿marco autónomo de la lucha de clases?

—J.V.I.: Entrando ya en el tema de la cuestión nacional. Decís que la "estrategia de autonomización del marco de lucha de clases en Euskadi es una aportación revolucionaria y presupone la superación del estatismo y del economicismo". Cuando leo vuestras posiciones sobre estos temas, me queda siempre la duda de dónde está la frontera entre desajustes en el lenguaje para una corriente política como la nuestra y reales diferencias políticas. Porque en lo que se refiere a la soberanía nacional, o una posición de que la institucionalización abarque el conjunto de Euskadi sur y la decisión de las competencias del Estado correspondan a la nacionalidad, o a que hay formas específicas de expresión de la hegemonía burguesa a través del PNV y de la vanguardia en torno a la izquierda abertzale, etc. etc. puede haber acuerdo. Lo mismo, en lo que "superar el estatismo" se refiere a favorecer vías de una "progresiva relativización del marco estatal español, de la progresiva asunción de la soberanía nacional de Euskadi" hasta la autodeterminación, puede haber un acuerdo.

Ahora bien, aún en esa federalización del Estado que defendéis, el Estado seguiría existiendo. Y, en la medida en que "el viejo concepto de la toma del poder" siga manteniendo su vigencia, me parece necesario que una estrategia socialista y revolucionaria debe plantearse a la escala en que el poder político y social está organizado, o sea, a escala estatal. Yo creo que esta concepción de la estrategia revolucionaria incluye la respuesta más adecuada a la propia reivindicación de plena soberanía nacional de Euskadi.

Quisiera que aclararas el contenido y las repercusiones de eso que llamais "estrategia de autonomización de la lucha de clases". Quisiera, en particular, que explicaras qué relaciones guarda esa concepción con la unidad de clase de los trabajadores del conjunto del Estado, así como en referencia a organizaciones como los sindicatos. Pero, sobre todo, quisiera que explicaras cómo entendéis la interrelación entre la "toma del poder" y la "autonomización" del marco de la lucha de clases".

—B.S.I.: Relativizar progresivamente el marco estatal español, asumir progresivamente "la soberanía nacional de Euskadi hasta sus últimas consecuencias libremente decididas, en el ejercicio de su derecho de autodeterminación", y hacerlo desde una perspectiva de clase, es impulsar una estrategia de autonomización del marco de lucha de clases en Euskadi que implique la propia destrucción del Estado español como tal.

Si la opresión nacional vasca no es algo que se derive mecánicamente de la lógica económica de las clases, no puede pensarse que con la simple toma del poder a nivel estatal por los trabajadores se va a solucionar el problema nacional vasco. Este se solucionará desde la lucha de los propios trabajadores vascos en primer plano que, si se constituyen en clase nacional e impulsan su lucha hasta sus últimas consecuencias, aportarán una gran fuerza para el empeño revolucionario del conjunto de los trabajadores del Estado en el que la toma del poder, la destrucción del estado capitalista y su transformación en instrumento del socialismo suponen hitos importantes.

Desde una Euskadi que forma hoy parte del marco estatal español, "tomar el poder" significa —aparte de un hito en el proceso de transformación y de hegemonía en la sociedad civil—, tanto crear un poder socialista propio, vasco, como destruir el actual poder capitalista español. En esta destrucción, las luchas del conjunto de la clase obrera en el marco estatal tendrán unos componentes comunes y otros diferenciados, pero todos ellos complementarios para un objetivo de interés común. Y desde luego, la lucha de la clase obrera vasca como clase nacional está condicionada por la lucha obrera en el conjunto estatal, pero no debe estar supeditada a ella: tal supeditación le restaría fuerza y su aportación sería menor. No sólo porque conseguiría quizás un menor arrastre de masas, sino porque ello le llevaría a no incorporar en su proyecto revolucionario todos los elementos que deben configurarlo, como serían sobre todo los derivados de las características no economicistas de la opresión nacional. La imbricación de los elementos políticos revolucionarios ligados a la conciencia nacional con los ligados a la conciencia de clase, exige, precisamente para una estrategia de toma-destrucción del poder capitalista, una estrategia nacional vasca de autonomización del marco de la lucha de clases, no opuesta sino complementaria e interrelacionada con las condiciones que se vayan creando por los avances del conjunto de los trabajadores en el marco estatal.

—J.V.I.: En las propuestas de acción más inmediata en el terreno político, planteáis temas como depuración de los aparatos de estado, derogación de la ley anti-terrorista, ampliación de libertades, etc., que me parecen muy acertados. En relación al Estatuto de Autonomía defendéis la desaparición de la LOAPA, el "desarrollo de los cauces que brinda el propio Estatuto", su "profundización y relleno sin restricciones centralistas", la unidad de todo Euskadi sur, incluyendo a Navarra, etc.

Me parece evidente que, a partir de que el Estatuto existe hay que hacer política sabiendo que existe. Además de la oposición a la LOAPA me parece bien defender que, por ejemplo, "se rellene el Estatuto sin restricciones centralistas". Pero esto es una táctica de desbordamiento de ese Estatuto. Yo creo que "desarrollando los cauces que brinda el Estatuto", esa posibilidad no cabe en el sentido estrictamente jurídico del texto, como tampoco cabe la autodeter-

minación. Por eso, creo que el tiempo que se plantea una táctica ajustada, no se debe caer en presentar este Estatuto como una vía dentro de la cual quepa la soberanía nacional. Pero ¿seguís manteniendo que el camino estatutario emprendido es el más adecuado para la emancipación nacional?; ¿pensáis, por ejemplo, que es viable el Estado federal, por no hablar de la autodeterminación, sin una ruptura del actual marco constitucional y estatutario?

— **B.S.I.**: Desbordar un marco jurídico es labor eminentemente político. En esa labor política, el desarrollo de las fórmulas jurídicas vigentes —si son al menos producto de conquistas democráticas— suele ser, en la mayoría de las situaciones, un medio que, a la vez que se ve posibilitado por la voluntad y la presión política, facilita a su vez el impulso de esa lucha política hacia nuevas metas.

Es claro que desarrollando sin más los cauces que brinda el Estatuto, seguiremos dentro de él, sin desbordarlo. Y seguiremos sin el ejercicio pleno del derecho de autodeterminación y sin el ejercicio pleno de la soberanía nacional, puesto que son derechos no reconocidos jurídicamente en el texto estatutario.

Sin embargo, no podemos olvidar que, si el propio ejercicio del derecho de autodeterminación y de la soberanía nacional son algo dinámico y político más allá de lo estrictamente jurídico, entonces el Estatuto, como conquista, supone ya un nivel de ejercicio de la autodeterminación y de la soberanía se reconozca jurídicamente o no.

Llegar en ese ejercicio hasta sus últimas consecuencias supone indudablemente superar el marco jurídico actual estatutario y constitucional, como supondrá en su momento superar también un hipotético marco jurídico federal.

Hoy, el Estatuto supone una fase del proceso, y avanzar en ese proceso exige para nosotros profundizar el Estatuto como medio para poder superarla.

“Izquierda abertzale” y Partido de clase

— **J.V.I.**: Quisiera terminar con el problema de la construcción de un partido de clase, que es uno de los temas que habéis abordado en el debate de vuestra Asamblea Nacional. Cuando habláis de remodelación de la izquierda en Euskadi, defendéis un proceso de convergencia “de diferentes sectores y tradiciones políticas”. Pero hay dos niveles diferentes en que este problema debe plantearse. El primero, el de la definición general de convergencia de todas las corrientes revolucionarias en un partido de clase y de masas. El segundo, la forma concreta de plantearse este problema a partir de lo que es ahora Nueva Izquierda tras la ruptura con EE.

Si te parece, vamos por partes.

En ocasiones, habéis escrito que la vía de construcción de partido que definís supone primero “la unidad de la izquierda abertzale” y después “la unidad de toda la izquierda”. Dejo ahora de lado el problema de la relación entre ámbito de la estrategia revolucionaria (estatal, nacional, etc.) y ámbito de partido, pues el problema es parte de lo que ya hemos hablado antes. Cifándome por tanto, a las tareas concretas en Euskadi, tendría tres preguntas interrelacionadas.

La primera, si creéis que es en la definición de una categoría ideológica —como ser abertzale— donde debe estar el terreno de definición de un proyecto de partido, o esta definición debe hacerse en relación a las tareas políticas que ese partido debe realizar.

La segunda, qué política concreta (de alianzas, de

trabajo, de debate, etc.) planteáis en ese proyecto, respecto a esos sectores obreros que apoyan a los partidos reformistas como el PSOE.

La tercera, qué política concreta y qué planteamiento se haría en relación a HB que hoy encuadra a la mayoría de los revolucionarios vascos pero que plantea una perspectiva orgánica como KAS y reconoce su dirección política en una organización armada; es decir que, al menos hoy, no se sitúa en la perspectiva de construir un partido.

Y, finalmente, que tareas concretas, formas de funcionamiento, relaciones con otras corrientes, etc., os planteáis ahora, a partir de la ruptura con EE.

— **B.S.I.**: Desde mi punto de vista, el tema no es el tiempo. No es si primero la izquierda abertzale y después el resto de la izquierda, sino que es un tema de qué proyecto y qué estrategia se plantea.

Un proyecto nacional y de clase en el que intervienen de forma clave los tres ejes políticos que señalamos en el documento, además de poseer unos elementos ideológicos propios, exige también una estrategia nacional.

Es obvio que esos elementos ideológicos y estratégicos surgen más naturalmente de la dinámica impulsada por la izquierda abertzale en Euskadi que de la impulsada por otras izquierdas. Pero de lo que se trata es de si ese proyecto es el válido o no, no de que la izquierda abertzale se una primero para imponer luego su peso en el proceso unitario de la globalidad de la izquierda. El proyecto puede ser válido, pero puede sin embargo no conseguir aglutinar a la izquierda abertzale por muy distintas razones, entre las que la insuficiente reflexión en su seno sobre la realidad puede ser una. Y puede, por el contrario, quizás, atraer antes a sectores de otras tradiciones ideológicas.

Es esa capacidad de atracción de un proyecto, derivada tanto de su validez misma como de la reflexión que las distintas experiencias de las diversas tradiciones de izquierda propicien sobre la realidad y las expectativas, la que abrirá cauces a la convergencia entre esos “diferentes sectores y tradiciones políticas”.

Pero esa convergencia no puede basarse sólo en las tareas políticas que el partido por ella conformado debe realizar. Tiene que hacer referencia también a un proyecto con sus contenidos estratégicos e ideológicos, con sus contenidos políticos en su globalidad.

De ahí que no se trate tanto de una convergencia de siglas, de partidos como tales, sino de sectores sociales. Es una dinámica impulsada por la práctica política la que conseguirá aglutinar a esos diferentes sectores y tradiciones, porque la reflexión previa necesaria no se da en el vacío, sino que viene provocada como fruto de esa dinámica. Y esa reflexión no tiene por qué darse forzosamente antes en toda la izquierda abertzale.

Y de ahí que, con referencia a los sectores que apoyan a opciones socialdemócratas o a opciones nacionales de estrategias e ideologías no acomodadas a la realidad social vasca, al PSOE o a HB, los planteamientos, desde nuestra óptica, tienen que tender a generar una dinámica política que provoque esa reflexión y esa posibilidad de convergencia.

Otra cuestión es si, dadas las condiciones actuales de una opción socialdemócrata en alza, de un HB aglutinador aún de las mayores energías revolucionarias y de un EE sometido a la atracción de ese alza socialdemócrata, es operativo erigir desde ya un nuevo partido, en torno a ese proyecto que definimos, co-

Respuesta a Godelier

El artículo de M. Godelier sobre *Los orígenes de la dominación masculina* es claramente polémico y reclama una respuesta tanto respecto a su teoría como respecto a su sustancia. Pero hay un asunto que quiero abordar antes de centrarme en algunas de las características de su tesis. Vale la pena tomar nota del contexto del cual ha surgido su versión de la idea, desafiada por las "feministas radicales" con las que polemiza, de que la dominación masculina es universal en las sociedades humanas. Este contexto ilumina tanto la forma como el contenido del artículo.

Lila Leibowitz

AUNQUE Godelier, como la mayoría de los marxistas, se opone explícitamente a la idea de que la dominación masculina tiene una base biológica, no obstante sustenta la concepción de que la dominación masculina es universal y fundamental en la organización de la sociedad humana. Esta particular interpretación de la doctrina marxista se desarrolló en Francia, donde se ha formado Godelier. Los intelectuales franceses de izquierda han expresado desde hace mucho tiempo opiniones "liberadas" sobre la sexualidad, han mantenido relaciones sexuales no conyugales bien publicitadas, han protestado contra el papel explotador de la familia bajo el capitalismo e incluso han dejado un pequeño papel en la organización o dirección de la lucha contra las discriminatorias leyes matrimoniales y hereditarias del país. La ley francesa sobre el matrimonio continuó vedando a la mujer casada el derecho a controlar propiedades tales como los medios de producción hasta 1968 (Delphy, 1980, p. 38) —razón suficiente para que las mujeres prominentes siguieran los pasos de los literatos del siglo XIX, que desaconsejaban el matrimonio. El largo retraso en organizar la oposición a tales leyes y lo reciente de su sustitución indican cuán profundamente enraizada en el pensamiento francés está la opinión de que —salvo en el caso de individualidades excepcionales— la subordinación de los status y derechos de la mujer a los del hombre es un hecho fundamental de la vida. Tan difundida está esta opinión que la elección de Marguerite Yourcenar a la prestigiosa y enteramente masculina *Académie Française* encontró la oposición de nada menos que una luminaria del firmamento antropológico marxista como Claude Lévi-Strauss, padre del estructuralismo y origen de las ideas que subyacen al artículo de Godelier, sobre la base de que era una mujer.

Es interesante que Godelier encuentre necesario introducir la presentación de su versión del modelo evolucionista de Lévi-Strauss con el reconocimiento de que «...la lucha por la igualdad social de la mujer se ha convertido en una lucha de masas... [que] debería ser parte integrante de la lucha de la clase obrera por cambiar la sociedad» (p. 4). El haber visitado los EE.UU., con su poderoso movimiento de mujeres, junto con el surgimiento del nuevo feminismo francés, sin duda ha modelado su pensamiento. Sin embargo, a pesar de esta expeditiva y prometedora introducción, tanto la forma del trabajo como su contenido recuerdan demasiado las actitudes hacia las mujeres no pertenecientes al círculo literario que saturan el escenario en que germinan sus ideas centrales. A lo largo del artículo aparecen escasos los nombres de mujeres antropólogas famosas y no tan famosas, si bien sus publicaciones no

son citadas y en la mayoría de los casos no tienen que ver con los temas del artículo. Las numerosas publicaciones recientes de antropólogas no-tan-famosas y/o "feministas radicales" que sí discuten estos temas no han sido advertidas ni citadas, y sospecho que tampoco leídas. Al lector se le da solamente una referencia, pues Godelier sólo trata de la breve introducción de Eleanor Leacock a *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado*, de Engels. Ni su audiencia ni sus adversarios reciben la atención que merecen.

Tras este reconocimiento de la legitimidad de la lucha por los derechos de la mujer, Godelier indica que, una vez que hemos reconocido que existe una serie de diferentes tipos de desigualdades sociales, «resulta crucial indicar con precisión la importancia real, o el peso específico, de cada desigualdad social dentro de la jerarquía de causas que conforman el funcionamiento y la evolución de nuestra sociedad» (p. 4), presumiblemente no sólo por la gratificación intelectual de señalar a cada una «el modo en que se articula con otras desigualdades y el impacto real en el funcionamiento de nuestra sociedad de clases» (p. 4), sino también, sugeriría yo, puesto que aquí queda sin establecer, para comprender cómo hay que combatir cada una de ellas. Determinar el fundamento y la antigüedad de la desigualdad sexual es de especial interés, puesto que esta desigualdad es más vieja que el sistema capitalista, un hecho reconocido tanto por los marxistas como por los no marxistas. No existe desacuerdo real entre Godelier y Leacock en cuanto a que los datos históricos y antropológicos, aunque estén mediatizados por el androcentrismo y el etnocentrismo, confirman que las sociedades de clases en general presentan un patrón sistemático de dominación masculina. En cambio, hay un marcado desacuerdo en cuanto a si las sociedades preclásicas, y en particular las de cazadores y recolectores, presentan semejante patrón. Las principales cuestiones en discusión, por lo tanto, son las siguientes: ¿Existió la dominación masculina en las primeras sociedades humanas, antes de que surgieran los sistemas clasistas? ¿Existe evidencia de que se haya puesto en pie una dominación masculina incluso dentro de las más igualitarias de las recientes sociedades de cazadores y recolectores? Y, finalmente, si la dominación masculina es universal en las sociedades humanas, ¿por qué lo es?

El resumen del ensayo de Eleanor Leacock que presenta Godelier es, en conjunto, una exposición correcta de sus argumentos. Subraya cómo ella usa su propio trabajo de campo y sus propios datos sobre otras sociedades para corroborar la opinión de Engels según la cual las sociedades sin estado presen-

tan poca o ninguna evidencia de desigualdad sexual. No obstante, el resumen de Leacock por Godelier está periódicamente cualificado por frases tales como: «ni siquiera este cuadro, en mi opinión, prueba la ausencia de dominación masculina» (p. 6), o: «nos encontramos aquí, por tanto, con otra sociedad en la que las mujeres disfrutaban de un grado de prestigio y poder público inimaginable en nuestras sociedades occidentales» (p. 6). Estas frases son empleadas para expresar desacuerdo con las interpretaciones de la autora sin explicar los fundamentos de tal desacuerdo. Godelier concluye este resumen diciendo que, aunque Leacock está planteando excelentes preguntas, su trabajo «exige una crítica, pues, por muy magro que sea nuestro conocimiento histórico y antropológico, por muy reducido que sea el número de casos observados, y por muy etnocéntrica y androcéntrica que sea la información así recogida, parece por el momento razonable suponer que, hasta aquí, los hombres han dominado el poder en última instancia» (p. 7). Su uso de la frase «parece por el momento razonable suponer que...» es un indicio de la manera en que emplea frases como: «Debemos aceptar entonces, provisionalmente, que...» (p. 8), «Podemos suponer que...» (p. 8), «Lo que parece innegable es que...» (p. 6), «parece estar demostrado que...» (p. 7). Las frases llaman inevitablemente a aceptar su posición (la de Godelier) sobre los puntos que están precisamente en discusión: por ejemplo, si la dominación masculina es universal, si las tareas desempeñadas por los hombres son objeto de una valoración más alta que las asignadas a la mujer en todas las sociedades, si existe por doquier una distinción entre las esferas doméstica y política de las actividades sociales, etc. De manera persistente, se nos presentan afirmaciones interpretativas o valorativas sobre los datos y se nos

pide que las aceptemos como "algo dado", cuando en realidad tales datos y la forma de interpretarlos o valorarlos son los que ocupan el centro de la discusión.

El hecho de que existe una disociación entre estas interpretaciones de los nuevos descubrimientos y los viejos datos alcanza la máxima evidencia en ese pasaje del artículo en que Godelier pasa a desarrollar su propia teoría (¡es decir, la de Levi-Strauss!) de la dominación masculina y sus orígenes. «Parece estar demostrado», escribe Godelier, que entre los aborígenes australianos «los hombres dominaban a las mujeres, monopolizando los ritos religiosos de la siembra, la fertilidad animal e incluso la de la mujer» (p. 7). (Dice esto después de señalar que Leacock deja cuidadosamente de lado este caso particular). Sin embargo, no existe semejante "demostración" a la que pueda aludirse con seguridad. En 1951, C.H. Berndt y R.M. Berndt, los más conocidos estudiosos de la sociedad australiana recientemente, en su histórico libro *Sexual Behaviour in West Arnhem Land*, escribían: «... las mujeres se mantienen en lo que podría ser descrito como igualdad con los hombres, económica, sexual e incluso ceremonialmente». Análogamente, *Tiwi Wives* (1971), de Jane Goodale, no ofrece un panorama de dominación masculina en las islas fuera de la costa del continente australiano. Como resultado de tales trabajos y bajo el estímulo del movimiento de mujeres, una serie de los llamados libros clásicos sobre Australia han sido cuestionados hasta en lo que concierne a la precisión del panorama que presentan de las relaciones sociales y sexuales de los aborígenes. Más aún, se ha lanzado la acusación de que el material recogido por Daisy Bates, que sigue sin publicarse porque era una mujer y una aficionada, fue plagiado y distorsionado por algunos de los Santos Varones de la antropología



que escribieron estos clásicos. El punto inicial del que parte Godelier para construir su modelo no solamente es cuestionable, sino también una ilustración de cómo se construyó y se construye tal modelo.

Como hemos dicho antes, el análisis de Godelier es una adaptación del modelo evolucionista creado por Levi-Strauss. El modelo de Levi-Strauss sostiene que la dominación masculina surge de la naturaleza del parentesco. Ve las estructuras abstractas como subyacen a la generación de sistemas y relaciones de parentesco como construidas a lo largo de la dicotomía entre los dos sexos. (Es interesante notar que, mientras nuestra sociedad insiste en dicotomizar el sexo y el género, las sociedades no occidentales han llegado a distinguir a la gente en términos de tres, cuatro, cinco y hasta seis sexos). Interesa recordar lo que ha ocurrido al modelo de Levi-Strauss con el transcurso del tiempo. El panorama original ofrecido de las tempranas sociedades basadas en la caza y la recolección incluía —y surgió de ellas— las siguientes generalizaciones sobre los modernos grupos de cazadores-recolectores. La inspección cuidadosa de los datos existentes en los Archivos del Área de Relaciones Humanas cuando Levi-Strauss escribió y los nuevos acumulados desde entonces han demostrado que todas estas generalizaciones eran incorrectas. La carne es el recurso alimenticio principal de los cazadores-recolectores (Falso). Sólo los hombres son responsables de conseguir la carne (Falso). Alrededor de los grupos de trabajo cooperativo de los hombres se organizan bandas de composición estable (Falso). Para mantener la eficacia de los grupos de trabajo masculinos permanecen juntos los hombres que están estrechamente relacionados, con lo que las sociedades de cazadores-recolectores son por lo general patrilineales (Falso). Son también preeminentemente patrilocales, es decir, son las mujeres las que se trasladan para estar con sus esposos (Falso). El texto de Godelier desautoriza explícitamente estos conceptos. Que las generalizaciones arriba citadas son manifiestamente incorrectas, es algo que ya no discute nadie. Todas y cada una de ellas conciernen a información fácilmente observable y perfectamente válida. El observador puede contar las calorías derivadas de la carne y de las verduras y sopesar las cantidades respectivas. Se puede comprobar fácilmente si la gente se mueve de un campamento a otro o permanece junta en bandas fuertemente vinculadas. Los grupos pueden ser patrilineales o no serlo. Las normas respecto de la residencia postmarital pueden suponer patrilocalidad o no. Al manejar tales datos, no hay espacio para la interpretación.

Otra serie de generalizaciones que fueron incorporadas al modelo original han continuado siendo un tema de discusión. Aunque derivadas inicialmente de las generalizaciones antes citadas, no obstante no han caído en desgracia. La idea de que «los hombres intercambian mujeres», si bien deriva de las generalizaciones sobre la organización de fratrías, la patrilinealidad y la patrilocalidad, no ha sucumbido ante las noticias de que en la mayoría de los grupos basados en la casa y la recolección, que no reúnen ninguna de las características arriba citadas, la gente de ambos sexos es "intercambiada" o, más bien, se mueve por los alrededores y sirve como nexos entre los grupos. De modo similar, aunque ya no se piensa que la carne constituya lo principal de la dieta ni que sea traída en exclusiva por los hombres, las piezas que

los hombres traen, se argumenta, son más altamente valoradas que las que traen las mujeres. Los teóricos que aceptan esto suelen aceptar a continuación la idea de Levi-Strauss de que, incluso en las sociedades simples, pueden distinguirse una esfera doméstica y una esfera política, y que los hombres controlan la segunda mientras las mujeres son "relegadas" a la primera, a pesar de que hay estudios (Reiter, 1975; Sacks, 1979) sobre la toma de decisiones y la localización del poder que desacreditan esta concepción. Este segundo grupo de generalizaciones forma el núcleo de la argumentación de Godelier. Estas generalizaciones dependen de cómo se juzguen unos hechos que no están todavía lo suficientemente investigados como para que ya no quede espacio para la "interpretación".

Godelier está en desacuerdo con Leacock sobre si la dominación masculina es o no universal, sobre si los datos apoyan o no esta universalidad y sobre la interpretación de las causas de esa dominación. Al igual que Levi-Strauss, Godelier ve la dominación masculina como algo que tiene su origen en una casi natural división del trabajo y que está enraizado en el nexos económico de los sistemas de parentesco de las sociedades sin acumulación de capital. En las diferencias en el trabajo ven automáticamente diferencias en el control de los recursos. Leacock y Engels no ven las diferencias en el trabajo como un indicador de diferencias en el poder, sino más bien las diferencias en el control del trabajo, es decir, las diferencias en las relaciones de capital y el acceso a los recursos, como relacionadas con la acumulación de capital y ésta, a su vez, como fundamental en la explotación de cualquier tipo, sexual, de clase o racial. Las implicaciones políticas y consecuencias programáticas de las dos concepciones son distintas. En el marco propuesto por Leacock y Engels, extirpar y rehacer las relaciones de propiedad no va a destruir la sociedad humana. Sin embargo, en el marco levi-straussiano, extirpar y destruir unos sistemas de parentesco que son el fundamento mismo de la humanidad sería destruir la sociedad. Si la dominación masculina es universal y está ligada a los sistemas de parentesco, se vuelve problemático cómo extirpar aquélla sin destruir éste. Quizás esto explique por qué quienes creen que la dominación masculina está vinculada a las raíces mismas de la organización social humana han tardado en luchar por los derechos de la mujer o en reconocer y respetar los resultados de las investigaciones y otros trabajos hechos por mujeres. □

Referencias

- Berndt, C.H. y Berndt, R.M., *Sexual Behaviour in West Arnhem Land*, Viking Fund Publications in Anthropology, 16, 1951.
- Delphy, Christine, *The Main Enemy*, *Feminist Issues*, n° 1, pp. 23-40, verano de 1980.
- Goodale, Jane, *Tiwi Wives*, University of Washington Press, Seattle, Washington, 1971.
- Leacock, Eleanor, *Introduction to F. Engels, The Origin of the Family, Private Property and the State*, pp. 7-67, International Publishers, Nueva York y Londres, 1972.
- Reiter, Payne, editor, *Toward an Anthropology of Women*, Monthly Review Press, Nueva York y Londres, 1975.
- Sacks, Karen, *Sisters and Wives: The Past and Future of Sexual Equality*, Greenwood Press, Westport, Conn., y Londres, 1979.

Las huelgas obreras en Francia desde el 10 de Mayo

Jacques Kergoat

Si mayo y junio de 1968 abrieron en Francia un nuevo periodo de la lucha de clases, desde entonces se sucedieron una serie de fases con grandes contrastes que puede ser útil recordar.

La situación inmediatamente posterior a Mayo del 68 es esencialmente un periodo de pasividad obrera. Se da un cierto progreso en el nivel de organización, en lo que se refiere a los sindicatos CGT y CFDT. Pero en cuanto a las organizaciones políticas, el PCF conoce un estancamiento y la socialdemocracia sigue con una entidad mínima. Los resultados de las elecciones, tanto sindicales como políticas, muestran un cierto retroceso de las organizaciones obreras. Y sobre todo, el número de jornadas perdidas por huelga desciende a un nivel inferior al de la etapa anterior al 68.

es un periodo favorable para la patronal. Pero la euforia le durará poco: desde comienzos de 1971, la distribución de la renta se hace de nuevo a expensas de los capitalista. La burguesía intenta entonces atacar sucesivamente a los salarios y al empleo, y concentra finalmente su ofensiva en las condiciones de trabajo. La resistencia obrera está viva. No afecta sólo a algunos sectores marginales y "ejemplares", como se dijo con frecuencia entonces, sino a la mayoría de la clase obrera. En 1971 y 1972, el número de jornadas de huelga es el doble respecto a los años anteriores. Pero esas luchas chocan con la hostilidad abierta del PCF y de la CGT, que ven resurgir el espectro de Mayo del 68 y denuncian en cada conflicto un complot del poder. La ausencia de perspectivas políticas sigue dominando la situación y crea dificultades a los reformistas.

Ascenso de las luchas y Programa Común

A finales de 1972, se encuentra un atajo: se firma el Programa Común entre el PCF y el "nuevo" PS, cuyo congreso de Epinay ha dado la dirección a François Mitterrand y que está en proceso de reconstrucción (1). Ese programa común, al que los radicales de izquierda se adherirán poco después, tiene como función canalizar la radicalización obrera. Pero ésta tiene en cuenta sobre todo las perspectivas políticas abiertas y la recuperación de la unidad, que se extenderá pronto al terreno sindical. La combatividad obrera se ve así estimulada: el número de jornadas de huelga aumenta, mientras que la lucha de Lip sistematiza la mayor parte de las enseñanzas de Mayo del 68 (2). 1973, primer año después del Programa Común y último antes de la crisis, es un año de transición: la CGT adopta ante las luchas una táctica más flexible; hay un ascenso electoral de los partidos obreros y éste coincide por primera vez con un cierto reforzamiento organizativo, beneficiándose de ambos fenómenos el PS.

Cuando la crisis estalla en otoño de 1974, no provoca ningún reflujo: el número de jornadas de huelga aumenta, el de los afiliados a los sindicatos sigue siendo estable, pero crecen los efectivos de las organizaciones políticas obreras, al igual que los

votos que obtienen en las elecciones.

Esta tendencia culmina con los éxitos de la Unión de la Izquierda en las elecciones municipales de 1977. Se van acumulando entonces los factores que hacen más creíble una victoria de la Unión de la izquierda en las elecciones legislativas de marzo de 1978. Esa victoria puede lograrse sobre la base de un ascenso de las luchas obreras, de un movimiento de masas cuya dinámica puede ser difícil de controlar por los reformistas. Frente a esa situación, CGT y CFDT preconizan una tregua en la lucha. Consiguen así que el número de jornadas de huelga descienda a la mitad en 1977. Pero esto puede no ser suficiente para impedir la dinámica abierta. Las direcciones obreras tratarán entonces de recurrir de nuevo a la política de división, y se produce la ruptura de la Unión de la izquierda.

Con el fracaso de las legislativas del 78, se produce la desmoralización y desciende la combatividad: el número de jornadas de huelga disminuye en 1978 y 1979 y llega al mínimo en 1980 — con la cifra más baja desde 1965 —, a partir del momento en que la división se oficializa también a nivel sindical. Los efectivos de las organizaciones obreras, tanto políticas como sindicales, disminuyen. Sin embargo, la división no afecta en lo fundamental al nivel de conciencia de clase medio. Ya que la división sindical no permitía echar al gobierno a través de la movilización, los trabajadores buscan empíricamente la vía electoral para intentar hacer fracasar la política de división. Y se conseguirá con éxito el 10 de mayo y el 26 de junio de 1981.

Dentro de ese contexto deberemos realizar ahora el estudio de la curva de huelgas desde el 10 de mayo. Si bien es verdad que tenemos que hablar de un "nuevo ciclo de luchas", conviene sin embargo ser precisos: no hemos salido en absoluto del periodo abierto por Mayo del 68. El 10 de mayo no ha supuesto ni un borrón y cuenta nueva, ni recomenzar desde cero. Las experiencias adquiridas desde Mayo del 68 siguen siendo una componente esencial de la clase obrera actual. Lo que sí es verdad, por el contrario, es que la sobredeterminación política de las luchas — o sea, las expectativas y actitudes ante un gobierno de izquierda — es particularmente fuerte. Nunca desde 1936 los trabajadores se habían encontrado en una situación semejante (3).

Evidentemente, las diferencias son sin embargo considerables entre la situación de 1936 y la actual. Así, la huelga del 12 de febrero de 1934 afectó profundamente a la clase obrera. La unidad sindical fue conquistada y la unidad política se impuso. Junio del 36 se situó en la cresta de la ola unitaria que recorrió a la clase obrera desde hacía dos años. Mayo del 81 se produjo precisamente cuando la política de división abiertamente aplicada desde hacía varios años llegaba a su cénit.

En los doce meses que siguen a junio del 81, sólo analizaremos las cifras de las huelgas. Naturalmente, éstas no reflejan por sí solas toda la combatividad, al igual que ésta no basta para valorar la "radicalización" obrera. Esos datos ofrecen sin em-

bargo, pese a las insuficiencias del aparato estadístico, un índice útil.

El 10 de Mayo abre un nuevo ciclo de luchas

La primera observación que hay que hacer es la de que se da una nueva intensificación de las luchas. En comparación con el mismo período de referencia de 1980-81 —aunque sea cierto que hubo escasa actividad—, el número de conflictos localizados aumenta en más del 50% y el de jornadas perdidas por huelga se dobla. Ni las huelgas ni las jornadas perdidas adquieren el nivel que habían tenido en los primeros años de la crisis. Pero su orden de importancia es comparable al de los años 77-80, sobre todo en lo que se refiere a los conflictos localizados. Y la determinación con la que esos conflictos se desarrollan va en progreso: un censo parcial hecho en ese período señala 428 conflictos con ocupación frente a 177 en 1980-81, y 241 en 1979-80.

No es forzosamente en los sectores industriales con fuerte tradición sindical donde la combatividad ha sido más elevada. Entre los sectores donde el número de jornadas de huelga ha aumentado mucho, destacan el del automóvil y la minería. Pero encontramos también en el pelotón de cola de la combatividad otros como químicas, artes gráficas, astilleros y EDF (4).

Pero, sobre todo, los sectores en los que la combatividad ha sido mayor agrupan junto a actividades "terciarias" como banca, otros muchos cuya característica común —además de su escaso dinamismo económico— es la de contar con centros de gran dimensión: ése es el caso del textil, el cuero, el comercio y la construcción.

En cuanto a los motivos de conflicto, los datos accesibles deben ser valorados con prudencia. El examen de las diversas fases hace aparecer sin embargo que son la cuestión de la duración del tiempo de trabajo y la de los salarios las que han provocado con mayor frecuencia el cese del trabajo. En general, podríamos añadir dos observaciones interesantes en la medida que se trata de datos un poco ocultados por los conflictos "piloto" que se dieron. La primera es que los conflictos "de derecho" (derechos sindicales, represión, etc.) han disminuido: la evolución al filo de los meses lo demuestra, más aún si se compara con el período anterior. Citroën y Talbot han demostrado la importancia de la resistencia patronal en empresas donde los derechos sindicales más elementales estaban especialmente perseguidos. Pero, en general, el retraso y la lentitud en las discusiones del proyecto de ley Auroux (5) no han facilitado la movilización, mientras que una parte importante de la patronal prefería llegar a compromisos en ese terreno y pasar a la ofensiva en otros.

La segunda es la disminución de los conflictos sobre el empleo. En ese sentido, la larga lucha de Bella y de Elastelle (6) no han representado un fenómeno general. Esto no quiere decir que los problemas de empleo sean menos graves ni que los trabajadores sean menos sensibles a esta cuestión. Pero sí refleja simplemente que otros problemas (tiempo de trabajo, salarios) han pasado al primer plano de sus preocupaciones durante este período. Veamos ahora la evolución. La fase que sigue inmediatamente a las elecciones legislativas se confunde con los meses de vacaciones de julio y agosto. Es en general poco significativa. En 1981

esos dos meses traducen sin embargo una combatividad obrera que continúa en descenso: sólo el textil se mueve en ese período y globalmente el número de jornadas perdidas es menor que los años anteriores. Un índice puede no obstante llamar la atención: el número de conflictos registrados es notablemente más elevado que en 1980. Un número nada despreciable de esos conflictos se refiere a la cuestión del empleo, lo cual explica quizás la cifra de huelgas con ocupación: 29 frente a 17 en el 80 y 21 en el 79 para el mismo período de tiempo.

Septiembre de 1981 — Enero de 1982

La segunda fase va desde septiembre hasta el mes de enero incluido. Las características de esos cinco meses son globalmente las mismas:

- el número de conflictos no sólo ha alcanzado y superado la cifra del período 80-81, sino que se sitúa ya en la media de los años anteriores: un poco por debajo en septiembre y octubre, por encima de la media en noviembre, diciembre y enero.

- el número de jornadas perdidas sigue una evolución semejante, pero más lentamente: supera desde septiembre las cifras de 1980-81, pero hay que esperar a enero para que alcance el nivel de 1977-80.

- otro elemento ha de ser considerado en este período: la participación en las huelgas es particularmente débil, inferior a partir del mes de octubre a la registrada para los mismos meses en 1980-81, pero también muy inferior a la media de toda la etapa que analizamos. Se constata así que en cada empresa es sólo una fracción de trabajadores la que tiene la firme convicción de que "hay que empujar". Esta fracción es importante y activa. Pero, entre los que siguen normalmente las consignas reivindicativas en la empresa, una parte parece no valorar como necesario optar por la realización de paros.

La participación restringida en una serie de conflictos en la siderurgia, así como las dificultades para extender la lucha en Renault-Sandouville, revelan esa situación. No se trata de atentismo, sino, para una capa de trabajadores, más bien de esperar a ver qué pasa. La reflexión de un obrero de Flins ("No nos toca a nosotros parar por nuestras reivindicaciones; son ellos, los de arriba, los que deben hacer una ley que las reconozca") expresa bastante bien esa actitud.

Los conflictos sobre el empleo disminuyen: los salarios y la reducción del tiempo de trabajo pasan así al primer plano de las preocupaciones. Por eso, la explicación del número de conflictos con ocupación como característica de los conflictos sobre el empleo no basta: pero el número de conflictos con ocupación sigue siendo superior al de los años precedentes: 170, frente a 59 para el mismo período de 1980-81, y 124 en el 79-80.

El sector de la construcción es especialmente activo en todo este período. Pero las huelgas también son numerosas en la siderurgia, la construcción mecánica y la construcción eléctrica en el mes de octubre, en el automóvil, la confección y banca en noviembre, en el cuero en diciembre, en fundición y sanidad en enero. Se trata en todos esos casos de conflictos "localizados". Los conflictos "generalizados", de los que hablaremos más adelante, siguen siendo muy raros en todo este período. Esto se demuestra especialmente en el mes de octubre, mes tradicional de jornadas de acción sindicales. Se con-

tabilizan 2.100 jornadas perdidas por conflictos generalizados, frente a 107.000 jornadas perdidas de media para los mismos meses en los seis años precedentes, o sea, una relación de 1 a 51.

Febrero-Marzo: Acumulación de conflictos sobre las 39 horas

La tercera fase incluye los meses de febrero y marzo. El estallido de conflictos en torno a la aplicación del decreto-ley sobre las 39 horas (7) hace que tanto por el número de conflictos como por las jornadas perdidas esta fase alcance las cotas más elevadas después de 1974. Esto es especialmente evidente en el mes de febrero que, de todos los meses de febrero desde 1974, registra el mayor número de conflictos, el mayor también de centros afectados, de huelguistas y de participación en general. Este último aspecto constituye por sí sólo un elemento nuevo: contrariamente a los meses anteriores, la participación de los trabajadores en los conflictos alcanza en febrero y marzo tasas especialmente elevadas: 45,05% y 41,81%, respectivamente. En la mayor parte de los casos, esta vez la mayoría de trabajadores afectados participa en la huelga. Esta se organiza con frecuencia contra las tentativas patronales de poner en cuestión lo que había sido conquistado antes.

Otro dato es de destacar estos dos meses: la duración de los conflictos aumenta, no sólo en relación al período precedente al de la elección presidencial sino también comparándola con todo el que va desde 1974. Y esto refleja dos cosas. La primera, que no es válida la imagen de una patronal traumatizada por la victoria de la izquierda, que estuviera convencida de que la relación de fuerzas le es desfavorable y se dispusiera a ceder ante las reivindicaciones incluso antes de que fueran formuladas. Por el contrario, la resistencia patronal es fuerte y se organiza bien. La segunda es que la disposición a la lucha obrera no es menor: se trata de conflictos de larga duración que se desarrollan en este período y que sólo detendrá en muchos casos la declaración presidencial sobre las compensaciones salariales y las concesiones patronales que le siguen.

La mayoría de los sectores industriales se ve afectada por las huelgas. El aumento súbito del número de jornadas perdidas es especialmente visible en el caucho, la minería y el automóvil. Las excepciones más notables son por el contrario EDF, la siderurgia, y parte del textil, cuyo número de jornadas perdidas sigue siendo comparativamente bajo. La presión de la base es suficientemente fuerte para que se registre durante este período un cierto aumento de conflictos generalizados: el desfase respecto a la media de los años anteriores, en lo que se refiere a jornadas perdidas, se reduce: ya es sólo de 1 a 5 en febrero y de 1 a 3 en marzo.

En cuanto a los motivos, el porcentaje de conflictos que giran sobre las condiciones de trabajo, sobre el empleo y sobre derechos sindicales, parece disminuir bastante. Por desgracia, los sondeos del ministerio continúan agrupando en esos dos meses dentro de la misma categoría los salarios y la disminución del tiempo de trabajo, lo que no permite una valoración exacta de los motivos de las huelgas. Un sondeo parcial (que se refiere a 317 conflictos de un total de 660) fue efectuado sobre el mes de febrero, el mes más significativo: el 73,8% de esos conflictos se produce por la reducción del tiempo de trabajo. Y entre las huelgas por ese motivo, la cuestión de la compensación salarial aparece en el 81% de casos, la

defensa de otras ventajas conquistadas en el 26%, y las modalidades de reducción en el 5%.

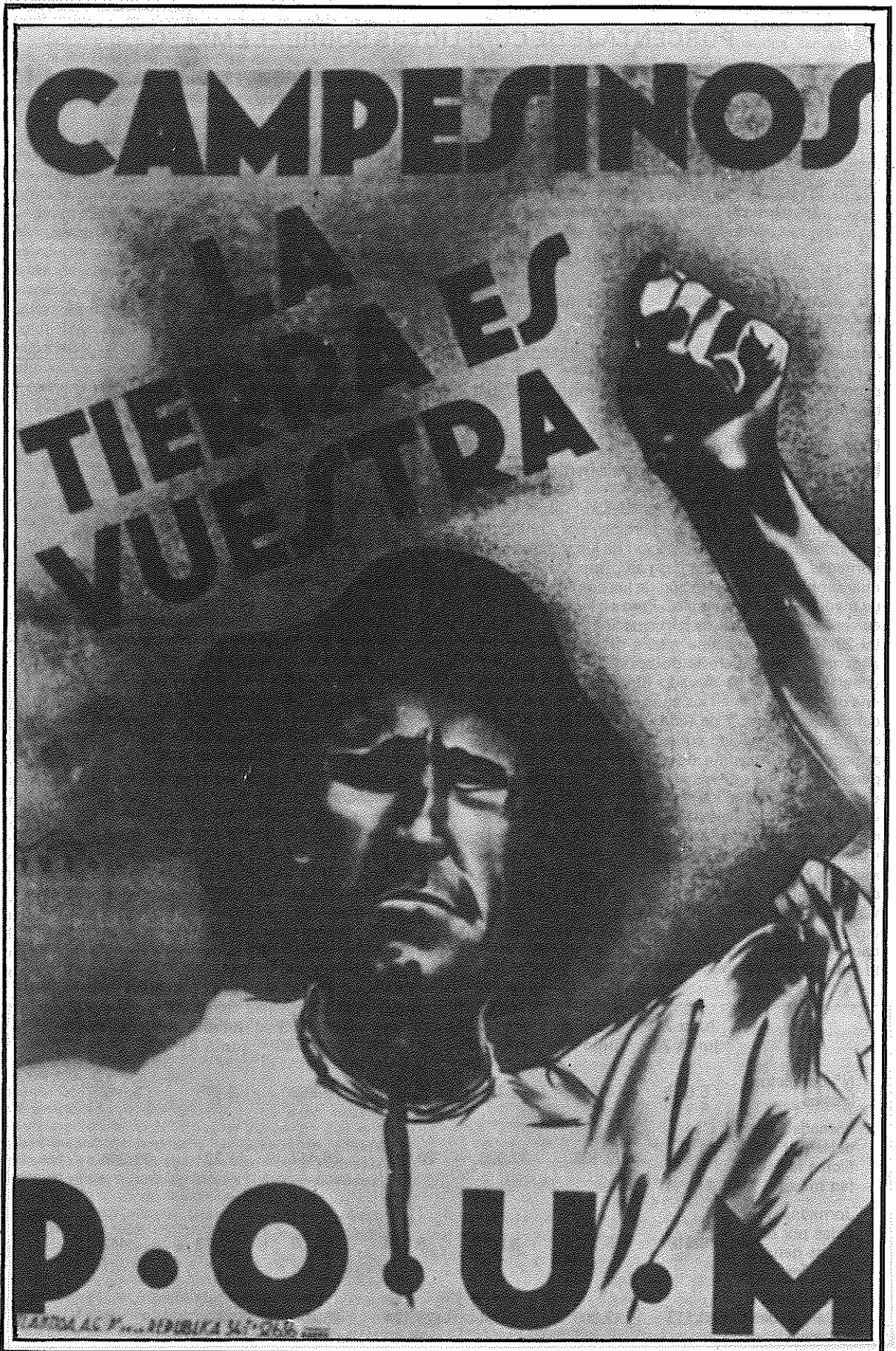
Citroën y Talbot, en mayo y junio

La cuarta fase es la que abarca los meses de abril, mayo y junio. El número de conflictos y de jornadas perdidas se estabiliza a un nivel próximo al período 77-80: un nivel menor que el de los primeros años de la crisis, pero que sigue siendo relativamente elevado: hay más del doble de jornadas perdidas en relación con el período anterior a la elección presidencial. La participación sin embargo desciende sensiblemente: sólo una cuarta parte de los trabajadores de cada empresa opta por entrar en lucha, pero lo hace con mucha decisión: la duración media de los conflictos es en esos tres meses la más larga que se haya conocido desde 1974, y el número de conflictos con ocupación es muy elevado: 92 frente a 50 en 1981, 56 en 1980 y 78 en 1979. Y de nuevo queda evidente el escaso número de conflictos generalizados. Mayo es precisamente otro mes del año tradicionalmente considerado por las direcciones sindicales como propicio para las acciones interprofesionales y las movilizaciones de conjunto: en cuanto a jornadas perdidas, el desfase es esta vez, siempre en comparación con la media de los años precedentes, de 1 a 110.

En lo que se refiere a conflictos localizados, la actividad huelguística sigue siendo intensa en banca, en la siderurgia, en la transformación de materias plásticas y en la construcción. Pero es sobre todo en el automóvil donde el número de jornadas perdidas aumenta en flecha en mayo y junio: por sí solos, esos dos meses representan la mitad de las jornadas perdidas en doce meses en ese sector.

Pese al hecho de que destacan entonces las luchas de Talbot y de Citroën en el automóvil, los conflictos sobre derechos sindicales no encuentran en ese período los porcentajes de antes de febrero y marzo, al igual que sucede con las que se dan sobre el empleo. Lo que llama la atención por el contrario son dos datos que esta vez es posible distinguir, ya que a partir de abril el ministerio diferencia entre reivindicaciones salariales y reivindicaciones sobre la duración del tiempo de trabajo. El primero es la continuación de toda una serie de conflictos sobre la reducción del tiempo de trabajo: representan la tercera parte de los conflictos en abril y la cuarta en mayo. Las modalidades de aplicación del decreto-ley sobre las 39 horas provocan todavía numerosas tensiones, mucho después incluso de la interpretación presidencial. Y el segundo dato es el aumento considerable de jornadas perdidas por estrictos conflictos salariales a partir del mes de junio (84%, según el sondeo ministerial), aumento que es a la vez una anticipación de la congelación de salarios y una consecuencia de ésta, ya que se produce oficialmente a mediados de junio.

Puede ser útil, como conclusión, referirnos a los conflictos generalizados (jornadas de acción nacionales, huelgas plurisectoriales que afectan a una región, o las que afectan a todo un sector). Hay que estudiarlos aparte, ya que esas huelgas tienen siempre algo en común: proceden de consignas exteriores a la empresa. Mientras que los conflictos localizados dependen de la decisión de las secciones o sindicatos de la empresa o del centro en cuestión y en ese sentido pueden reflejar más directamente la voluntad de la base, los conflictos generalizados



PORCENTAJE DE CONFLICTOS SOBRE EL EMPLEO

1 ^{er} trimestre 1981 27%	2 ^o trimestre 1981 20%	1 ^{er} trimestre 1982 9%	2 ^o trimestre 1982 13%
---------------------------------------	--------------------------------------	--------------------------------------	--------------------------------------

PORCENTAJE DE JORNADAS PERDIDAS POR CONFLICTOS SOBRE EMPLEO

1 ^{er} trimestre 1981 41%	2 ^o trimestre 1981 21%	1 ^{er} trimestre 1982 15%	2 ^o trimestre 1982 8%
---------------------------------------	--------------------------------------	---------------------------------------	-------------------------------------

PORCENTAJE DE CONFLICTOS SOBRE DERECHOS SINDICALES

1 ^{er} trimestre 1981 24%	2 ^o trimestre 1981 15%	1 ^{er} trimestre 1982 7%	2 ^o trimestre 1982 11%
---------------------------------------	--------------------------------------	--------------------------------------	--------------------------------------

PORCENTAJE DE JORNADAS PERDIDAS POR CONFLICTOS SOBRE DERECHOS SINDICALES

1 ^{er} trimestre 1981 11%	2 ^o trimestre 1981 8%	1 ^{er} trimestre 1982 2%	2 ^o trimestre 1982 4%
---------------------------------------	-------------------------------------	--------------------------------------	-------------------------------------

suponen la intervención en uno u otro nivel del aparato sindical.

Congelación de los salarios... y bloqueo de las direcciones sindicales

Podría pensarse que varios factores explican el escaso número de jornadas perdidas por conflictos generalizados: débil participación de los trabajadores (jornadas de acción "fantasmas", etc.) o carácter muy simbólico de la duración de los conflictos (paros de media hora, por ejemplo). Pero no se trata de eso: es verdad que la tasa de participación ha disminuido (el 20,47% frente a una media del 32,61% en los años anteriores), pero la duración de los conflictos generalizados se ha elevado (una jornada, frente a una media de 0,7% en los años anteriores). Una cosa compensa la otra. Y de todas maneras eso no explicaría que haya habido en los doce meses siguientes al cambio de mayoría, doce veces menos jornadas perdidas que las que había habido como media para el mismo período en los seis años anteriores: se trata de la cifra más baja desde 1975, menos elevada incluso que en los doce meses anteriores a la elección presidencial, período en el que las confederaciones sindicales habían alcanzado su mayor grado de inactividad. Es pues el escaso número de iniciativas de las direcciones sindicales el que está aquí en cuestión: éstas se jactan demasiado de esa inactividad y del seudorealismo que refleja como para no tenerlo en cuenta.

Porcentaje de conflictos generalizados en el total de jornadas perdidas

1975-76:	11,21%
1976-77:	36,68%
1977-78:	12,37%
1978-79:	20,25%
1979-80:	5,90%
1980-81:	4,05%
1981-82:	1,87%

El hecho de que esas direcciones hayan podido permitirse hasta ahora semejante actitud nos remite al contexto político y a la forma en que las expectativas y comportamientos ante un gobierno de izquierda no se expresan homogéneamente dentro de la clase obrera. Desde ese punto de vista, no hay que extrañarse de que no sean forzosamente los sectores más sindicados, más concentrados y de mayor tradición los que hayan estado a la cabeza de las luchas. Abundan ejemplos de empresas donde las discusiones políticas son muy intensas, pero en las que se duda en lanzar una huelga, y otras en las que el nivel político sigue siendo bajo y los debates inexistentes, pero donde la disposición a luchar es mayor y choca con pocas reticencias. Desde ese punto de vista, Citroën y Talbot no pueden ser considerados como conflictos representativos del sector metalúrgico. Se

	julio 75 junio 76	julio 76 junio 77	julio 77 junio 78	julio 78 junio 79	julio 79 junio 80	julio 80 junio 81	julio 81 junio 82
Nº conflictos locales	5.618	4.516	3.241	3.608	3.889	2.475	3.947
Jornadas perdidas por conflictos locales (en miles)	44.495	27.102	22.926	20.036	26.417	11.221	23.206
Jornadas perdidas por conflictos general. (en miles)	5.618	15.706	3.238	5.088	1.659	473	442
Total de jornadas perdidas (en miles)	50.113	42.808	26.164	25.124	28.076	11.694	23.599

trata de luchas en centros hasta ahora poco politizados, y en donde la patronal había impuesto condiciones de explotación especialmente duras. En resumen, representan un "10 de mayo de los OS" (9), la voluntad de "poner el reloj en hora", y no las premisas de la movilización masiva de todo un sector.

Habría que preguntarse si la congelación de salarios y las diversas medidas de austeridad que lo han acompañado han modificado las condiciones en que sigue influyendo el contexto político. Los conflictos de julio y agosto del 82 ofrecen algunos síntomas: han girado esencialmente en torno a los salarios. Han concluido generalmente con éxitos (en la mayor parte de casos, han conducido a acuerdos que no respetan la congelación de salarios), pero se han desarrollado en pequeñas empresas (el 82% de los conflictos, en empresas de menos de 200 asalariados, y de ellos 57% en empresas de 100 asalariados) y la victoria en esos conflictos es además inversamente proporcional a la dimensión de la empresa: cuanto mayor es esa dimensión, menos acuerdos hay que superen la congelación de salarios.

Lo que sí está claro es que cuando haya que salir del bloqueo, las federaciones obreras pondrán todo su peso para frenar las reacciones obreras. Y harán esto con más interés si cabe ya que entonces estaremos en la preparación de las elecciones municipales. En sectores donde tanto las estructuras de la empresa como los hábitos de lucha hacen que las reivindicaciones se expresen más mediante conflictos generalizados que a través de conflictos locales (Administración, EDF, SNCF (10), etc.), el peso de las direcciones será fundamental. No bastará sin embargo con la actitud de esas direcciones para que se pueda impedir la expresión de la combatividad obrera. Pero nadie puede adelantar ahora, teniendo en cuenta las intenciones del gobierno y la convocatoria de las elecciones municipales, cuándo y cómo surgirán las próximas luchas.

5 de octubre de 1982
(Artículo publicado en
"Critique Communiste", n° 13,
revista de la LCR de Francia)

NOTAS

(1) En 1965, François Mitterrand, dirigente de la "Convención de Instituciones Republicanas", un grupo de notables burgueses, es nombrado presidente de la FGDS (Federación de la Izquierda Democrática y Socialista), coalición de la "Convención", con el Partido Socialista y el Partido Radical. Se presenta a las elecciones presidenciales de ese mismo año, consiguiendo poner en "ballottage" al general De Gaulle es decir, forzando una segunda vuelta de las elecciones, ya que De Gaulle no logró obtener la mayoría absoluta en la 1ª vuelta (por cierto que el PCF apoyó incondicionalmente la candidatura de Mitterrand, retirando su candidato. Un grupo de militantes de las juventudes se opuso a esta decisión y fueron expulsados: su dirigente más conocido se llamaba Alain Krivine...).

Estos son los últimos peldaños de la ascensión de Mitterrand a la secretaría general del PS, que conseguiría en el Congreso de Epinay en 1971.

(2) En 1973 se desarrolló a lo largo de varios meses la huelga, ocupación y la experiencia autogestionaria en la fábrica de relojes LIP, la lucha que mejor simboliza las aspiraciones, y las ilusiones despertadas por Mayo del 68.

(3) En junio del 36 se desarrolló en Francia la gran ola de

huelgas con ocupación que siguió a la victoria del Frente Popular, en las elecciones generales de Mayo. Para detener este movimiento se firman los acuerdos llamados de Matignon, que modificaron profundamente las relaciones laborales en Francia: entre otras medidas, estos acuerdos establecieron la jornada de 40 horas pagadas como 48 (es decir, sin disminución de salarios).

(4) "Electricité de France", nombre de la Compañía Nacional francesa de electricidad.

(5) Jean Auroux es el Ministro de Trabajo del gobierno francés. El informe y la ley que llevan su nombre proyectan la reforma de las relaciones laborales y los derechos sindicales. Han sido criticados violentamente por la patronal, pese a tratarse de normas muy moderadas, que han provocado también protestas en la izquierda, incluso dentro del PS: entre las normas proyectadas están, por ejemplo, la obligación de negociación colectiva anual, la obligación de que el reglamento interior de la empresa sea discutido con los sindicatos, la obligación de notificar las razones de una sanción al sancionado, etc.

(6) Bella en Perpignan y Ellastelle en Puy son dos ejemplos típicos de luchas por el mantenimiento del empleo en empresas amenazadas de cierre, que se han desarrollado bajo el gobierno de izquierdas. En los dos casos, durante largo tiempo, los trabajadores y trabajadoras de estas empresas han reclamado al gobierno que sean nacionalizadas, como vía para garantizar sus puestos de trabajo. Pero el gobierno y el PS y el PC como tales, han forzado compromisos que han supuesto despidos y que se mantenga la amenaza de cierre definitivo de las empresas.

(7) El decreto-ley del gobierno Mauroy estableciendo la jornada de 39 horas provocó fuertes debates en el movimiento obrero francés, especialmente porque la medida gubernamental era ambigua sobre si la reducción de jornada suponía o no disminución de salarios. El 10 de febrero, F. Mitterrand se vio obligado a intervenir en las discusiones aclarando que no habría disminución de salarios. Esta declaración sería matizada por el gobierno, indicando, por ejemplo, que Mitterrand se refería solamente a "la mayoría de los trabajadores".

(8) Las huelgas de Citroën-Talbot han sido probablemente las más duras que han tenido lugar bajo el gobierno Mauroy. Protagonizada por "OS" (categoría más baja en las empresas, aunque el nombre "obrero especializado" parezca indicar lo contrario; la gran mayoría de los emigrantes son "OS"), la lucha se dirigió contra el sistema de relaciones laborales vigentes en Citroën, basado en una verdadera dictadura, de los sindicatos amarillos CSL y por un aumento salarial mensual de 400 FF (6.400 pts). La huelga terminó con la victoria de los trabajadores.

(9) Referencia a la fecha de la victoria de F. Mitterrand el 10 de Mayo de 1981 y a los muy escasos beneficios que las capas más explotadas de la clase obrera han obtenido de esta victoria. Así, cuando las luchas de los OS de Citroën, Renault-Flins etc., pudo decirse que era necesario "un 10 de Mayo de los OS".

(10) Nombre de la empresa nacional de ferrocarriles franceses.

El papel de la Iglesia en Polonia

El excepcional peso político y social que la Iglesia católica ha alcanzado en los últimos años en Polonia (y que a veces le ha sido atribuido en medida incluso superior a la real, no solamente por los *mass-media* occidentales, sino incluso por las mismas autoridades polacas) ha determinado un interés creciente por lo que se ha dado en llamar "la anomalía polaca" (1). De hecho, sin duda alguna, un peso tal no se encuentra no sólo en otros países de Europa del este, sino tansiquiera en otras naciones europeas ultracatólicas, Italia, España, e incluso Irlanda.

Antonio Moscato

SIN embargo, en la mayor parte de los casos, para intentar explicar la fuerza del catolicismo en Polonia, se insiste sobre todo en el papel jugado por la Iglesia durante los años del "reparto" o durante la resistencia antialemana, dejando inevitablemente en un segundo plano la especificidad del movimiento católico en el interior de las contradicciones de un país del "socialismo real".

Tal y como recordábamos en un artículo de otoño de 1980, titulado "Por qué el catolicismo es tan fuerte en Polonia", se trata, más que de una extraordinaria "persistencia" de un pasado católico, de un fenómeno de "crecimiento y despertar religioso", que si bien tiene las raíces también en el pasado, está alimentado esencialmente por las tensiones e inquietudes existentes del presente (2).

Naturalmente todos los comentaristas que recuerdan el papel tradicional de la Iglesia en los años en que Polonia perdió su autonomía nacional, no solo se basan en un dato que es históricamente exacto, sino también en un argumento muy utilizado actualmente por los católicos polacos. E incluso ello, por sí sólo, resultaría sin duda alguna insuficiente para entender por qué la inmensa mayoría no sólo de los polacos en general, sino incluso de los mismos militantes y dirigentes de *Solidarnosc* (y de los militantes y cuadros intermedios del POUPI) son católicos. La historia de la Iglesia en Polonia de hecho no es en absoluto lineal, y no faltan soluciones de continuidad e inversiones de tendencia que a continuación intentaremos reconstruir sintéticamente.

Las premisas

El papel de cimiento ideológico de la conciencia nacional asumida por el catolicismo en los periodos en los que Polonia estaba dividida entre Rusia, Prusia y Austria, fue especialmente importante en los territorios anexionados al imperio ruso, sobre todo debido a la constante utilización política de la Iglesia ortodoxa por parte del zar: en los "protectorados occidentales" (en un territorio de 460.000 km², aproximadamente equivalentes al 62% del desaparecido estado polaco) se encontraban cerca de 7 millones de personas de las que tan solo 2.500.000 eran católico-romanos. Además de distintas minorías de escaso peso (10.000 protestantes, 20.000 *raskolniki* o "viejos creyentes", 4.000 musulmanes, mil caraitas, etc.) existían en 1798 400.000 hebreos, 2 millones 800.000 ortodoxos y 1.600.000 católicos de rito griego, en parte ucranianos y bielorusos, sobre los que se ejerció no sin resultados positivos, una presión conjunta de las autoridades zaristas y ortodoxas para arrancarlos del catolicismo y reintroducirlos en el seno de la Iglesia ortodoxa. (3)

Por lo tanto, en los territorios polacos anexionados al imperio ruso, si bien no se puede hablar de una auténtica persecución contra los católicos sí existió una constante desconfianza y hostilidad hacia ellos por parte de las autoridades, lo que facilitó una estrecha ligazón entre la resistencia a la desnacionalización y la defensa de la tradición católica.

En los territorios anexionados a Prusia (el 20% de la vieja Polonia), sobre un total de 3.000.000 de habitantes, aproximadamente 2.500.000 eran católicos (350.000 protestantes, 200.000 hebreos) no existió ninguna presión directa sobre los católicos, pero la Iglesia fue sometida al férreo control de la burocracia prusiana, y, aún conservando su fuerte patrimonio, tuvo que soportar una fuerte presión impositiva (mientras que en el viejo Reino de Polonia había gozado de todas las exenciones posibles).

No muy diferente era la situación de los 4.800.000 habitantes de Galizia anexionada a Austria (2.800.000 católico-romanos, 1.700.000 católicos de rito griego, unos miles de protestantes y 300.000 hebreos). Aún siendo "extremadamente católica" Austria sometía a un duro control todos los aspectos de organización de la vida eclesial, en el marco de la concepción que fue denominada "Josefismo".

El emperador se consideraba autorizado para dirigir de forma autónoma a la Iglesia, asumiendo el papel de un "primer obispo" en todos los asuntos no estrechamente relacionados con los dogmas y los artículos de fe. Esto significaba: transformaciones en la ordenación de las diócesis, para adaptarla a la del aparato administrativo del estado; reducción de los conventos y de las órdenes religiosas consideradas inútiles y limitación en los criterios de admisión en los que se conservan; creación de un fondo del estado para subvencionar al clero, constituido en su mayor parte con el producto de la venta de las grandes haciendas de las órdenes religiosas suprimidas. Estas eran unas medidas muy comunes en muchos Estados europeos durante la segunda mitad del siglo XIX, y sobre todo en la totalidad del territorio del Imperio austríaco, pero eran especialmente gravosas para la Iglesia polaca, que había conseguido ingentes privilegios en el antiguo Estado nobiliario liquidado con las reparticiones.

Sin embargo, no debemos pensar que la pérdida de los privilegios haya empujado a la Iglesia a un papel activo de oposición en las primeras décadas después de la repartición. Por un lado no faltaron —hasta en las tierras ocupadas por los rusos— "colaboracionistas", como el arzobispo Stanislaw Bohusz-Siestrzencewicz, celoso funcionario, primero de Catalina II, y después de Pablo I, el cual le puso a la cabeza del Departamento para los asuntos

de la Iglesia católica establecido en Petersburgo, en abierto antagonismo con la Santa Sede. (4)

Por otra parte, las características del primer y efímero Estado polaco semiindependiente, surgido en el marco de las guerras napoleónicas y asociado estrechamente a Francia, no consintieron la participación de la Iglesia en las esperanzas y movilizaciones de los patriotas que querían transformar aquel pequeño territorio (formado con parte de las tierras que habían sido ocupadas por Prusia) en el embrión de un nuevo y fuerte Estado polaco. La Constitución del Gran ducado, llevada a cabo siguiendo el Código napoleónico, además de establecer la liberación de los campesinos de la esclavitud de la gleba (5), preveía una subordinación de la Iglesia al Estado aún más dura que la que había imperado durante el "josefismo". Otro de los motivos de la oposición clerical, era la atribución de la materia matrimonial, incluido el divorcio, al Estado. El resultado de esta escasa sintonización de la Iglesia católica con los primeros movimientos independentistas fue que, mientras que las sociedades secretas (en un primer momento masónicas, después de tipo carbonaro y dotadas en consecuencia de mayor contenido político, sin ningún misterio respecto a los fines para los afiliados a los grados inferiores) extendían su influencia entre la juventud, (el clero se encontró fuera de los intereses de los revolucionarios).

La insurrección de Varsovia de noviembre de 1830 supuso un cambio: tras el destronamiento del "rey de Polonia" (el zar Nicolás I) por parte de la Dieta polaca, se transformó en una guerra ruso-polaca declarada que terminó rápidamente con la victoria del ejército zarista. Una de las consecuencias de aquella insurrección abortada fue la limitación drástica de las prerrogativas del Reino de Polonia, — que el Congreso de Viena había querido conservar sobre una parte del territorio del Granducado de Varsovia —, como Estado formalmente independiente, aunque estuviera unido al Imperio ruso por medio de la arrogación de su corona al zar. Con ello comenzó una política brutal de desnacionalización, de rusificación forzada, que atacó de nuevo a la Iglesia católica, destruyendo especialmente la Uniate (o sea católica de rito griego) que se vió obligada a reintegrarse en la Iglesia ortodoxa. Se iniciaba al tiempo una diferenciación en la sociedad polaca, sobre la base de la experiencia de la insurrección, impulsada en un principio por los jóvenes civiles y militares de la Escuela para alumnos oficiales pero que luego pasó a manos de una mayoría de políticos conservadores que, al no creer en la posibilidad de una victoria sobre el Imperio que había doblegado al invencible Napoleón, hubiesen preferido encontrar un *modus vivendi* con Rusia. Aún así, nobles, generales y obispos, si bien con escaso entusiasmo, participaron en la efímera lucha por la independencia, contribuyendo con sus títulos a la derrota. Una actitud bien diferente fué la adoptada por los curas, más en contacto con la población; gran parte del bajo clero tomó parte activa y entusiasta en la lucha, sin dejarse distraer por las ambigüedades de sus superiores y, más tarde, por el regalo al zar consistente en la Bula "Cum primum", mediante la cual el papa Gregorio XVI condenaba al movimiento de liberación polaco como revolución impía que pretendía volcar el "consagrado orden social" rebelándose ante la autoridad legítima.

La clave de los desarrollos posteriores se encuentra precisamente en esa diferencia de actitudes entre la jerarquía, presente tímidamente y a desgana de la

insurrección de 1830, y el bajo clero, inmerso por completo en la lucha. Durante la dura opresión rusa de los decenios que van desde la insurrección de 1830 a la de enero de 1863, la influencia del bajo clero se había consolidado; la jerarquía, en cambio, estaba siempre empujada hacia posiciones más radicales debido a la inexistencia de un espacio que permitiese una colaboración decente con el poder: la política de rusificación, de hecho, no se había limitado al cierre de la Universidad de Varsovia y el alejamiento de las órdenes religiosas de la enseñanza, sino que atacó a la Iglesia católica misma limitando no solamente el número de conventos (en 1872 se cerró el 70%), sino incluso el de las mismas parroquias, a veces cerradas, y a veces puestas en dificultades mediante diversos tipos de vejaciones, o transpormadas en Iglesias ortodoxas.

Todo esfuerzo por defender los espacios vitales de la Iglesia católica, terminaba ofreciendo un terreno para la defensa de la lengua y cultura polacas; en un momento en que estaban siendo objeto de las presiones más brutales (la destrucción del sistema de enseñanza, por ejemplo, estuvo acompañada por la prohibición de viajar al extranjero, sobre todo los viajes de estudio, con el resultado de que quien se trasladaba fuera del Imperio era considerado un proscrito y no tenía posibilidad alguna de volver). Además, una parte del clero católico fué deportada a las regiones orientales de Rusia por haber intentado ofrecer servicios pastorales a los no pocos católicos de rito griego que rechazaban la asimilación forzosa a la Iglesia ortodoxa; se encontró de esta manera en estrecho contacto con la élite revolucionaria y en consecuencia tuvo un proceso de radicalización en las zonas de deportación. También en la emigración política (numerosísima en la casi totalidad de los países de Europa y siempre dispuesta a dirigirse a cualquier lugar en el que hubiese una guerra de independencia para participar entusiastamente) el factor religioso (si bien no dominante) había crecido en su importancia hacia la mitad del Siglo XIX, sobre todo a través del mesianismo polaco (Polonia como "Cristo de las Naciones"), del que fueron prestigiosos portavoces los tres máximos poetas polacos (Mickhevicz, Slowacki y Krasinski) que influyó a un tiempo tanto en la conciencia nacional como en la religiosa.

El resultado de este encuentro entre las aspiraciones nacionales y el clero fue la extraordinaria preparación de la insurrección de 1863, a la que, inevitablemente, muchos polacos se refieren como modelo ejemplar.

Durante dos años la sociedad (en las zonas bajo dominio ruso) "manifestó su actitud en una larga serie de celebraciones de carácter religioso-nacional" que pretendían ejercer una presión moral, sobre todo documentando «los derechos de la nación a una existencia independiente». Las autoridades rusas, a menudo, quedaron desorientadas e impotentes ante la extraordinaria participación masiva en estas manifestaciones; Ewa Jablonska-Deptula, una historiadora católica de la época, las describe en estos términos:

«Las masas inermes se recogieron en las iglesias durante las misas celebradas con trasfondo patriótico (más frecuentes las fúnebres por héroes del pasado o caídos en batalla, o relacionadas con algún aniversario nacional). Procesiones de miles de personas, portando los emblemas religiosos y nacionales se extendían a través de decenas e incluso de centenar-

asumir las obligaciones pertinentes a la germanización, servicio militar incluido); la mayoría de los sacerdotes tomó parte en las diferentes formas de resistencia contra el nazismo, incluida la armada, y pagó con creces por ello.

Pero no se trataba de un papel específico y exclusivo del clero, y del católico en particular. La actitud de los pastores protestantes fue en general incluso más compacta, y no conoció casos significativos de adaptación a las autoridades ocupantes: la Iglesia Evangélica de Augusta, por ejemplo, que tenía en el protectorado general de Varsovia 170.000 fieles, muchos de los cuales eran de origen alemán, sufrió una represión durísima por haber declarado su vínculo con la nación polaca. Los rabinos compartieron, como es obvio, la suerte de su pueblo, desapareciendo la mayoría en las cámaras de gas.

Y sobre todo, durante la resistencia antinazi, cientos de miles de polacos se comprometieron generosamente y cayeron en combate o bajo los golpes de la represión, con independencia de su fe religiosa, que si bien no supuso un obstáculo, tampoco constituyó un vínculo.

Probablemente, uno de los argumentos más sólidos para explicar la renovación católica en Polonia durante la guerra e inmediatamente después, no se aclarará nunca por razones tácticas: en efecto, el clero y el movimiento católico desempeñaron un papel específico importante, más que en la resistencia antinazi, en la resistencia antirusa y anticomunista que se desarrolló de varias formas (incluida la lucha armada), en gran parte del país y disfrutó en algunos momentos, de amplios consensos.

Durante el breve periodo de la ocupación rusa, desde septiembre de 1939 a junio de 1941, las actitudes más propiamente anticomunistas de las minorías directamente afectadas por las medidas directamente anticapitalistas (reforma agraria, nacionalizaciones) se habían enlazado con un genérico resentimiento antiruso, que era fruto no solo de una vuelta mecánica a odios atávicos, sino que estaba alimentado por el comportamiento de los ocupantes.

El desastroso efecto provocado por el golpe inferido a la nación polaca cuando sucumbía a las preponderantes fuerzas nazis (a mediados de septiembre la URSS había acusado absurdamente a Polonia de provocaciones y violación de fronteras para justificar la entrada de las tropas soviéticas en los territorios que le correspondían por el pacto secreto con los nazis) (7), había sido completado por la concretización de las ideas de Stalin sobre el «arreglo definitivo de la cuestión polaca». Más de 1.200.000 polacos fueron deportados a Siberia y un trato especial se reservó los cuadros militares, administrativos, intelectuales y religiosos que pudiesen representar el tejido conjuntivo de aquella Polonia independiente de la que Stalin pensaba que era una equivocación tolerar la supervivencia.

Las poco afortunadas iniciativas propagandísticas con las que la URSS ha intentado alejar de sus servicios de seguridad la responsabilidad en las masacres de Katyn, por sí mismas poco convincentes, siempre han parecido inverosímiles en Polonia, donde el exterminio de los cuadros del ejército nacional estaba perfectamente sincronizado con todas las otras medidas represivas dirigidas a impedir el renacimiento polaco. (8)

Por otro lado, para un polaco no es fácil olvidar que los territorios anexionados entonces "provisionalmente" por la Unión Soviética para "proteger" a

los ucranianos que allí vivían, han quedado en manos de la URSS después de la guerra, independientemente del hecho de que casi 6.000.000 de los 12.000.000 de los habitantes de aquellas tierras fueron polacos (los ucranianos eran 3.700.000, los hebreos 1.000.000 y los bielorusos 700.000, mientras que el resto estaba dividido en varios grupos nacionales menores).

Pero sin duda, los sentimientos antirrusos (obviamente imposibles de distinguir en la mayoría de los casos de los antisoviéticos, no solo por culpa de los polacos: basta pensar en el carácter "nacional" ruso y antigermánico antes que en el antinazi, dado por Stalin a "la gran guerra patriótica" (9), fueron alimentados sobre todo por la destrucción de la **Armia Krajowa**, llevada a cabo por las tropas nazis con el consentimiento del Ejército rojo acampado a las puertas de Varsovia durante los dos meses de la heroica insurrección del verano de 1944 y completada con las detenciones sistemáticas de los supervivientes que se refugiaron en las zonas soviéticas. (10)

El clero católico, sin embargo, a pesar de haber encontrado un terreno fértil en ese resentimiento nacional ante una actitud en sustancia más próxima al viejo chovinismo panruso que al internacionalismo proletario, durante los primeros años después de la guerra no alcanzó nunca la influencia que tiene actualmente, después de más de treinta y cinco años de "democracia popular". Su punto débil era entonces su pasado reciente, los lazos demasiado evidentes con las clases dominantes que estaban siendo desposeídas de sus propiedades, su hipersensibilidad frente a las primeras medidas de reforma agraria que fueron aplicadas incluso con excesiva cautela con respecto a las grandes posesiones eclesiásticas. (11)

Además el nuevo régimen, a pesar de sus taras originarias (la gran dependencia del ejército ocupante, causante de la eliminación progresiva de los adversarios políticos; la rapidísima reproducción de las deformaciones burocráticas de la sociedad soviética; la introducción de una mastodóntica policía política; la eliminación de todas las tendencias heterodoxas y de los consejos obreros que habían surgido de forma espontánea en muchas fábricas), había llevado a cabo tareas importantes, dando respuesta, en parte, a las expectativas de los sectores más politizados y radicalizados de la clase obrera y de los campesinos.

En una primera fase, los inconvenientes causados por el autoritarismo aparecían incluso en un segundo plano, o ligados exclusivamente a la guerra civil latente y al permanente clima bélico; mientras que al tiempo se nacionalizaban las industrias y se distribuían las tierras. Una relativa ductilidad del partido comunista al afrontar la cuestión católica (por ejemplo, en un primer momento, al eximir de la expropiación al conjunto de las tierras eclesiásticas, y luego, en cualquier caso, a las tierras de las parroquias, y al conceder una cierta prioridad al programa de reconstrucción de edificios religiosos), permitió establecer un *modus vivendi* que debía circunscribir la oposición católica a los sectores efectivamente reaccionarios y hostiles ante las medidas anticapitalistas.

Las medidas represivas tomadas contra los sacerdotes entre 1944 y 1948, tienen un claro aspecto político y no por casualidad se encuentran concentradas en el periodo de las elecciones (el referéndum de junio de 1946 y las políticas de enero del 47). Se encarcela a algunos sacerdotes, y dos de ellos son conde-

nados a muerte, al tiempo que se confiscan las imprentas católicas. Sin embargo, se trataba de medidas que dejaban indiferentes o encontraban incluso apoyo en esa parte nada despreciable de la población que veía favorablemente las transformaciones sociales que se estaban verificando en Polonia. Las protestas por la introducción del divorcio y del aborto se presentaban ligadas, como de hecho lo estaban, a la antigua mentalidad totalitaria de la Iglesia polaca que había tenido la pretensión de imponer a todos los ciudadanos, creyentes o no, sus concepciones morales. El descontento eclesiástico por el reconocimiento de la igualdad de derechos para las ya pequeñísimas minorías religiosas residuales (con la "polonización" forzosa realizada con las anexiones a la URSS y la expulsión de las minorías alemanas de las zonas occidentales, los bautizados católicos alcanzaban el 98% de la población) descubría la nostalgia por el Concordato de 1925 que el nuevo gobierno polaco había declarado no válido a consecuencia de su violación por parte del Papa durante la guerra (con el nombramiento de obispos no polacos). Una parte importante de la población estaba sinceramente contrariada por el comportamiento de Pío XII que, habiendo guardado silencio sobre las anexiones nazis durante la guerra, seguía denunciando como provisionales las nuevas fronteras, rehusándose a nombrar obispos polacos en los territorios ex alemanes y manteniendo grotescamente como representante polaco ante la Santa Sede a un fantasmagórico embajador del gobierno de Londres, desaparecido desde hacía ya tiempo.

La Iglesia perseguida

Un primer cambio en la postura de una gran parte de las masas empieza a delinearse a partir de 1948. Por un lado las primeras desilusiones respecto a las expectativas, la inquietud ante las nuevas desigualdades introducidas en base a criterios jerárquicos, el descontento por el aumento de las dificultades en el abastecimiento de productos de consumo, disminuyen la hostilidad contra el que aparece o es presentado como oponente; por otro lado, la Iglesia empieza a ser acosada con medidas represivas que la golpean en cuanto iglesia, no limitándose a las franjas efectivamente activas políticamente contra el régimen.

Después de la nacionalización de todos los hospitales y obras de asistencia católicos en octubre de 1948 —una medida insertada en la lógica de laicización que en otros países había acompañado a la revolución burguesa—, en el verano de 1949 se promulga un decreto sobre la libertad de conciencia que introduce penas de cinco años de reclusión tanto para quien «ofenda los sentimientos religiosos» como para quien «abuse de la libertad religiosa, rehusando a otros el acceso a ritos y funciones religiosas por motivos pertinentes a su actividad o por sus opiniones políticas, sociales o científicas». De hecho se trataba de la sanción legal de la declaración gubernativa que respondía a la decisión del Santo Oficio de excomulgar a los miembros y simpatizantes de partidos comunistas. El gobierno polaco había disuadido de inmediato a los obispos de aplicar la decisión del Santo Oficio en estos términos:

«La deliberación vaticana está en contradicción con el ordenamiento jurídico vigente y en consecuencia no puede ser difundida ni aplicada en el territorio polaco.

Los sacerdotes y los demás eclesiásticos de cual-

quier graduación, deben inspirar su conducta en la legislación polaca vigente, especialmente en el ejercicio de funciones de carácter público, y no podrán seguir en ningún caso directrices contrarias a la legislación y a la razón de Estado polacas.

El clero patriótico y leal con respecto al Estado, gozará, en el ejercicio de sus deberes pastorales, de plena tutela jurisdiccional y podrá contar con una actitud favorable de las autoridades estatales. Las autoridades del Estado (...) perseguirán con todo el peso de la ley cualquier manifestación dirigida a alterar el orden público o tendente a debilitar el régimen de la democracia popular.»

A través de esta medida (aparentemente dirigida a combatir la intolerancia, si bien mediante una imposición pactada de la "tolerancia") se garantizaba una completa impunidad a las asociaciones de "curas patrióticos" creadas por el régimen; cualquier sanción eclesiástica respecto a ellas, aunque respondiese a motivos reales, hubiera sido suficiente para desencadenar el mecanismo represivo estatal contra los obispos. (12)

La historia del conflicto entre el Estado y la Iglesia en Polonia, en el período 1949-1956, es muy similar, en multitud de aspectos, a la de las demás democracias populares excepto por lo que se refiere a una particularidad: después de cada golpe de las autoridades, el episcopado polaco siempre ha buscado un compromiso, incluso si conllevaba costes elevados, evitando una confrontación generalizada. Así en 1950 —año comenzado bajo el signo de un montaje contra Caritas, acusada de malversación y puesta bajo control estatal (para confiarla después a los "curas patrióticos" organizados por el POU) y seguido por la nacionalización de las posesiones de las diócesis (sin tocar a los párrocos a los que se recurría para una especie de "lucha de clases" en la Iglesia) — los obispos no dudaron en firmar un acuerdo con el gobierno que suscitó protestas y pánico en el Vaticano, porque con ello se comprometían a colaborar con el gobierno, prometiendo adaptar su actividad a "la razón de Estado polaca", con la salvedad de las cuestiones concernientes a la fe, en las que reconocían la autoridad papal. El acuerdo, por otra parte, arrastraba a los obispos al terreno político, como por ejemplo con la declaración de que "razones económicas, históricas, culturales y religiosas así como la justicia histórica, exigen que los Territorios reconquistados (o sea ex alemanes, N. de R.) pertenezcan para siempre a Polonia" y con los repetidos compromisos de combatir las actividades hostiles hacia el Estado.

Incluso en 1953, inmediatamente después del arresto del cardenal Wyszynski, el episcopado se prestó a emitir un comunicado en el que ignoraba el episodio y avalaba en cambio el montaje judicial de claro sello stalinista (el juicio al obispo de Kielce, reo confeso de colaboracionismo con los nazis y los americanos, de espionaje, etc.) que Wyszynski en cambio había denunciado precisamente en la víspera de su arresto.

El precio pagado había sido altísimo, pero el resultado obtenido era importante en igual medida: el episcopado, a pesar de haber sido privado de un tercio de sus miembros (encarcelados), de sus medios de impresión, de parte de su dignidad, seguía manteniéndose a la cabeza de la Iglesia polaca, eliminando el peligro de la transformación de la disidencia de los curas progresistas en un auténtico cisma. (13)

Las concesiones, por otro lado, aparecían como

graves en el plano formal, pero no respondían a una adhesión real a las mentiras del régimen: la elección "oportunistamente" de sacrificarse en el altar del régimen permitía el mantenimiento como formación, en definitiva, independiente. La "prudencia táctica" implicaba la reducción al mínimo de las diferencias, pero a pesar de todo, no las eliminaba por completo. Así, por ejemplo, era posible, en agosto de 1955, la manifestación de homenaje al cardenal Wyszynski encarcelado que, si bien respetando formalmente el compromiso tomado con el régimen (no nombrar en ningún caso al prisionero), fué llevada a cabo haciendo desfilar a un millón de personas en silencio ante un lugar vacío dejado entre las filas de los obispos.

A principios de los años cincuenta, el malestar creciente de las masas trabajadoras en Polonia (y que explotará en 1956 con las huelgas y las manifestaciones de Posdam y de otras ciudades europeas) encuentra dos víctimas muy diferentes del régimen que adopta como símbolos: Gomułka y Wyszynski. No fue casual que en la "primavera de octubre" el entusiasmo popular los considerase indisolublemente ligados y que, durante un breve periodo, ambos se sostuviesen de hecho recíprocamente. También gracias al apoyo explícito de la Iglesia, Gomułka pudo gozar durante algunos meses de un extraordinario consenso popular (y no fue por casualidad que introdujo en las elecciones políticas la posibilidad de presentar diferentes candidatos, inclusive en los colegios en los que se presentaban los máximos exponentes del partido, seguro de poder soportar la confrontación), pero la desilusión de los que habían creído que él, por el hecho de haber sido víctima del stalinismo, era realmente un antiestalinista e iba a llevar a cabo la demolición de ese sistema tan odiado, se manifestó de forma inmediata.

Ya en 1957, muchos de los más apasionados sustentadores de la renovación estaban marginados o pasaban más o menos silenciosamente a la oposición (es el caso de los dirigentes juveniles Kuron y Modzelewski, que en la década de los sesenta intentarían reanimar el partido y en la década de los setenta estarían entre los animadores del KOR), mientras que la Iglesia, en los primeros conflictos con el nuevo gobierno, aumentaba su influencia y empezaba a atraerse a intelectuales y obreros críticos.

Sin embargo, durante el periodo gomulkiano, el crecimiento de la influencia católica es gradual, no impetuoso, y no presenta aún las características de auténtica hegemonía entre las masas que tendrá en los últimos años de Gierek. En realidad la posición de la jerarquía eclesiástica en los primeros conflictos con el gobierno no es clara, y a veces, ni siquiera tiene la razón de su parte: el "compromiso histórico" llevado a cabo en 1956, con la liberación de todos los sacerdotes y obispos y la devolución a la Iglesia de muchas prerrogativas que habían pasado al estado en los años de la represión, ha concedido también a la Iglesia la reintroducción de la enseñanza religiosa en las escuelas, pero ha hecho perder la posibilidad de lograr una completa cancelación de la legislación laica en materia de divorcio y aborto. Wyszynski usará en consecuencia la recuperada y acrecentada fuerza de la Iglesia para una campaña de reconquista cristiana que tendrá las características de una auténtica cruzada. La "Gran novena" tenía que preparar, con nueve años consagrado cada uno de ellos a una misión específica, la celebración del milenario de la cristianización de Polonia (bautismo del rey Mieszko

I, 966). El primer año tenía que llevar el evangelio y la cruz a cada casa polaca, después se tenía que combatir la ética laica y la indiferencia religiosa de la juventud, para concentrarse finalmente en los temas candentes de la "protección de la vida naciente" y de la "fidelidad conyugal" (o sea combatiendo el derecho al aborto y al divorcio), y prosiguiendo en esta línea. (14). La lucha por convertir la educación religiosa en las escuelas de facultativa en obliatoria, las intimidaciones en los pequeños centros contra las parejas que se casaban solo por lo civil, e incluso la contratación de una ampliación de la ya gravosa censura gubernativa sobre las obras "blasfemas" (¡como el tambor de hojalata Gunther Grass!) no inducían ciertamente a pensar que la jerarquía católica estuviese en condiciones de abandonar la óptica miope de reivindicaciones de poder para sí misma, y presentarse como intérprete de la oposición latente en la sociedad polaca. Sin embargo fue a partir de los últimos años de Gomułka cuando comenzó a hacer crecer su influencia y sobre todo a establecer contactos y acuerdos más o menos tácitos incluso con los opositores de orientación marxista provenientes de las filas del POUP.

¿Cómo ha sido posible que se acercasen a la Iglesia incluso intelectuales de formación laica, que a veces habían criticado a Gomułka por las excesivas concesiones hechas a la jerarquía? Ante todo pesa sin duda el hecho de que en los primeros diez años de "poder popular" la represión había alcanzado a todas las tendencias no comunistas (para no hablar de los supervivientes de la Oposición de izquierdas eliminados, incluso físicamente, desde el primer momento de la llegada de las tropas soviéticas), pero en el momento de la relativa distensión interna que siguió a la crisis de 1956, solo la Iglesia católica quedaba en pie, con toda su fuerza. Los socialistas, que no habían aceptado una unificación forzosa en un POUP rigidamente stalinista; los miembros del partido campesino, que no se reconocían en el fantoche creado con este nombre como dócil aliado suyo por el POUP tras la eliminación del grupo dirigente; los residuos de todos los demás partidos no comunistas de antes de la guerra; todos habían sido puestos en condiciones de "no ser nocivos" y disgregados. Solo el movimiento católico había permanecido relativamente estructurado y había reconstruido, tras 1956, una red de imprentas enlazada con las diócesis que fueron incluso fruto de la crisis y escisión del movimiento de los curas progresistas creado por el régimen, que había pagado el precio de su anterior subordinación total al partido (los dirigentes de PAX habían estado incluso entre los viejos stalinistas que habían pedido la intervención soviética para evitar la vuelta de Gomułka) y cuyos conspicuos medios habían sido repartidos entre las organizaciones en las que se había disgregado. (15)

Así el movimiento católico, más allá de sus posiciones concretas que podían incluso ser discutibles, era, se quisiese o no, la única fuerza realmente existente de oposición organizada. Una oposición débil, oportunista, siempre dispuesta al *do ut des*, ciertamente, pero real.

Además, los errores del régimen han reforzado a la Iglesia más que cualquier decisión que hubiese tomado el episcopado: por ejemplo, la "Gran Novena", fundamentalmente retrógrada y substancialmente destinada a dividir ulteriormente a la sociedad polaca, debido a sus objetivos "revanchistas" contra la laicización del Estado, ha sido olvidada porque,

cuando iba a ser concluida mediante la celebración solemne del milenario, el gobierno cometió la enorme equivocación de lanzar una gran campaña de difamación que se convirtió en un boomerang. De hecho, en 1966, mediante un grotesco montaje que utilizaba una carta al clero alemán (una de las muchas cartas enviadas por el episcopado polaco a los hermanos de otros países para invitarlos a las celebraciones del milenario), el gobierno acusó al clero polaco de haber tomado posturas antinacionales, de complicidad con los imperialistas germano-occidentales, etc. Se trataba de una de las campañas mediante las cuales el régimen trataba de enturbiar las aguas e intentaba distraer el creciente descontento, sobre todo entre los jóvenes. Pero el montaje era poco afortunado (se basaba en un intento de falsificación de la carta por medio de una retraducción alemana) (16), y, sobre todo contradecía un dato por todos conocido: el clero polaco distaba mucho de ser indulgente con respecto al revanchismo alemán y se le podía acusar de todo menos de falta de patriotismo. De esta manera, una calumnia grosera hizo olvidar las más que discutibles tentaciones clericales que habían organizado la Novena y volvió a convertir a la Iglesia en una víctima de la mentira de Estado, facilitando la identificación con ella por parte de cualquiera que hubiese sido víctima de dicha mentira.

Poco después, la nueva campaña de intoxicación y de provocación maquinada por los servicios de seguridad y de propaganda del régimen, era la del "antisemitismo": campaña que fue llevada a término con el mayor de los éxitos debido a la profunda resonancia del antisemitismo en muchos polacos y también por la ambigüedad y la reticencia de las autoridades eclesiásticas que se disociaron de forma bastante débil e insuficiente. Sin embargo, en aquella cuestión, nacían las bases de un más profundo vínculo entre el movimiento católico y los opositores marxistas y laicos, que dirigieron en 1967-1968 el movimiento estudiantil contra el que estaba prevalentemente dirigida la ignominiosa campaña antisemita. De hecho, tras la dura represión de los jóvenes de la oposición, el silencio o la reticencia de la jerarquía católica quedó en un segundo plano gracias al valor de una parte de los diputados católicos mismos, y que habían sido escogidos por el régimen como dóciles colaboradores, que supieron hacer oír en el Parlamento, por primera vez después de decenios, una voz libre dictada por la conciencia y no por las turbiedades del régimen.

El papel de la Iglesia en la Polonia de Jaruzelski

No nos vamos a parar aquí sobre el estrecho vínculo existente entre la oposición social y el movimiento católico entre 1976 y 1980 que afrontamos bajo dos diferentes puntos de vista en los meses inmediatamente posteriores al "verano polaco". (17)

Los acontecimientos de los dieciséis meses de vida legal del sindicato autogestionado han creado la confusión en el comunista occidental apareciendo mezclado con las vírgenes negras, los retratos de Woiityla y las misas que con cualquier ocasión se celebraban en las fábricas. Estos elementos han ofrecido cómodas coartadas para aquéllos que no han querido enfrentarse con la extraordinaria contradicción que representa el resurgir del mayor movimiento de masas de la clase obrera europea de

las últimas décadas, sin que en este movimiento los comunistas organizados hayan tenido un papel ni tan siquiera modesto, y en abierta contraposición con los burócratas que se arrogaban la representación exclusiva de la clase.

Sin embargo, las cruces no representan sino la sedimentación de una transformación profunda de las concepciones prevalecientes en la clase obrera que había durado años y había sido escondida por la hipocresía y la ceguera del régimen de partido único (tal y como es el régimen polaco a pesar de que sus apologetas se esfuerzan en demostrar y asegurar la existencia de la pluralidad de partidos), (18). La victoria de Gdansk ha puesto en evidencia la profundidad de la penetración católica entre las mismas masas obreras que apenas diez años antes se habían concentrado en la calle contra el régimen agitando banderas rojas al canto de la **Internacional**, pero no ha significado una aceleración del proceso.

Los comunistas italianos que han desconfiado de **Solidarnosc** debido a la fe religiosa de la inmensa mayoría de sus militantes y cuadros, y que en base a este elemento han elegido dar su apoyo a Jaruzelski "contra los curas", se han equivocado por una triple razón.

Ante todo la jerarquía católica no ha tenido jamás (y menos que nunca en vísperas del 13 de diciembre) una influencia tan fuerte como para transformar a **Solidarnosc** en su "correa de transmisión"; por el contrario, ha visto cómo eran rechazadas en el Congreso y en las reuniones del Comité nacional sus propuestas de participación en el entendimiento nacional planteado por el POUP. Por otro lado, no hay que olvidar que los catolicísimos obreros de Gdansk, que diariamente escuchaban misa en las canteras durante la huelga de agosto de 1980, no respondieron a la invitación de suspender las huelgas repetidamente formuladas por el sin embargo amadísimo cardenal Wyszyński.

En segundo lugar, la Iglesia polaca, a pesar de sus muchos defectos, que no hemos querido esconder de forma que se dibujase claramente el marco de la realidad, no es ya la Iglesia atada a los privilegios materiales o a la gran propiedad, o que mire hacia el pasado. La Iglesia "se ha liberado de la obsesión de poseer" y se ha adaptado a las condiciones que han sido determinadas por el final de la guerra mundial. La inmensa mayoría de los prelados se ha formado evidentemente durante los últimos veinticinco años de colaboración, a veces conflictiva pero siempre en cualquier caso realista, con el régimen. Privada de sus posesiones, se ha liberado también del descrédito que éstas lanzaban sobre ella y se ha transformado profundamente, tal y como observa el cura filósofo Josef Tischner:

«Nuestro actual cristianismo, se quiera o no, arrastra consigo la huella de su adversario. El diálogo social en el que ha participado ha hecho sentir sus efectos también en su interior. Las expectativas del periodo de socialización han hecho cambiar la espiritualidad cristiana, la han depurado de influencias que le eran extrañas, le han devuelto una dimensión heroica». (19)

La Iglesia polaca actual no puede ser interpretada proyectando sobre ella las características de la Iglesia católica en Italia.

Tercer elemento que no hay que olvidar: el episcopado polaco ha estado mucho más cerca de Jaruzelski de lo que ha parecido en Occidente: los llamamientos de Giemp —y no es casual que se retransmi-

tierra incesantemente por la radio y la televisión el 13 de diciembre— han jugado un papel importantísimo en la reducción de las reacciones al estado de guerra.

Los llamamientos del nuevo poder han dejado bien claro que la Iglesia ha sido un interlocutor privilegiado de la junta militar, si bien, obviamente, ha sido imposible la consecución de un acuerdo explícito debido a las condiciones impuestas por el estado de guerra. Lo admite con un cinismo muy particular, o incluso con candor, Mieczyslaw Rakowski, que había sido durante años exponente principal del ala prudentemente reformadora del partido y actualmente convertido en el más importante de los dirigentes políticos "civiles" que avalan a Jaruzelski, en la entrevista realizada por Oriana Fallaci en febrero de 1982:

Walesa se encuentra bien, muy bien (...). Está bien servido, tratado respetuosamente con todas las atenciones que su posición de jefe sindical exigen. Come bien, lee los periódicos, ve la TV, recibe visitas de su mujer, de su hermano y de sus hijos cada vez que lo desea, y tiene contactos diarios con exponentes de la Iglesia, monseñor Ursulich en particular (...). Constantemente solicitaba reunirse con sus consejeros Gererek y Mazowiecki. Actualmente ya no. Tras todos esos encuentros con Ursulich y la influencia que aún tiene la Iglesia sobre él, parece más dispuesto a discutir el futuro de **Solidarnosc** sin ellos.

Provocado después por una pregunta de Fallaci ("¿Por qué lo mantienen aislado? ¿Por qué esperan convertirlo en un colaboracionista, quizás con la ayuda del episcopado?"), Rakowski ha añadido de forma aún más brutal: Ante todo no lo tenemos como rehén, y después, el colaboracionismo nada tiene que ver con esto. Ni con la Iglesia ni sin la Iglesia. Además no parece dispuesto en absoluto a colaborar sobre las bases que le ha propuesto la Iglesia, y la Iglesia empieza a cansarse de él. Cansada de explicarle que tiene que vérselas con la realidad y seguir los consejos. El problema es que Walesa no escucha al cardenal Glemp tal y como lo hacía con Wysinski, y yo creo en las voces según las cuales la Iglesia estaría considerando la oportunidad de dejarlo caer. Sabe, no debería ser muy difícil encontrar entre los dirigentes de **Solidarnosc** alguno dispuesto a reemplazar a Walesa. En los últimos tiempos su estrella estaba declinando.

El argumento de la cinica conversación es Walesa (sobre el que no faltan otras vulgaridades, que se lamenta no pueda conocer, no obstante la afirmación de que "lee los periódicos"), pero aparece evidente que Rakowski da por descontado que la Iglesia es una aliada potencial en el amansamiento del líder obrero: una aliada incómoda ya que no

puede ser objeto inmediato de maniobras como lo habían sido los "curas patrióticos" de los tiempos de oro del stalinismo, pero aliada al fin y al cabo.

El que piense que el golpe militar estaba dirigido a redimensionar el peso de la Iglesia, comete otro error de valoración de grandes proporciones. A pesar de estos compromisos que debilitan la resistencia al régimen, el episcopado mismo no es una marioneta de los generales. Es una fuerza de oposición totalmente moderada y gradualista, tan "prudente" y tan aterrorizada con no hacer saltar el "compromiso histórico" polaco, que el poder puede considerarla su aliada objetiva y utilizarla para sus fines, pero sigue siendo una fuerza de oposición (para comprenderlo mejor, se puede pensar en el papel de los grandes partidos obreros de Occidente: por ejemplo que el PCI, en distintos momentos cruciales desde 1943-45 hasta 1969-1977 ha sido el elemento determinante para canalizar a un movimiento de masas anticapitalista antes de que llegase a un choque definitivo; es en este sentido que se le consideró en aquellos momentos como **objetivamente** aliado de las clases dominantes, las cuales han vuelto, desde el momento en que les ha sido posible, a prescindir de su ayuda, no siempre gratuita y sobretodo no plenamente controlable, como por el contrario si hubiese sido en el caso de que se hubiese tratado de un mero agente de la burguesía, tal y como imaginaba la "nueva izquierda"...).

Así la Iglesia polaca terminará por atraer de nuevo a una parte considerable de la oposición social, tanto mayor cuanto más haya conseguido el régimen militar evitar la reorganización del movimiento sindical independiente. Sus titubeos y su tendencia al compromiso pueden dejar mal sabor de boca a los militantes sindicales más maduros (mientras que otros, más simples, seguirán pensando que el llamamiento de Glemp por la Televisión era un montaje del régimen, tal y como parece que decían muchos obreros desde las cancelas de las fábricas ocupadas); pero si no existe una alternativa organizativa concreta, los millones de trabajadores que han quedado desorganizados por la decapitación de **Solidarnosc** con los despidos, los internamientos y los arrestos, se dirigirán al movimiento católico.

Y también hacia la Iglesia como fuerza política, pero también como fuerza moral y fuerza dispensadora de promesas de redención, se dirigirán muy probablemente todos aquellos militantes sindicales que no encuentran un terreno de lucha creíble, que no vean una salida a corto plazo, que tendrán que buscar en otro lugar la esperanza que ha sido quemada el 13 de diciembre (20). □

(Artículo publicado en "Crítica Comunista", n° 15-16)

NOTAS

(1) Muchos comentaristas, no siempre bien documentados, han insistido sobre lo excepcional de la situación polaca respecto a las otras democracias populares, por el peso específico de la Iglesia. A un periodista comunista, Franco Bertoni, se debe el libro más reciente y actualizado dedicado a esta cuestión, el cual nos ofrece una documentación sustancialmente correcta en lo relativo a la Iglesia, pero bastante reticente en lo que respecta a las responsabilidades del comunismo polaco: Franco Bertone, *L'anomalia polacca. I rapporti tra Stato e Chiesa cattolica*. Ed. Riuniti, Roma, 1981.

(2) En el n° 10 de "Crítica Comunista", véase el amplio dossier sobre las huelgas polacas y la crisis del socia-

lismo real, que incluye una reconstrucción del ascenso del movimiento de luchas obreras en el periodo 1970-1980, un análisis histórico del comunismo polaco y artículos dedicados a la política internacional y a la "naturaleza" de la URSS.

(3) Ludomir Bienkowski, "L'illuminismo e la catastrofe delle spartizioni (1750-1795)".

(4) Hanna Dylagowa, en "Storia del Cristianesimo in Polonia".

(5) La hostilidad del clero respecto a las medidas antifeudales estaba ligada tanto a la gran extensión de las tierras eclesiásticas, como al hecho de que "el clero tenía, en general una actitud servil respecto a los grandes

latifundistas"; tal y como dice Ewa Jablonska-Deptula *La primavera dei popoli e l'Insurrezione di gennaio (1831-1864)*, en *Storia del Cristianesimo*, cit. p. 340. La misma autora, que, como todos los colaboradores de esta interesante obra colectiva a la que haremos con frecuencia referencia, es profesora en la Universidad católica de Lublin, añade que, precisamente por esta actitud, el clero "no se ganó la confianza del campesinado" (Ibidem).

(6) Es aún más claro el análisis de los autores del último ensayo de la ya citada obra colectiva sobre el catolicismo polaco: "La cuestión agraria no resuelta durante el periodo que va desde la primera hasta la segunda guerra mundial, el hecho de que la Iglesia se opusiese a incluir en las medidas de la reforma agraria las tierras que le pertenecían; todo ello contribuyó a mantener entre los campesinos más radicales y especialmente entre los jóvenes campesinos, fuertes sentimientos anticlericales" (Lidia Müllerowa, Adam Stanowski, *Glianni della guerra e della occupazione (1939-1945)*, en *Storia del Cristianesimo* cit. p. 444). Este dato resta argumentos a la tesis, difundida en el ambiente comunista, que explica la importancia de la presencia del catolicismo en la clase obrera polaca actual, esencialmente por su reciente origen campesino.

(7) Sobre las distintas formas de colaboración, incluida la militar, de la URSS con la Alemania nazi, en el momento de la invasión de 1939, véase A. Moscato, *La seconda guerra mondiale, Stalin (e il PCI...)* en "Crítica Comunista" n.º 4 y 5, septiembre-diciembre de 1979, pp. 225-226.

(8) Sobre Katyn existe en la actualidad gran número de publicaciones reseñadas por Giorgio Vaccarino *Storia della resistenza in Europa (1938-1945). I paesi dell'Europa Centrale*, Feltrinelli Milano, 1981 pp. 416-421. Una reconstrucción directa del "Ridículo y grosero" intento soviético de convencer a los observadores occidentales sobre su no implicación en la masacre, nos ha sido presentada por un periodista y escritor de ninguna manera hostil a la URSS, que fue invitado a los trabajos de la comisión de encuesta nombrada por el gobierno soviético: Alexander Werth *La Russia in guerra (1941-45)*. Mondadori, Milano, 1966, pp. 645-649.

(9) Véase al respecto el *Dossier Yalta*, en "Crítica Comunista", n.º 2, de abril de 1979, en especial p. 167.

(10) El arresto sistemático de los comandantes de la *Armia Krajowa*, por parte del ejército ruso, a menudo durante "citas de trabajo" propuestas por los oficiales soviéticos, suscitó las protestas de los aliados occidentales (Cfr. Winston Churchill, *La seconda guerra mondiale*, Oscar Mondadori, Milano, 1970 Vol. XII pp. 185-189) y que terminó a veces con la desaparición de los oficiales polacos y otras con infames juicios. Por ejemplo el general Leopold Okulicki (Niedzwiedek, "osezno"), arrestado previamente, por la NKVD durante la ocupación de 1939-41, posteriormente puesto en libertad en base a los acuerdos entre la URSS y el gobierno polaco de Londres, se convirtió, tras la caída de Varsovia, en el jefe de la AK. Arrestado por los soviéticos en Marzo de 1945, fue condenado a 10 años por "colaboracionismo armado con los alemanes" y murió en la URSS durante el arresto. (G. Vaccarino, Op. Cit., pp. 498-499 n.; cfr. también Ibid. pp. 444-446).

(11) Para una reconstrucción de las iniciativas legislativas en materia religiosa véase Stanislaw Markiewicz, *Stato e Chiesa in Polonia*, Marsilio Padova 1967, obra basada unilateralmente en el punto de vista del POUP, pero rica en documentación y datos.

(12) La esterilidad de la imposición coactiva de la "tolerancia" se evidencia por el distinto resultado obtenido por la excomunión de los comunistas en Italia (donde, combatida con argumentos políticos, se convirtió en un boomerang para la jerarquía, ya que gran parte de los comunistas católicos terminaron por separarse de la iglesia antes que de sus propias ideas) y Polonia, donde la limitación administrativa de la libertad de la Iglesia la ha convertido en mártir, aumentando el número de los opuestos al partido. Sobre la organización de los "curas patrióticos" la mejor documentación existente en Italia es la de C. Falconi, op. cit. pp. 876-911.

(13) La amplia documentación presentada por C. Falconi en las casi 300 páginas dedicadas a la Iglesia católica en la URSS y en las democracias populares, confirman que en la postguerra la táctica de los diferentes gobiernos comunistas hacia las Iglesias se ha basado en un modelo único, que ha tenido naturalmente resultados distintos dependiendo de la fuerza y reacciones de la parte contraria. En Albania, por ejemplo, ya en 1951, tras el fusilamiento, arresto o exilio de todos los obispos y del 80% de los sacerdotes, el régimen podía hacer promulgar por los supervivientes un estatuto nacional con el que la Iglesia Albanesa rompía las relaciones con Roma "liberándose de la esclavitud secular del Vaticano" (Ibid. pp. 762-763).

(14) Ibid y ssgg. Sobre el programa de la "Gran novena", que preveía entre otros la construcción de mil nuevas iglesias (si bien eran ya más numerosas que en periodo de entreguerras), cfr. también S. Marquiewicz, op. cit. pp. 64-98 y 109-129.

(15) El máximo dirigente de PAX, el conde Boleslaw Piasiecka —jefe de una organización de extrema derecha antisemita y parafascista antes de la guerra y combatiente anticomunista durante la guerra— había sido condenado a muerte y más tarde indultado por los soviéticos, de los que se había convertido en un celosísimo agente, y bien recompensado: PAX tuvo desde su nacimiento medios importantísimos y pudo gestionarse varias actividades con el fin de financiarse (de los transportes de Varsovia a una fábrica de material de pesca y bosbas antiincendio) (C. Falconi op. cit. pp. 876-880 y Adam Michnik, *L'Eglise et la gauche. Le dialogue polonais* Seuil Paris, 1979, p. 18 y *passim*; y It.: *La chiesa e la sinistra in Polonia*, Queriniana, Brescia 1980).

(16) Un testimonio de importancia al respecto es el ofrecido por Erwin Xeit, *La Polonia in crisi*, Rizzoli, Milano, 1971, pp. 69-91. Weit, que era intérprete oficial del gobierno polaco para todas las relaciones con ambas Alemaniás, fue convocado por Stefan Olzowski, a la sazón jefe de la sección de prensa del POUP, para avalar la falsificación.

(17) Véase en particular los dos artículos dedicados respectivamente a los acontecimientos del comunismo y al catolicismo en Polonia en el antes mencionado n.º 10 de "Crítica Comunista".

(18) Sobre la total supeditación de los dirigentes de los grupúsculos "democrático" y "campesino" al POUP, E. Weit proporciona interesantes detalles: por ejemplo, durante reuniones bilaterales con grupúsculos fantoches análogos de la República democrática alemana, cualquier resolución debía ser previamente aprobada por los dirigentes comunistas (E. Weit, op. cit. pp. 93-100).

(19) Josef Tischner. *Svolta storica. Cristiani e marxisti in Polonia*, CSEO Bologna 1980 cit. en Guido Neri, *Immagini del "dopo"* en "Ottavo Giorno - Studi e Documentazione sui Paesi dell'Est" n.º 0, Milano, febrero de 1982. p. 95.

(20) Es inútil insistir en que el peso reforzado de la jerarquía eclesiástica en el interior del movimiento de oposición al régimen (con respecto a las direcciones "laicas" que se estaban formando en el debate interno del sindicato autogestionado), si bien tranquiliza relativamente a los burócratas del POUP y del ejército —que conocen a la perfección la forma de llegar a un *modus vivendi*, incluso con grandes costes, pero controlable con el episcopado—, es en cambio un motivo de preocupación para los que han visto con simpatía e interés el desarrollo de una nueva forma de democracia obrera en la Polonia de *Solidarnosc*. Por otra parte, en un artículo de julio de 1981 del mismo Adam Michnik (cuyo libro representó una especie de autocritica de los intelectuales marxistas y laicos por su retraso en la comprensión del papel positivo de la Iglesia) expresaba alguna preocupación por las tendencias integradoras y de desconfianza respecto a la izquierda "laica" por parte de sectores importantes del movimiento católico y de la Iglesia polaca (Adam Michnik, *La chiesa e la sinistra a distanza di anni. In luogo di una postfazione*. En "L'Ottavo Giorno" n.º 0, cit., pp. 77-84.



OFENSIVA PARA
EUZKADA